

MENDOZA EN 1829

(FRAGMENTO DE MEMORIAS PÓSTUMAS DE SARMIENTO)

.....
Llegamos á Mendoza en medio de la excitación de los espíritus.

Recuérdese que el doctor Vélez y el Deán Zavaleta habían sido enviados por el presidente Rivadavia á someter la Constitución á los pueblos, como si, donde reinaban López, Bustos, los Aldao, hubiese pueblo.

Reunióse lo más selecto de la Bolsa, pues ya había bolsa comercial con todos los usos y prácticas de las ciudades industriales. Habló largamente el ilustre Deán, exponiendo las ventajas que ofrecía un país constituido para preservar la paz... Y á qué repetir lo que se dijo entonces! Corriánsele las lágrimas al auditorio, no sabiendo que era predicar en desierto, pues los tres hermanos se apoyaban recíprocamente y contaban con Quiroga y Bustos. Pero se creía roto el ensalmo y se imaginaban estar seguros, ahora, de constituir la República, con el general Paz en Córbova, Quiroga derrotado y Mendoza libre.

Cuando llegamos, estaba ya organizado el gobierno y nombrado general en jefe don Rudecindo Alvarado, espectable general de la guerra de la Independencia, haciéndolo, empero, tristemente célebre las derrotas de Torata y Moquegua.

Ningunas conexiones tenía yo en Mendoza, si no es haber estado seis días por intereses mercantiles, salvo un joven sanjuanino allí establecido, don José Ignacio Flores, mi compañero de infancia, pariente además y una de las dos ó tres personas con quienes en mi vida me haya dado de tú.

Tenía Mendoza, como he dicho, Bolsa de comercio, muy frecuentada, en la que se hacían cambios valiosos y ocupaba, además, el lugar que hoy los clubs políticos. La población era numerosa y distinguida, y ciertos días llenaba la alameda famosa plantada por San Martín.

Era, con estas formas exteriores, la segunda ciudad de la República; con una buena biblioteca, gran movimiento comercial, sus tradiciones militares, y con frecuente tránsito de hombres notables de un océano á otro, á través del continente, pues no eran muy frecuentados ni el estrecho de Magallanes, abandonado desde que el adelantado Sarmiento no pudo socorrer á la colonia del Puerto Hambre y Cabrera perdió todas sus anclas; ni el cabo de Hornos, que no fué habilitado derrotero para el comercio, sino después de reconquistado Chile y tomar creces el puerto de Valparaíso.

Ya en 1826, me había llamado la atención su actividad comercial, el movimiento de carretas que llegaban de Buenos-Aires, de carretillas, que cruzaban en todas direcciones las calles, cambiando de lugar las mercaderías, mientras que en San Juan todavía no había carros ni carretillas.

Esta vez, se me presentaba Mendoza, como iluminada por fuegos de bengala, bajo el prisma de las excitaciones de la vida pública y de la guerra, que animan los semblantes, dan tópicos á las conversaciones y lanzan al vecindario en las plazas y las calles, como en Roma, ó más bien como en Mendoza mismo en los tiempos no lejanos de la formación del ejército de los Andes, pronto á lanzarse hacia las costas del Pacífico.

Oíase el martilleo de los artífices en la antigua y bien dotada maestranza, en la que el ex-sacerdote Beltrán ensayó sus misiles y

donde se construían fusiles y, lo que parecería imposible, bayonetas. Divisábase el humo de sus hornos de fundición de balas huecas de cañón. Por todas partes, se encontraban jefes, oficiales y soldados con uniformes (la infantería llevaba morriones con mango), músicos y tambores, caprichosamente ataviados, acaso por los mismos maestros sastres que idearon los uniformes del 11º, del 7º y del 8º de infantería.

En Mendoza habían grandes sabios. Actores y acróbatas daban á su paso funciones, para costear la jornada. En aquella época memorable, vivían los ricos homes que debían perecer más tarde con el general don José Aldao, á manos de los indios.

El general de los ejércitos de Chile y del Perú, don Rudecindo Alvarado, mandaba las fuerzas de la plaza, mientras que los generales José y Francisco Aldao y su hermano, el ex-capellán de granaderos á caballo, tenían la campaña.

En las regiones de la política, descollaban como monumentos, el doctor don Narciso Laprida, presidente del Congreso de Tucumán, objeto de la veneración universal; el doctor Salmas, secretario de Bolívar, y Godoy Cruz, amigo y corresponsal de San Martín. En las letras, don José Calle, que historió aquellos sucesos y redactó conmigo el *Mercurio*, en Chile. Don Juan Gualberto Godoy, el Tirteo de la política de partido, escribiendo el *Coracero*, periódico burlesco y satírico, todo en verso, del género del *Diablo Predicador* de Buenos-Aires, que hizo escuela.

Constituían el núcleo del partido federal, muchas gentes decentes; y, con ideas proteccionistas en favor de sus vinos y cereales, se oponían á la política de bajas tarifas, consideraban á Mendoza la rival de Buenos-Aires y aun hablaban de crearse un puerto al sur oeste, navegando y canalizando el Colorado, que sería el de Bahía Blanca hoy, para exportar y recibir directamente sus mercaderías: tal era la idea de la propia suficiencia que les había dejado el espectáculo de grandes cosas!

El partido liberal era en cambio, numeroso y lleno de actividad:

don Agustín Delgado, ministro de Rivadavia, los Videla de diversas familias, Godoy Cruz, Villanueva, Blanco, Calle, Zapata, Chenaut y centenares más.

En 1829, cuando me incorporé al ejército del general Alvarado, Mendoza alcanzaba su apogeo. Un mes después, el rayo se descargaba sobre su cabeza, y todos aquellos esplendores se disipaban entre ruínas y regueros de sangre! (Batalla del Pilar).

En 1830, perecieron los más ricos en los campos del sur, aislados entre los indios.

En 1831, el coronel Videla Castillo, con dos mil hombres, casi todos veteranos, mandados por jefes de línea, y un regimiento de granaderos de San Juan, de quinientas plazas (que yo había disciplinado bajo las órdenes del coronel Chenaut, á quien hice después general). — se dejó derrotar á campo abierto por Quiroga con doscientos hombres y los presos de las cárceles de Buenos-Aires, estando el caudillo enfermo dentro de una carreta.

La parte culta y liberal de Mendoza, con sus glorias militares, se dispersó entonces para siempre, emigrando á Chile lo más florido de la población. Allí los Zapata fundaron colegios, los Calle redactaron diarios, los Villanueva ejercieron la medicina ó plantaron viñas en Rancagua; como los Viale acabaron por ser banqueros, y los Cobo, cuyo padre introdujo el álamo, fueron dueños del Chañarillo en que se cortaba la plata á cincel. Dió á Chile, con los coroneles de la Plaza, padre é hijo, soldados aguerridos; secretarios de intendencia con los Delgado y Godoy, calígrafos con Bergmans; y hasta los primeros boteros de Santiago fueron los Sosa, de Mendoza, los que gracias á su talento de verdaderos artistas, pudieron educar sus hijos en París.

¿Qué quedaba de aquella soberbia Mendoza, que aun en su parte federal era culta, y en la que ni la montonera, que era la expresión popular de la federación, tenía asidero, pues la tradición militar de San Martín se perpetuaba por los Aldao, los Recuero y los auxiliares que tan bien representaron á los granaderos á caballo en la Tablada?

Tras el triunfo de los federales, decapitados en la lucha de sus cabos; tras la emigración, que con su triunfo venía ordenada, vino la decadencia; y la crápula, el juego erigidos en sistema de gobierno, con un apóstata, ébrio casi siempre, para ocultarse á sí mismo las manchas cancerosas de su oprobio.

Hasta que un día, á la víspera ya de recibir Mendoza el bautismo de la regeneración, sin anuncios, sin aquellos ruidos subterráneos que corren como multitud de carros rodando por el empedrado, sin los sacudimientos que precedieron á la desaparición de Herculanium y Pompeya bajo las cenizas del Vesuvio: la tierra se estremeció, bamboleó como si le faltaran sus cimientos, y la ciudad se tendió sobre la superficie, cayendo muerta de un golpe y apretando bajo las ruínas de templos, palacios y habitaciones, á los cuatro quintos de sus moradores!

Las ciudades coloniales son la morada exclusiva de la población europea, y á no sobrevenir el terremoto en la época de la vendimia, cuanto había de propietario y de culto habría perecido aquel infausto día.

Llegué antes de cumplirse un año de la catástrofe, á devolver con las armas de Buenos-Aires, el puesto que á los supervivientes, reservaba el triunfo definitivo de las instituciones libres.

Ay! sólo permanecía inmutable, excelso, majestuoso, el Tupungato, cuya nevada cabeza se divisa desde los confines de San Luis, y parece un centinela de la eternidad para contar los días de las obras de los hombres!

Un antiguo pino de parasol, como los que decoran el paisaje de Nápoles ó de la campaña de Roma, se conservaba, si no tan inmóvil, impasible en medio de las ruínas, marcando el lugar que fué el claustro de San Francisco. Y hacia el oeste, siguiendo la dirección de las montañas vecinas que cierran el horizonte ocultando las cordilleras nevadas, la negra y espesa línea de los álamos semi-seculares que dejó San Martín, y á cuya sombra, como lo único duradero—que es lo que crea el genio,— se acogieron por largo tiempo las fami-

lias medio desnudas, esperando que se levantara una techumbre hospitalaria.

Acudían ese 1º de enero de 1862, á saludar al antiguo compañero de armas, los unos: al emigrado animoso que había en Chile enseñado á esperar contra la esperanza, al enviado de Buenos-Aires con la verdad de las instituciones; salían á saludarlo los que habían salvado de la catástrofe, envueltos en ponchos de tosco tejido, que no disimulaban camisas reñidas con todo decoro; — porque en las grandes desgracias públicas, se hace gala del mal común, la pobreza y el desaliño. Hasta de la enfermedad reinante se envanece el hombre; y, en los tiempos calamitosos, surgen como productos naturales, las figuras de tercer orden en la política y los sargentones en la milicia.

El gobierno del coronel Nazar y el del comandante Videla, ambos forasteros, fué lo que quedó en pie tras del terrible sacudimiento; y como en las ruinas se albergan las fieras, de allí salió la invasión á San Juan, sin motivo, y la mortandad á LANZA SECA: todo el fruto del triunfo de los Aldao en 1829.

No debo dejar subsistente este cuadro de la abominación de la desolación, sin correr el *diorama* que principia con la entrada del teniente coronel Sarmiento en Mendoza; pasan muchos años, cuando en el que escribo estas reminiscencias, me hace el señor Balmaceda, ministro plenipotenciario de Chile, una descripción de Mendoza que acaba de atravesar y resumiré en breves pinceladas.

De una calle central de cuarenta varas de ancho, como los *Broadways* de las grandes ciudades modernas, pero sombreadas las amplias aceras por hileras de álamos de la Carolina, gloria de Mendoza, parten en ángulos rectos, calles de veinte varas que dan entrada á la ciudad moderna. Si los antiguos conventos no lanzan aquí y allí sus torres, como si quisieran disputarles en audacia á las cúspides de las frondosas masas de árboles que en la perspectiva semejan bosques, la Escuela Sarmiento se alza como nuevo templo; y en lugar de monjas Catalinas, está la Escuela Normal de niñas en edificio

todavía más espléndido; San Nicolás se ha convertido en Quinta Agronómica y á los Aldao se suceden los profesores.

Aún quedan resabios de fuerza, y ambiciones que cuentan abrirse paso con el sable. El ladrón con escalamiento y fractura no desaparecerá por cierto; pero dando mayor consistencia á las murallas y reforzando y perfeccionando las cerraduras, los casos vendrán á ser más raros.

Cuando el jurisconsulto Vélez oía hablar de casas y murallas de mimbre y barro, tras del temblor en Mendoza, objetaba que tales construcciones hacían inoficiosa la sabiduría de las leyes, inútil la distinción de los delitos é imposible la aplicación de las penas. El dinero debe cerrarse en caja de fierro, bajo cerradura; si lo ponemos en la calle, casi no hay delito en apropiárselo.

Las instituciones son las cerraduras.

D. F. SARMIENTO.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

I

De todas las literaturas sud-americanas, ninguna es tan poco conocida entre nosotros como la del Brasil. De tarde en tarde, con mayor ó menor dificultad, jadeante y fatigado por la larga travesía, recibimos uno que otro libro de nuestros hermanos del Perú, de Méjico, de Venezuela ó Colombia. Sin ser un caso común, á veces un nombre dotado de mayor resonancia, rompe la indiferencia reinante y vence la incomunicación intelectual que separa las secciones de nuestro continente. Sólo por una rara excepción, una obra nacida bajo una estrella propicia, adquiere entre nosotros carta de ciudadanía, como acontece con ese tierno idilio que Estrada tuvo el mal gusto de comparar con *Graziela*; y la *María* de Jorge Isaacs, se convierte en el breviario amoroso de las cándidas imaginaciones de quince años. El grueso de la producción científica ó literaria, la historia, la crítica, los estudios jurídicos, están destinados á reposar, como en una muda necrópolis, en las bibliotecas públicas ó en medio de las colecciones valiosas de los eruditos de raza, que sólo muy raras veces hojean sus páginas polvorosas. Este triste des-

tino, es el lote general de toda la labor intelectual del nuevo mundo. En cuanto respecta á nosotros, los únicos nombres literarios que han salvado las fronteras de la patria son los de Guido Spano y Andrade, para no referirme al de Mármol, algo envejecido, pero cuyas imprecaciones contra Rosas despiertan todavía el entusiasmo de una parte de la juventud sud-americana. Las huellas de Sarmiento y Alberdi quedan grabadas en Chile, aunque menos vivientes que las de don Andrés Bello; pero sería excusado buscar fuera de aquel país y del escaso número de iniciados á que acabo de referirme, quienes conozcan los *Recuerdos de Provincia* ó la *Peregrinación de Luz del Día*. Del mismo modo ¿á cuántos de nuestros jóvenes escritores son familiares las producciones de Ruy Barbosa, de Joaquín Nabuco ó de José Carlos Rodríguez; las novelas de José de Alencar ó de Machado de Assis; los ensayos críticos de Silvio Romero, de José Verissimo, de Carlos de Laët, de Araripe Junior? ¿Cuántos de los apasionados de *María*, sospechan que existe en el Brasil una dulce hermana de la heroína de Isaacs, aquella hermosa *Inocencia*, cuya historia ha referido en una obra encantadora el vizconde de Taunay? ... Y para venir á los hombres de la nueva generación, ¿quién sospecha la existencia de artistas distinguidos, de poetas refinados y pensadores eminentes, como Eduardo Prado, Coelho Netto, Raul Pompeia, Alfonso Celso, Lucio de Mendonça, Raimundo Correa, Olavo Bilac, Aluizio Acevedo, Medeiros y Albuquerque, Rodrigo Octavio, João Ribeiro, Fontoura Xavier y tantos otros que sería largo enumerar?

Por mi parte, no vacilo en confesar que, sorprendido de la variedad y valor real de la producción literaria brasilera, me he preguntado más de una vez, cómo es que ella puede pasarnos hasta hoy casi inapercibida. El Brasil está ligado á nuestro país por vínculos estrechos. Nuestra historia política está en contacto con la suya, desde la época colonial. Hemos cruzado nuestras armas en guerras gloriosas, hemos favorecido juntos el nacimiento de otras nacionalidades, hemos luchado después en las mismas filas, en una campa-

ña brillante pero deplorable; nuestros intereses comerciales son solidarios y los productos de nuestro suelo se complementan; la extensa línea de nuestras fronteras facilita la amistad de pueblo á pueblo; nuestras grandes capitales, los centros pensantes y dirigentes de ambos países, están á penas á tres días de navegación; finalmente, hemos vaciado en el mismo molde nuestras instituciones políticas y hemos chocado con los mismos obstáculos al llevar á la práctica sus principios liberales. ¿Cómo comprender, con estos antecedentes, el alejamiento respectivo en que vivimos? ¿cómo disculpar la mutua ignorancia en que nos hallamos de nuestras modalidades nacionales, de nuestras virtudes nativas, de nuestro estado de civilización y de cultura, de la forma é importancia de nuestra producción intelectual?

El examen de estas cuestiones, exigiría largos desenvolvimientos y acabaría por llevarme lejos de la materia de estas páginas. Ante todo sería necesario dilucidar este punto: ¿tenemos realmente una cultura artística propia, algo que pueda llamarse una literatura nacional, y estamos en condiciones de tenerla? ... ¿Podemos abrigar la pretensión de haber conseguido lo que es todavía un *desideratum* para naciones que han llegado al grado de desarrollo de los Estados Unidos?... Parece suficiente plantear el problema para resolverlo. Allí como acá, la acción de las mismas causas ha producido resultados análogos, sin contar con resistencias peculiares á nuestro medio y que actúan en él con intensidad perniciosa. Los primitivos colonizadores sud-americanos y sus descendientes, á par de los del norte, no han tenido tiempo que consagrar todavía al cultivo del espíritu. Necesitaban conquistar la naturaleza, antes de admirarla; debían alimentarse y vestirse antes que analizarse á sí mismos. Refiriéndose á los segundos, dice un crítico inglés: «Mientras Dryden, Pope y Addison, pulían estancias y añadían nuevas gracias á la prosa inglesa, ellos descuajaban árboles, navegaban ríos y fertilizaban valles... La lucha de la independencia, absorbiendo todas las energías de la nación, desarrolló genios militares, estadistas y ora-

dores, pero fué hostil á lo que puede llamarse bella literatura. En suma, el pueblo de los Estados Unidos tuvo tiempo para ejecutar su *Iliada*, pero no tuvo para cantarla.» (1) También nos ha faltado á nosotros ese tiempo, y esperamos todavía al artista inspirado que perpetúe en el verso, los cortos accidentes de nuestra ingénua epopeya.

Esta similitud de desenvolvimiento, en diferentes proporciones, hace que sea fácil aplicar al estado intelectual de las naciones del sud, si bien en una escala mucho más limitada, algunas de las observaciones generales que la crítica moderna formula respecto á los americanos del Norte. Así, en lo que respecta al Brasil, su literatura colonial no es sino un vivo retoño del tronco portugués, como las manifestaciones espirituales de los Estados Unidos, se pierden en el vasto tesoro de la Inglaterra. Á pesar de una que otra nota personal, es exacto el juicio de Fernández Pinheiro (2); y en esos gloriosos precursores que se llaman Durão, Basilio da Gama, Caldas, los Alvarengas, Claudio Manuel da Costa, se observa el reflejo del pensamiento de los poetas de ultramar y algo como un éco lejano del oráculo de Coimbra (3). Los brasileros podrían encabezar la lista de sus vates con el nombre de Camoens, con igual derecho al de aquella dama americana que, á una pregunta respecto á los poetas de su nación, que le dirigió un crítico inglés: «Entre otros, — respondió — contamos con Chaucer, Shakespeare y Milton». Pero no se detiene en esto sólo la semejanza señalada. Aquí como allí, la influencia del medio modificó profundamente el alma de la raza colonizadora. Las condiciones físicas y las circunstancias morales de los estados del Norte amoldaron al anglo-sajón «aproximando sus hechos á los del hombre rojo y estampando en él un nuevo carácter».

(1) JOHN NICHOL, *American Literature*.

(2) FERNÁNDEZ PINHEIRO, *Curso elemental de literatura nacional*.

(3) La misma observación hace Fernando Wolf, en su *Histoire de la littérature brésilienne*, al ocuparse de los diversos periodos en que se divide esta literatura.

Mientras en Europa los poetas no miraban á la naturaleza sino para señalar el contraste de su permanencia con la inestabilidad de la vida humana, en América es la extensión inmensa de la naturaleza lo que asalta á la mente, es la infinidad del espacio, más que la infinidad del tiempo, lo que se pone frente á frente con la transitoria existencia del hombre (1). Refiriéndose á esa influencia, un crítico brasileiro explica la originalidad de algunos productos de la literatura de su patria, por lo menos en los primeros siglos de su existencia, analizando el fenómeno que denomina de « obnulación ». Consiste este fenómeno en la transformación porque pasaban los colonos atravesando el océano Atlántico, y en su posterior adaptación al medio físico y al ambiente primitivo... « Dominados por la rudeza del medio, embriagados por la naturaleza tropical, abrazados con la tierra, todos ellos se transformaban casi en salvajes ; y si un núcleo fuerte de colonos renovado por continuos viajes, no los sostenía en la lucha, raro era que no acabasen pintándose el cuerpo de jenipapo y urucú, y adoptando las ideas, las costumbres y hasta las brutalidades de los indígenas » (2).

La influencia de nuevas gentes, la facilidad del contacto con los pueblos del viejo mundo, las corrientes inmigratorias, que se difunden en todos los ámbitos del país, y que luchan sin tregua por el sometimiento de la naturaleza, son otras tantas causas que en el Brasil concurren para que la acción del medio se debilite, en detrimento de la originalidad individual. Consecuencia de estos hechos, es el espíritu de imitación que estraga la cultura intelectual de aquella nación, como estraga la república del Norte. « En gran parte, escribe un crítico á este respecto, la literatura de la última no es sino una prolongación ó continuación de la de Europa. Artistas nativos han perseguido su ilustración en el exterior, buscando las fuentes, las reglas y las sanciones de su arte en el viejo mundo. Sus temas

(1) NICHOL, *obra citada*.

(2) ARARIPE JUNIOR, *Literatura Brasileira*. Gregorio de Mattos.

frecuentemente son europeos, el modo de tratarlos todavía más; y su más alta ambición, como la de todos los colonos, ha sido la de recibir un fallo favorable, no de la tierra de su nacimiento, sino de la de sus antepasados. Entre sus primeros escritores de nota, Franklin fué un discípulo práctico de Locke; Jefferson, de la revolución francesa. Más tarde los americanos han seguido á los franceses en el traje, en el paseo, en la cocina y la arquitectura, y á los ingleses y alemanes en el pensamiento: *Their bonnets are Gallican, but their books are Teutonic*. También en el Brasil, la inmensa mayoría de los libros, delatan como una especie de infiltración del espíritu de los maestros extranjeros. Los que aspiran á poseer una literatura aborígen y un arte indígena, se sublevan contra este sometimiento del espíritu y claman por «una independencia moral», como complemento de la independencia política. ¿Pueden aspirar á ella nuestros vecinos y jactarse de poseer un «espíritu brasileiro», cuando no tienen todavía una nacionalidad formada y homogénea, y una verdadera etnografía moral? ...

Un escritor distinguido, en un libro reciente sobre los orígenes del cosmopolitismo literario francés, da una respuesta que me parece decisiva: «Como las especies animales—dice Joseph Texte—las razas no son inmutables é impenetrables, sino por el contrario, como esas especies mismas ellas se cruzan y se transforman por medio de cruzamientos. Hace ocho ó diez siglos que se efectúa, de un extremo de Europa á otro, un comercio y un cambio de ideas, y que la Alemania vive del pensamiento francés, la Inglaterra del pensamiento alemán, la España del pensamiento italiano, y cada una de esas naciones sucesivamente del pensamiento de todas las otras. El estudio de un sér viviente se compone, en gran parte, del estudio de las relaciones que lo unen á los seres vecinos. Del mismo modo, no hay literatura cuya historia se encierre en los límites de su país de origen.»

II

Todos estos problemas merecen, sin duda alguna, el estudio de nuestros escritores y exigen que se les preste una atención detenida. Ellos serán dilucidados un día, cuando nuestra mirada domine los horizontes intelectuales de nuestro vasto continente. El análisis de la producción literaria del Brasil ofrecerá entonces un amplio campo á las observaciones del crítico y del filósofo. Por el momento, no conozco nada escrito entre nosotros respecto á ese gran país, á no ser un interesante análisis de la *Confederação dos Tamoyos*, el poema de Magalhaes, escrito por Juan María Gutiérrez; algunos juicios literarios de Ernesto Quesada; la soberbia descripción de un trozo de naturaleza fluminense, que encuadra una de las bellas escenas del *Fruto Vedado* de Groussac, y las páginas ligeras que le dedicó Sarmiento, en sus hermosos *Viajes*, — ampliadas y rectificadas en parte algunos años más tarde, después de sus largas pláticas con el joven Emperador y sepultadas en un viejo libro difícil de encontrar hoy. En ellas, está impresa la garra pujante de nuestro gran escritor y, á pesar de sus descuidos de forma, merecen sacarse de la obscuridad del olvido en que reposan, y donde escasos neófitos tienen el valor de buscarlas.

Sarmiento visitó « este cráter abierto en cuyo interior está fundado Rio de Janeiro », en febrero de 1846. Desde luego, sintió el deslumbramiento tropical, notando cómo á su influjo « la vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anonada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de la producción ». Á esta primera sensación física, sucede luego una penosa impresión moral y el cuadro de la esclavitud se le presenta en toda su deformidad: « Larga récua de negros encorvados bajo el peso de la carga, seguían al trote, al mandrín que en la delantera

agitaba sonajas de cascabeles y campanillas. Negros arrieros cerraban la procesión, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas humanas, y aquella bestia en dos pies, lejos de gemir bajo el peso, canta para animarse con el compás de su voz; al oirla, en coro con la de los que la preceden y la siguen, se siente hombre todavía, y prevé que hay un término próximo á su fatiga: el muelle donde las naves cargan, y un fin lejano, la muerte, que cura todos los dolores ». Esta vibrante pintura es digna de compararse con las expresiones de Ruy Barbosa en una de sus más elocuentes conferencias abolicionistas. Como este distinguido escritor, Sarmiento muestra los estragos del cáncer de la esclavitud y la relajación que á su amparo se produce en todos los vínculos sociales. El crimen cometido contra una raza y consentido por la moral pública, dice, va deponiendo lentamente sus gérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar á la larga una de aquellas grandes é infalibles compensaciones, con que el mal se equilibra en el mundo moral, tornándose siempre en desagravio de los oprimidos ». No obstante, sobre todas estas impresiones, domina la admiración entusiasta, el delirio de la imaginación, excitada por los esplendores de una naturaleza exuberante... « Los mismos insectos son carbunclos ó rubíes; las mariposas, plumillas de oro flotantes; pintadas, las aves que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores; tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas á fuego las nubes, roja la tierra, y las arenas entremezcladas de diamantes y topacios. Paséome atónito por los alrededores de Rio de Janeiro y, á cada detalle del espectáculo, comprendo que mis facultades de sentir no alcanzan á abarcar tantas maravillas. Desde el mar, llégase á un estrecho pasaje que custodian de pie el gigantesco Pan de Azúcar, y una extraña figura de cadáver humano que parece un rey Borbón tendido sobre su tumba... Botafogo tiene una bahía aparte, que semeja un lago tranquilo, casi encerrado por promontorios coronados de palmeras, y á su espalda se levanta el Corcovado, in-

menso fragmento de granito que se avanza de una manera amenazante sobre la línea perpendicular, como si el núcleo de la montaña hubiera querido sacar la cabeza, en medio de las convulsiones de la agonía, á respirar el aire libre, sofocado por las masas de vegetación: yerbas, arbustos, árboles, enredaderas, amontonadas, superpuestas, intrincadas é impenetrables que la cubren, desde la base hasta los cuatro quintos de su elevación total». Al lado de estas pinturas, llenas de color y de fuerza, resalta la observación política, el ataque á las preocupaciones nativistas de la política imperial, la crítica de la administración pública, y finalmente una alusión pasablemente impertinente al Emperador, á quien, por felicidad, después de haberlo juzgado con notable desparpajo, Sarmiento «según el testimonio de un personaje distinguido», presenta como un «excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de espectáculo y las malas ideas de una educación desordenada».

Conviene leer estas páginas, en medio del Brasil actual, transformado por el progreso, renovado hasta los cimientos por el cambio radical de sus instituciones, purificado por la extinción de la esclavitud, y entonces se encuentra en ellas un gran encanto retrospectivo. Por otra parte, son altamente sugestivas, y en la franqueza ruda y varonil de sus rasgos, demuestran que, como más tarde lo reconoció su autor, muchos de sus juicios, hechos á la ligera «con la precipitación del viajero que por ver una sirvienta tuerta cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos», obedecen á «esas preocupaciones que nos han transmitido los españoles sobre los portugueses, y que hacen que, antes de llegar al Brasil, estemos ya dispuestos á juzgarlo por el lado desfavorable». El mismo Sarmiento, en efecto, en su segunda visita á Rio de Janeiro, en 1852, cambia el tono de su estilo y contempla el Imperio y su joven soberano con ojos más simpáticos y mayor sagacidad y criterio.

« He sido recibido por el Emperador — escribía á Mitre — con

una indulgencia y atención que á veces lo hacía derogar de las formalidades de la etiqueta. La cuestión del Río de la Plata ha llamado la atención de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país... El Emperador, joven de veinte y seis años, estudioso y dotado de cualidades de espíritu y de corazón que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posición de la vida, se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., son nombres familiares á su oído, y por lo que á mí respecta, hábame introducido favorablemente *Civilización y Barbarie*, hace tiempo, con la primera edición, habiéndose procurado después *Sud-América*, *Argirópolis* y *Educación Popular*... »

Los caracteres duros, enérgicos de los caudillos retratados por Sarmiento, las figuras sanguinarias de Facundo, del Fraile Aldao, la sagacidad de Calíbar, y el espíritu caballeresco de aquel soldado, negro como Otelo y noble como un paladín medieval, que se llamó Barcala, interesaban particularmente al Emperador, que insinuó á su autor lo interesante que sería un libro exclusivamente consagrado á la pintura de esos tipos.

« Para explicarle la causa de esas originalidades que lo sorprendían, — continúa Sarmiento — tuve ocasión de detenerme sobre muchos otros que aún no están trazados, y que todos participan del carácter anormal que hace nacer nuestra vida incierta y precaria, como aquellos pinos de la Noruega, cuyos troncos asumen la forma particular que ha servido de modelo para la construcción de los faros, y cuyas raíces se prolongan desmesuradamente hacia el norte, á fin de resistir á las tempestades de los climas glaciales que á cada momento amenazan echarlos por tierra. » Un día, en el cielo diáfano de la amistad entre el Emperador y el escritor argentino, surgió una nube amenazante. Fué inútil que Sarmiento olvidara mencionar « ciertos *Viajes por Europa, África y América*, en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil ». El

monarca era un lector insaciable, y conocía aquella obra, donde se le retrata bajo una faz poco favorable. Algunas palabras pronunciadas por él en el curso de la conversación, pusieron sobre aviso al autor de los *Viajes*, y provocaron una franca explicación de su parte, que satisfizo por completo á aquel corazón magnánimo, que se llamó Don Pedro II.

« El Emperador, — dice Sarmiento — seguía con interés el hilo de mis ideas, apoyando cada frase con un movimiento de cabeza en señal de afable asentimiento, y, dirigiendo de vez en cuando sus miradas hacia los individuos de su séquito, que escuchaban nuestra conversación, parecía decirles: ¿No oyen ustedes, como es lo que yo les decía? Felizmente este lenguaje de mi parte, ni aires de lisonja tenía, ni era nuevo para el Emperador. En el momento del asalto de Monte Caseros, el mariscal Marques por un lado y yo por otro, nos encontramos sobre el terreno circunscrito del combate, y como ya hubiésemos hablado largamente sobre la poca estimación en que teníamos al soldado brasilero, me dijo, al estrecharnos con entusiasmo las manos en felicitación de nuestro triunfo: « V. S. es testigo de la conducta de nuestras tropas en el campo de batalla. » — « Si, señor Brigadier: las he visto pelear, y les ha cabido la fortuna de ganar hoy dos batallas, una contra Rosas, y otra contra las preocupaciones vulgares que las desfavorecían. » Estos conceptos, que después se me pidieron por escrito, le habían sido transmitidos al Emperador, y él mismo me lo había recordado. Sobre el Brasil, hablaré otra vez, y acaso ahorre desaciertos á nuestra política el apreciarlo en su verdadero valor... »

Por desgracia, esta promesa nunca fué cumplida, y solamente ahora puede decirse que ha desaparecido la falsa leyenda que, durante tanto tiempo, ha desfigurado ante cada una de ellas, el carácter de nuestras dos naciones, retardando su completo acuerdo y la hora no lejana en que se estrecharán indisolublemente sus vínculos políticos, haciéndolas cooperar unidas al progreso y la civilización de la América latina.

He creído que tal vez no estaría de más, para ayudar á este fin, estudiar de una manera general y sintética el movimiento actual de las letras en el Brasil. La actividad intelectual de aquella nación es superior, sin duda alguna, á la que presentan sus hermanas del continente. Ella puede mostrar con orgullo, en el pasado y en el presente, un núcleo compacto de sabios, de escritores y de estadistas dignos de figurar en cualquiera de los centros más avanzados del viejo mundo. Una instrucción metódica y seria, en que han predominado los estudios clásicos, un género de vida más reducido que el nuestro, menos subordinado á los atractivos del placer y á los esplendores y el refinamiento de un sibaritismo elegante, una larga época de tranquilidad y de desarrollo pacífico, bajo una administración tranquila y de móviles elevados, — todas estas causas aunadas á la inteligencia natural de sus hombres, á las tendencias artísticas de la raza y á las ventajas de un medio más igual, más interesado en las cosas del espíritu, — han propendido á dar al Brasil una cultura literaria más sólida y original que la de las otras naciones sud-americanas. En cuanto respecta á nosotros, es bien sabido que todos los impulsos progresistas de nuestra historia, han sido marcados por largos y profundos retrocesos. La lucha por la independencia interrumpió, cuando apenas se iniciaban, las tentativas de toda una generación para conquistar los ásperos frutos de la ciencia y las dulces adquisiciones del arte. Los primeros graduados del *Colegio de Ciencias Morales*, fundado por Rivadavia, estaban condenados á tener una madurez ficticia y prematura, en esas *serres chaudes* de la proscripción á que los sometió la tiranía. Cuando se piensa en los medios de educación con que, en su época, contaron un Sarmiento ó un Mitre, la simpatía y el respeto que inspiran estos hombres excepcionales, se une á un sentimiento de asombro por la fuerza nativa con que se sobrepusieron á todos los obstáculos opuestos á su desarrollo natural. Un solo detalle histórico basta para señalar la diferencia que existe, á este respecto, entre el Brasil y la República Argentina. En 1838, se fundaba en Río de Janeiro el *Instituto Histórico y Geográ-*

fico Brasileiro, asociación que subsiste hoy y á la cual han pertenecido todos los hombres eminentes de aquella nación. El cultor de las letras, el investigador tranquilo y asiduo de la historia patria, encontraban un centro propicio y silencioso, en que unir sus esfuerzos y colaborar en la obra benéfica de su civilización y su progreso moral. Ay ! en aquel mismo año, las sombras de la dictadura trataban de apagar todos los destellos de la inteligencia argentina ! Alberdi se alejaba de la tierra de su cuna, para no deprimir su alma jurando fidelidad al déspota, é iba á encontrar en playas extrañas á Sarmiento, á Mitre, á Mármol, á Gutiérrez, dispersos por la ola de la barbarie. ¿ Quién puede calcular cuál sería el grado de nuestro desarrollo, si elimináramos de nuestra historia medio siglo de anarquía y de guerras intestinas ? No nos sintamos, pues, empequeñecidos al ver que otros pueblos más felices, pueden mostrar un catálogo más extenso de tesoros intelectuales. Constatemos el hecho simplemente, tratando de eliminar las causas que en el futuro pueden poner nuevas trabas á la expansión de nuestra genialidad nativa.

III

La historia de la literatura brasilera ha sido estudiada especialmente por Ferdinand Wolf y por Silvio Romero (1). La obra del primero, anticuada y difícil de encontrar hoy, abarca un período relativamente extenso de la vida intelectual, pero se detiene precisamente en el umbral de la época contemporánea, en que el movimiento de las letras en aquel país ha sido más activo y presenta aspectos más variados. La tentativa de Silvio Romero es más audaz y más

(1) Especialmente en la *Introdução a historia da litteratura Brasileira* (1882), y en la *Historia da litteratura Brasileira* (dos gruesos tomos publicados en 1886). Además de estas obras, el señor Romero ha escrito varias sobre *A Philosophia no Brasil ; Etnographia Brasileira ; Estudos sobre a Poesia Popular ; Litteratura Contemporânea ; A Litteratura Brasileira e a critica moderna, etc.*

trascendental. Ella se inicia con un estudio del Brasil, de sus elementos etnográficos, de la constitución de su pueblo, del medio y las modificaciones operadas á su influjo, y extrae de todos estos datos lo que llama la psicología nacional, siguiendo las huellas abiertas por Buckle y Gervinus, por Taine y por Renan, y mostrando las relaciones de la vida intelectual con la historia política, social y económica de la nación. Las primeras páginas de esta obra meritoria explican el método seguido por su autor, y la división de sus estudios en cuatro grandes fases que enumera del siguiente modo : *Período de formación* (1500-1750); *período de desenvolvimiento autonómico* (1750-1830); *período de transformación romántica* (1830-1870); y *período de reacción crítica* (1870 hasta nuestros días). Esbozadas las tres primeras partes de este vasto trabajo, la última no ha sido estudiada por el autor de una manera sistemática, si bien, en sus publicaciones dispersas, tiene sobrados elementos para terminar el amplio cuadro que ha sido el primero en diseñar y cuyas líneas generales presentan un interés real.

Es difícil dar una idea concisa de la *Historia de la Litteratura*, por el carácter especial de esa producción y por el variado material aglomerado en sus páginas. Desde luego, se nota una diferencia sensible en el tono y en el estilo, entre la introducción filosófica á que antes me he referido, y la parte crítica é informativa que constituye el núcleo principal del extenso libro. Publicada esa introducción en 1881, en las páginas de la *Revista Brazileira*, contenida ya en germen en un opúsculo brillante que salió á luz dos años antes (*La Litteratura Brazileira y la crítica moderna*), se advierte que ella ha sido pensada, refundida y revisada muchas veces, hasta tomar la forma definitiva con que aparece en la *Historia de la Litteratura*, quedando lo más científico y fundamental que se ha escrito en el Brasil sobre la materia que analiza. Sus conclusiones son citadas frecuentemente por los escritores del día, que consideran con justicia al señor Romero como un valeroso precursor. Sin duda, otros nombres figuran al lado suyo en el terreno de la crítica, otros

autores dotados de modalidades propias y de personalidad perfectamente definida. Los sagaces y eruditos artículos de Tristan de Alencar Araripe, sobre *Gregorio de Mattos* y la escuela bahiana del siglo XVI, tanto como sobre José de Alencar y la novela contemporánea; los distinguidos *Estudios Brasileiros*, de José Verissimo, en que la nitidez de la forma se une á un buen gusto que nunca flaquea, figuran al par suyo. La obra de Romero, sin embargo, es original y digna de estudiarse, bajo más de un concepto. Ella abarca un conjunto mayor, domina un horizonte más dilatado, y, á pesar de una que otra digresión en que el tono agrio de la polémica parece alterar la serena equidad de su criterio, es generalmente imparcial y hace oír en todos sus juicios el acento honrado de la convicción y la sinceridad.

Para el señor Romero, la historia del Brasil es « la historia de la formación de un tipo nuevo por la acción de cinco factores, formación sextiaria en que predomina el mestizaje. Todo brasilero es un mestizo, cuando no en la sangre, en las ideas. Los operarios de ese hecho inicial han sido: el portugués, el negro, el indio, el medio físico y la imitación extranjera ». La literatura del Brasil, en consecuencia, se reduce á un proceso de adaptación de las ideas europeas á la sociedad americana. Inconsciente en los tiempos coloniales, hoy ella trata de ser comprensiva; de la imitación servil de los primeros tiempos, ha pasado á la selección científica y literaria. El señor Romero encuentra que el botánico bávaro de Martius, conocido por sus trabajos apreciables sobre el Brasil, ha resuelto el problema de cómo se debía escribir la historia de aquella nación, acogién dose al gran principio moderno de las nacionalidades, y situándose en un punto de vista etnográfico, desde el cual se puede dominar los demás elementos del pueblo brasilero. Los juicios de Buckle, á propósito de la tierra de su nacimiento, le parecen injustos é incompletos (1). Es indudable, para

(1) « Las civilizaciones antiguas desarrolláronse en los países donde las condiciones de la vida eran fáciles, en las penínsulas, á la margen de los grandes rios, donde eran

él, que el clima ejerce una influencia marcada sobre el hombre; y á este respecto cita las admirables páginas de Michel Lévy, en su *Traité d'hygiène*, sobre el efecto de los climas ecuatoriales en el hombre. Ese cuadro elocuente de fenómenos mórbidos le parece exacto, y no vacila en afirmar que él explica « la precocidad de los talentos de su raza, su extenuación pronta, la facilidad que ella tiene en aprender y la superficialidad de sus facultades inventivas ». Se trata, lo he dicho ya, de un espíritu independiente y varonil, de un hombre de convicciones y de principios firmes. Debemos escucharlo, en el desarrollo de sus ideas, en el juicio sintético que hace de la vida intelectual del Brasil, aunque no creamos del todo fiel la pintura que nos traza en estos párrafos vibrantes :

« El trabajo intelectual es en el Brasil un martirio; por eso producimos poco; nos cansamos pronto; envejecemos y morimos de prisa. La nación necesita más de un régimen dietético acertado, que de un régimen político. El brasilero es un sér desequilibrado, herido en las fuentes de la vida; más apto para quejarse que para inventar, más contemplativo que pensador; más lírico, más amigo de sueños y de palabras retumbantes que de ideas científicas y demostradas. No tenemos filosofía, ni ciencia, ni la gran poesía impersonal de un Shakspeare ó de un Goethe; tenemos el palabrerío gárrulo, el misticismo del beaterio enfermo y fanático de un lado, y de otro, los devaneos fútiles de la impiedad impertinente y fácil; en la poesía, el lirismo subjetivista, mórbido, inconsistente, vaporoso, nulo. La nación no ama de frente á la naturaleza, ni se une á ella por la ciencia ó por el arte. Los jóvenes casi nunca tienen una inspiración suya, nacional, brasilera; no neutralizan la debilidad ingénita de nuestro espíritu por el régimen saludable de la ciencia,

abundantes el *calor* y la *humedad*. Sólo el Brasil, para el filósofo inglés, abre una excepción á la regla; por causa de los vientos *alisios*, de las *lluvias torrenciales*, de las *miasmas*... que hacen aquí á la naturaleza superior al hombre... Esa doctrina, además de ser falsa, en la descripción general del clima brasilero, es en demasía exterior, es cosmológica por demás.. » (SILVIO ROMERO, *Historia da Litteratura*, pág. 18).

por el estudio sereno y por la higiene del cuerpo. No conocen los secretos del pensamiento personal y autonómico, ni procuran armonizar sus ideas con los arrobos de nuestra naturaleza... Es la razón de toda esa galería patria, melancólica y sombría, de tísicos é histericos, muertos antes de llegar á los treinta años, donde están Álvarez de Acevedo, Casimiro de Abreu, Bernardino Ribeiro, Castro Alves, Junqueira Freire, Macedo Junior, Dutra y Mello, Franco de Sá y muchos otros, extenuados al sol de la patria, es cierto; pero también desorientados por las quimeras de una educación misantrópica y perjudicial... Todos esos jóvenes son un mal ejemplo para los jóvenes del día; necesitamos tipos más varoniles, luchadores más valientes. El gran prestigio de la ciencia y de la industria modernas está en el poder de neutralizar las influencias deprimentes del mundo exterior... La acción del medio físico en sociología y en literatura puede determinarse por el clima, por el aspecto geológico y topográfico del país, por la alimentación del pueblo. En cuanto á ésta, consistente entre nosotros, por la mayor parte, en féculas y legumbres, es poco nutritiva é incapaz de vigorizar un pueblo sano. Exceptúanse los habitantes de las zonas pastoriles del Norte y de Río Grande del Sud, que, en regla general, son vigorosos. Los habitantes de las selvas y de las playas son de ordinario anémicos y enflaquecidos. El clima está casi en las condiciones descritas por Michel Lévy. Queda el aspecto general de la naturaleza. Si la acción de las dos otras fuerzas es más poderosa, como agente estático, la de la última es una ley de evolución, de renovación, de adaptación cenogenética. Por este lado, la fisonomía general del Brasil puede influir mucho sobre la formación de nuestro genio particular de nación.»

Haciendo las debidas restricciones, hay sin embargo, en las líneas anteriores, algunas observaciones felices y exactas. Si la palabrería gárrula es un mal común á la generalidad de los países de nuestra raza y de los temperamentos meridionales, no es menos cierto que en toda Sud-América y en el Brasil, ella forma una especie de funesta escuela literaria. Si la falta de un Goethe ó un Shak-

speare, se hace sentir casi universalmente, y en naciones de otra cultura que la que puede aspirar á poseer el Brasil, es desgraciadamente verídico que la facilidad funesta de la rima arrastra á demasiados espíritus débiles, á violar la forma poética encerrando en ella pálidas y viles rapsodias. En cuanto al carácter mórbido de la intelectualidad brasilera, al nervosismo de la raza, todo lo que dice el señor Silvio Romero es justo y perfectamente observado. Tal vez le ha faltado añadir, desde luego, lo que insinuará más tarde, y es que esa impresionabilidad enfermiza del mestizo es quizá una de las más grandes seducciones de su espíritu, y da nacimiento á organizaciones vibrantes y aptas para comprender los más finos matices del pensamiento.

Refiriéndose especialmente al carácter del pueblo de su patria, el señor Romero es de opinión que él no puede considerarse como un grupo étnico definitivo, y menos que posea una modalidad característica y original. Hoy por hoy, se compone de una mezcla de blancos arianos, de indios guaraníes, de negros del grupo bantú y mestizos de estas tres razas. Una ley sociológica inútil de demostrar hace que el número de mestizos tienda á aumentar, mientras los otros disminuyen y desaparecen consumidos en la lucha ó transformados por el cruzamiento. En el estudio de estos elementos, desde luego, el primer lugar corresponde al portugués, que ha sido el principal agente de la cultura brasilera. El Portugal de la conquista era, sin duda alguna, una nación floreciente, con tradiciones nobles y con una civilización opulenta que estaba en aquellos tiempos en el período del apogeo. Si la colonización de ese pueblo no fué más fructífera, débese, según el señor Romero, á la índole del indígena, naturalmente refractaria á la cultura; á la impericia del Gobierno de la metrópoli y al número reducido de núcleos que se formaron aisladamente en medio de un territorio inmenso, luchando con una naturaleza devoradora, y sin mantener contacto continuo entre sí por la dificultad insuperable de los medios de comunicación. El elemento indígena, que entra en segundo lugar en la

formación del pueblo brasileiro, es estudiado luego por el señor Romero, apoyándose en la autoridad de sabios y escritores de renombre. Ante todo, nos advierte que cree en el origen poligenista del hombre; en consecuencia, las razas americanas son para él un producto del medio americano. Los salvajes del Brasil eran nómades, cazadores; estaban en el grado de atraso del hombre geológico. Cultivaban apenas, y en corta escala, la planta de la mandioca. Poseían un arte cerámica completamente infantil. Sus creencias religiosas no eran menos rudimentarias, á pesar de las fantasías teológicas del padre Ivo d'Ivreux, pudiendo afirmarse que no habían salido de la edad de la Astrolatría, de que habla Augusto Comte. Finalmente, el señor Romero estudia la acción del negro, á quien conceptúa superior al indio, aunque aún estaba en el período del fetiquismo. «El negro — dice — es adaptable al medio americano; es susceptible de aprender; no tiene las desconfianzas del indio; puede vivir al lado del blanco y aliarse á él. Tenemos hoy muchos negros que saben leer y escribir; algunos formados en derecho, medicina ó ingeniería; algunos comerciantes y ricos; otros oradores y periodistas. Al negro debemos mucho más que al indio; él entra en gran parte en todas las manifestaciones de nuestra actividad; su cruzamiento con el blanco fué mucho mayor». La conclusión que de este largo análisis saca el señor Romero, como antes lo he indicado, es que «el mestizo es el producto fisiológico, étnico é histórico del Brasil, y la forma nueva de la diferenciación nacional». Al decir mestizo, el distinguido escritor nos advierte que no pretende indicar que su patria constituye una *nación de mulatos*, pues la forma blanca domina, y prevalecerá al fin; sino que la unión del europeo con las otras razas dió origen á este nuevo producto, dotado de caracteres propios.

IV

El análisis detallado de la historia literaria de la colonia, escrita por el señor Romero, no cabe en el tono y en la índole de estas páginas. No me propongo hacer aquí un estudio metódico y minucioso del desenvolvimiento intelectual del Brasil, y menos penetrar en ese dédalo de cronistas y de poetas, más ó menos mediocres, que van del Padre Anchieta á los Alvarengas, pasando por los portugueses Gandavo, Cardim, Gabriel Soarez; por Teixeira Pinto, Manoel de Moraes y otros escritores de todos los matices, sin contar con un número no pequeño de teólogos abstrusos y de abundantes predicadores. Toda esta vasta producción no se distingue mayormente de la de los cronistas de Indias, que nos han dejado tan sesudos y largos mamotretos, repletos de indicaciones desiguales, de detalles útiles y fantásticos, de descripciones verdaderas é imaginativas; y está á la altura de sus congéneres europeos, tanto lusitanos como españoles, por la ampulosidad del estilo, la grandeza de las amplificaciones retóricas, y la deformación del pensamiento torturado en el borceguí chinesco del cultismo gongórico. Salvo una que otra honrosa excepción, en la cual deben figurar Gregorio de Mattos, Basilio da Gama y Santa Rita Durão, por el carácter americano impreso en sus producciones, lo mismo debe decirse de la poesía de ese largo período. Los que están familiarizados con los productos similares de la musa española, encontrarán en los sonetos, madrigales y epístolas brasileros, el mismo sabor insulso y artificial, la misma vaciedad general, aunque tal vez un poco más discreta, que ha dado fama á Meléndez, la eterna oda á *Lisis* y no menos eterna anacreóntica á *Filis* ó á *Cloris*. El señor Romero demuestra cuánto es su amor por las letras nacionales, al seguir paso á paso, llenando concienzudamente la tarea que se ha impuesto, todas estas ingénuas manifesta-

ciones de la musa brasilera en el período que él llama de formación. Verdad es que, en general, sus indicaciones biográficas y críticas son rápidas y concisas, consagrando apenas cuatro rasgos incisivos para señalar la personalidad de un autor. Es un detalle que revela su buen gusto y que facilita grandemente la lectura de su interesante trabajo.

O Uruguay de Basilio da Gama (árcade de Roma, *cela va sans dire*, bajo el melífluo nombre de *Termino Silipio*), merece detener un momento nuestra atención. Su autor nació en Minas y estudió humanidades en Río de Janeiro en la orden de los Jesuitas, donde estuvo como novicio. Su obra principal es aquella de que voy á ocuparme, escrita con el fin de atacar á los Jesuitas, á quienes hiere sin temor, especialmente en las notas que acompañan los cinco cantos del poema. En él aparece por primera vez el indígena en la poesía colonial, destacándose sobre un fondo americano y apegado al suelo de su nacimiento. Sin duda, ese salvaje es demasiado orador, y llama á su ayuda todos los tropos de la retórica clásica ó lanza al viento imprecaciones é invocaciones, como los demonios de Milton. Pero, eliminando esas pequeñas contribuciones pagadas al gusto de la época, debemos aplaudir sin reserva la entrada á los palacios de la Musa clásica, de esos *va-nu-pieds* que se llaman Tatu-Guazú y Cacambo. Es lástima que la seriedad trágica de éste sufra por el recuerdo del inmortal *valet* que acompaña en sus peregrinaciones al Cándido de Voltaire, — y desde luego me asombra que algún comentador sagaz no haya encontrado en el poema de Basilio Gama el origen de aquel impagable mestizo del Tucumán, testigo de las desdichas de Cunegunda. Volviendo al *Uruguay*, confesamos desde luego que, á pesar de la sonoridad de muchos de sus endecasílabos, su estilo se resiente á menudo de descuidos lamentables y de debilidad en la expresión. Sin embargo, tiene fragmentos dignos de ser apreciados, y merece vivir aunque no sea sino por un verso magistral que corona la descripción de la muerte de Lindoya. Por lo demás, desde el comienzo de esta obra, se ve otra animación, otro

vigor, algo más humano, que lo que se admira en la mayoría de las producciones de su época. Escuchad este principio, que traduzco casi al pié de la letra por la semejanza del idioma, y vereis que él no es indigno de figurar en cualquier antología del siglo pasado :

Despiden humo en las desiertas playas,
 Lagos de sangre cálida é impura,
 En que ondean cadáveres desnudos,
 ¡ Pasto de cuervos!... Óyese en los valles
 El ronco són de airada artillería...
 ¡ Musa! honremos al Héroe valeroso
 Que el rudo pueblo de Uruguay domára,
 Y en su sangre lavó con fuerte mano
 De los decretos reales el insulto.
 ¡ Ah! ¡ tanto cuestas, ambición de imperio!...
 Y vos, por quien el Marañón suspende
 Rotas cadenas y pesados grillos,
 Héroe y hermano de héroes, si á lo lejos
 Guardais de vuestra América recuerdo
 Mis versos proteged. Pueda yo en tanto
 Acostumbrar al vuelo soberano
 Las nuevas alas en que os lleve un día.
 De esta suerte, medrosa deja el nido
 Por vez primera el águila valiente
 Que después huye de la humilde tierra,
 Y va á ver de más cerca en el empíreo
 El aire azul, donde no alcanza el rayo...

El señor Romero elogia con razón la belleza de muchos de los versos de Basilio da Gama. Este poeta mostró dones nativos muy apreciables, y sus descripciones son con frecuencia elocuentes y naturales. El cuadro del desfile del ejército que va á marchar á las orillas del Uruguay, es pintoresco é interesante. No lo es menos el combate en que luchan cuerpo á cuerpo Gerardo y Tatú-Guazú « armado el pecho de escamosa piel, de un yacaré disforme que matara », y en que el tape Gepé rindió la vida, renovando proezas dignas de figurar en el poema de Ercilla. El *Uruguay* posee su correspondiente escena de maleficios, desplegados con motivo de la visita

de la desgraciada Lindoya á la bruja Tanajura, que apelando á artes diabólicas le revela la muerte de su amado. Pero el trozo popular y clásico por excelencia del poema de Basilio da Gama, es el de la muerte de Lindoya, que busca en el suicidio un medio de escapar á la obligación de ser infiel á la memoria de Gacambo. He ensayado la traducción literal de este fragmento que es, como lo he dicho antes, uno de los más conocidos de la poesía brasilera :

Entran al fin del bosque primitivo
 En la parte más triste y más distante,
 Donde al pié de una piedra ennegrecida,
 Cubre una ronca fuente que murmura
 Un dosel de jazmines y de rosas.
 Este lugar delicioso y triste
 Cansada de vivir, buscado había
 Para morir la mísera Lindoya.
 Reclinada, parece que durmiera
 Sobre las blandas y mimosas flores;
 Apoyaba su rostro en una mano
 Y ceñía con la otra el rudo tronco
 De un fúnebre ciprés que derramaba
 Melancólica sombra. Al acercarse
 Descubren que en su cuerpo se ha enroscado
 Verde serpiente y lo pasea y ciñe
 Pescuezo y brazos y le besa el seno.
 Huyen al verla así, sobresaltados,
 Y paran llenos de terror, distantes;
 Y no se atreven á llamarla, y temen
 Que depierte asustada, irrite al monstruo
 Y apresure, al huir, su horrible muerte.
 Empero, el diestro Caitutú, que tiembla
 Del peligro en que mira á la doncella,—
 Dobla el arco vibrante sin demora,
 Dos veces trata de soltar el tiro
 Y dos veces lo deja vacilante
 Entre la rabia y el temor. Sacude
 El arco al fin, y la veloz saeta,
 Rozando el pecho de Lindoya, hiere
 A la feroz serpiente, que clavados
 Los dientes deja en el vecino tronco.

Azota el campo con ligera cauda
 El monstruo horrible, y en tortuosos giros
 Se enrosca en el ciprés, y vierte envuelto
 En negra sangre el lívido veneno.
 En brazos lleva á la infeliz Lindoya
 El degraciado hermano, que al tocarla
 Descubre con horror sobre su rostro
 La señal del veneno, y mira herido
 Por el diente sutil el blando pecho.
 Los ojos en que amor reinaba un día
 Llenos de muerte; y muda aquella lengua
 Que al sordo viento y á los ecos todos
 Contó la larga historia de sus males.

 Conserva aún el pálido semblante
 Un no sé qué de dolorido y triste
 Que hace gemir al corazón más duro,
 ¡ Tan hermosa en su rostro era la muerte ! (1)

El *Caramurú*, de Santa Rita Durão, apareció doce años después del poema de Basilio da Gama (2). Según el vizconde de Porto Seguro, biógrafo de Durão, el poeta « componía su obra descansando de ordinario en un sitial de piedra, junto á la ribera de Gozelhas que pasaba por la cerca de su convento, á que pertenecía ese ameno valle. Allí era visto muchas veces dictando con la mayor facilidad al amanuense, cierto pardo liberto que trajo del Brasil y á quien, en el acento patrio que nunca perdió, llamaba Bernardo ». En el proemio que la encabeza, el fraile agustino declara que « Los sucesos del Brasil no merecían menos un poema que los de la India. Incitóme á escribir éste el amor de la patria. Sé que mi profesión exigiría de mi otros estudios ; pero éstos no son indignos de un religioso, porque no lo fueron de obispos y de obispos santos; y lo que es más, de

(1) El verso portugués, que es célebre y realmente delicioso, no puede ser traducido en otra forma. El original dice así:

¡ Tanto era bella no seu rosto a morte !

(2) *Caramurú*, poema épico do descobrimento da Bahia, por Fr. José de Santa Rita Durão, da orden dos Eremitas de Santo Agostinho, natural de Minas Geraes, 1781.

santos Padres, como San Gregorio Nazianzeno, San Paulino y otros. » El poema de Durão narra el descubrimiento de Bahía, hecho á mediados del siglo xvi, por Diego Álvarez Correa. Las aventuras maravillosas de este guerrero son contadas con ingenua admiración por el poeta, que las sintetiza en la siguiente forma, en el prólogo á que antes me he referido : « Diego Álvarez pasaba al nuevo descubrimiento de la capitania de San Vicente, cuando naufragó en los bajíos de Boipebá, próximos á Bahía. Salváronse con él seis de sus compañeros, y fueron devorados por los gentíos antropófagos, y él hecho esperar, por venir enfermo, para mejor nutrido servirles de más gustoso pasto. Encallada la nao, dejáronlo sacar de ella pólvora, balas, armas y otras especies, cuyo uso ignoraban. Con un mosquete, mató cazando cierta ave, de lo que, espantados, los bárbaros lo aclamaron *Hijo del trueno* y *Caramurú*, esto es, *dragón del mar*. Combatiendo con las tribus de la selva, venciólas é hizose dar obediencia de aquellas naciones bárbaras. Ofreciéronle los principales del Brasil sus hijas por mujeres ; pero de todas escogió á Paraguassú, que después condujo consigo á Francia, ocasión en que otras cinco brasilianas siguieron la nave francesa á nado, por acompañarlo, hasta que una se ahogó, é, intimidadas, las otras se retiraron. »

El poema de Durão tiene, comparado con otras epopeyas americanas, un mérito excepcional. Ante todo, es superior á todas las producciones del mismo género, por su extensión relativamente corta, si bien en esto lo aventaja todavía el *Uruguay*, que llena apenas un opúsculo de cien páginas. Cuando uno recuerda la avalancha espantosa de octavas reales de las *Elegías* kilométricas de Juan Castellanos, cuando se piensa en la *Araucana* misma, á pesar de sus indudables bellezas, y la hemorragia poética de su continuador don Diego de Santistéban,—para no referirme al *Arauco Domado* de don Pedro de Oña, al *Puren Indómito* de Lasso de la Vega, y más cerca de nosotros á la *Lima fundada* de don Pedro de Peralta,—se respira con desahogo al ver el tamaño moderado del *Caramurú*. No porque

esta obra sea todo lo concisa que debiera, desde que todavía sobra en ella material para hacer dos poemas de regulares proporciones; sino porque en su misma abundancia ella es moderada, si se tiene en cuenta la facilidad del autor y de los poetas que han abordado asuntos análogos, sin excluir á nuestro narcótico Barco Centenera. Por otra parte, *Caramurú* muestra un temperamento poético más fino, más sensible, más *moderno*, dirélo así, que el que campea en las producciones de sus formidables competidores. Las retahilas de nombres de plantas y árboles de la flora americana, no son en él menos frecuentes que en los otros; las descripciones de los indígenas, de sus costumbres y sus guerras, tienen el mismo grado de fantasía que en ellos; pero, de cuando en cuando, canta un verso sonoro, de timbre musical, empapado de sentimiento; brilla un rasgo incisivo, un cuadro sorprendido con ojos de artista, y ésto basta para salvar ese poema y hacerlo digno de figurar con honor en la literatura brasilera. ¿Qué poeta épico de la época, qué cantor de capa y espada, de esos que forjan estrofas á martillazos, sería capaz, por ejemplo, de pintar la entrada del otoño en estos cuatro versos musicales, y artísticos en su misma sencillez?

Era el tiempo en que el sol en la alta esfera
El claro día con la noche iguala,
Y el viejo Otoño, que el calor modera,
Con sus pámpanos teje verde gala...

Y estos perfiles delicados son en él frecuentes, naturales, brotan de sus labios sin afectación, con un buen gusto instintivo que lo salva muchas veces de incurrir en las monstruosidades de expresión ó de concepto, que hacen tan difícil la lectura de otras obras análogas á la suya.

El estilo de Durão es generalmente cuidado, su verso suena con timbre armonioso, y se siente que ama la naturaleza porque gusta de pintar paisajes suaves, bosquejos velados por la sombra ó campos dilatados donde se extiende una corriente murmurante en medio de

islas de lujosa vegetación. Como una muestra, véanse las siguientes estrofas, que contando siempre con la similitud del idioma, he vertido casi al pie de la letra, y en que el poeta introduce á la bella Paraguassú y al valeroso Jeraraca, que la persigue con su amor y sus celos :

Dormida está Paraguassú la hermosa,
De un ribazo gentil sobre la playa ;
Lánguida está como ella la albarosa
Que á sus plantas, besándola, desmaya ;
Mas buscando la sombra deliciosa
De un gran maracujá que allí se esplaya,
Se interna en un bosque que la ampara,
Su cuerpo oculta, y deja ver su cara.

Respira tan tranquila, tan serena,
Y en languidez tan dulce adormecida,
Como quien libre de temor ó pena
Reposa, dando pausa á dulce vida ;
Allí pasar la ardiente siesta ordena
Jeraraca, valiente, á quien convida
De aquel sitio la sombra transparente
Y el dulce resplandor de la corriente.

En el reflejo de la onda pura
Ve brillar en el agua bulliciosa,
Temblorosa, la nítida figura.
Duda, sin creer que imagen tan hermosa
Sea copia de humana criatura.
Y volviendo á mirar su faz preciosa,
Inquiere á un lado y otro, y busca atento
Quien sea original de aquel portento.

El poema de Santa Rita Durão tiene también su episodio clásico: ese trozo que los poetas parecen haber escrito presintiendo los autores de antologías futuras. El de *Caramurú* forma un *pendant* perfecto con el del *Uruguay*. La muerte de Moema es digna de parangonarse con la muerte de Lindoya. ¿Cómo resistir á la tentación de hacer conocer entre nosotros, para los pocos aficionados á estos estudios, este cuadro que ha dado temas á pintores y escultores, y que es considerado como la joya poética más pura del inspirado

fraile Mineiro? La escena, por otra parte, es interesante : Diego Álvarez, embarcado, se aleja de la tierra donde ha sido reconocido por señor, y las *damas*, — como dice ingénuamente Durão, — que lo persiguen, se lanzan al mar siguiendo la estela de la nave. Es el cuadro del *Don Juan* de Baudelaire, anticipado y sorprendido á la luz del medio día tropical, en medio de la esplendidez de una naturaleza virgen :

.
 Es fama que la pléyade angustiosa
 De las Damas, que á Diego pretendían,
 Viendo zarpar la nave presurosa,
 Y que al objeto de su afán perdían,
 Entre las ondas con pasión furiosa,
 Tras él nadando por el mar seguían,
 Y ni tanta agua que fluctúa vaga
 El ardor de sus ánimos apaga.

Copiosa multitud, en la francesa
 Nave, contempla el cuadro emocionada ;
 É ignorando la causa de esa empresa
 Pásmase al ver la turba que allí nada.
 Una, que á todas vence en gentileza,
 Se muestra tan hermosa como airada ;
 Era Moema, que el amor tortura,
 Y al timón de la nave se asegura.

« ¡ Bárbaro ! (dice la infeliz, suspensa)
 Eres fiera y no hombre : que aunque brame,
 No hay tigre que el amor no dome ó venza ;
 Sólo á ti no domó por más que te ame.
 Furias... rayos... borrascas, tromba inmensa,
 ¿Cómo no consumís á aquel infame?
 ¡ Ah ! pagar tanto amor con tedio y asco...
 ¡ La borrasca eres tú... rayo... peñasco !... »

« Bien pudieras, cruel, mostrarte esquivo
 Cuando vencida me entregué á tu amaño ;
 Ni me ofendieras, al oirme altivo,
 Que es favor, dado á tiempo, un desengaño.
 Más ¡ ay ! dejando el corazón cautivo,
 Sin mostrarte á mis súplicas huraño,

Me abandonas, traidor, y de esta suerte,
Por pago de mi amor me das la muerte.

« Tu dura ingratitud menos sintiera
Ni la pena vivaz que me devora,
Si á mi despecho, trémula, no viera
Á esa infame triunfar, á esa traidora...
Por sierva, por esclava te siguiera,
Si no tuviera que llamar señora
Á esa Paraguassú, que es necia y fea,
Sobre serme inferior, sin que lo crea.

« ¿Tu corazón, siquiera, no se agita
Al verme moribunda entre estas ondas?
¡ Ah! ni el pasado amor tu pecho incita
Á que á mis ayes de dolor respondas.
¡ Bárbaro! si esta fe tu pecho irrita,
(Dice viéndolo huir) ¡ ah! no te escondas :
Dispara sobre mí tu último rayo...»
Y, sin poder concluir, cae en desmayo...

Pierden la luz sus ojos, se estremece
Con aspecto doliente y moribundo,
Suelta el timón que apoyo no le ofrece
Y se abandona al piélago iracundo.
En las saladas ondas reaparece,
Y al surgir otra vez de lo profundo :
« ¡Diego cruel! » — con emoción suspira,
Y, sin ser vista más, se hunde y expira.

La lloraron las ninfas de Bahía
Que nadando á Moema acompañaban ;
Y viendo doloridas que seguía
El navío, á la playa regresaban...
No pudo el héroe con el alma fría
Mirar las pruebas que de amor le daban ;
Y amante llora con angustia extrema
Cuando recuerda el nombre de Moema... (1)

El *Uruguay* y *Caramurú*, no tuvieron imitadores. El poema *Villa Rica*, de Claudio Manuel da Costa, á pesar de ocuparse de un asunto

(1) *Caramurú*, canto VI, estrofas XXXVI á XLIII.

brasileño, según la opinión autorizada del señor Romero, es « chato, prosaico, duro ». No puedo detenerme en él, y menos seguir paso á paso la reseña que nos hace el distinguido historiador, antes de llegar á la época contemporánea. Esa tarea, grata por más de un concepto, me impondría un trabajo que no pretendo delinear ahora. Me límito, pues, á dejar señalada de paso la síntesis del juicio formulado por el distinguido crítico sobre Claudio Manuel da Costa, Peixoto, Gonzaga y Alvarenga, las más grandes figuras del lirismo brasileño del siglo XVIII, diciendo que ellos nos han dejado apenas un ejemplo interesante en el orden político y social, y en el literario unas pocas notas poéticas; el primero, más ó menos empeñado en su brillo por las tergiversaciones del temor; los segundos, más ó menos oscurecidos por las ficciones y alegorías de un clasicismo inerte. La explicación de esta esterilidad relativa, la da el señor Romero con su acierto habitual: « vivieron en una época de transición, lejos de los grandes centros del pensamiento, entre poblaciones más ó menos groseras, amordazados por el despotismo colonial, privados de leer libros *peligrosos*, sin un público adecuado, sin prensa, sin las fecundas luchas de las ideas; y sin embargo, ellos concibieron la independencia política y literaria de su país. Por eso son eternamente acreedores á la gratitud del pueblo brasileño ».

El movimiento romántico, que se inicia en las primeras décadas del siglo XIX, es estudiado por el señor Romero con la misma competencia que campea en la reseña que nos hace de la época colonial. Sin referirse exclusivamente á los poetas, sus investigaciones penetran en otros órdenes intelectuales, y nos habla de los representantes de la historia, la crítica y la ciencia que figuran en ese período fecundo. Sus eruditas pesquisas no se detienen aquí, é inquiriere con empeño la aparición de las primeras manifestaciones artísticas en el Brasil, sea en la pintura, en que se distinguen José Joaquín da Rocha y sus discípulos, Fray Ricardo del Pilar, Fonseca y Silva, y otros que sería largo enumerar; sea en la música, donde descuella sobre todo el Padre José Mauricio, cuyas luchas con el célebre Mar-

cos Portugal, en la época de Don Juan VI, son tradicionales, y de quien se ha ocupado con acierto el vizconde de Taunay en sus *Estudios críticos* y, más recientemente, en una hermosa serie de artículos que publicó el año pasado en la *Revista Brasileira*. Así, no hay manifestación intelectual que escape al análisis del señor Romero, aunque se detenga más en la disección de las producciones puramente literarias, y la poesía ocupa un lugar prominente en su *Historia de la Litteratura*. La pasajera moda del indianismo, convertida casi en escuela por José de Alencar, con el *Guaraní e Iracema*; por Magalhães con la *Confederação dos Tamoyos*; por Facundes Varella con su poema de *Anquieta ó el Evangelio en las Selvas*, y especialmente por Gonçalves Dias en *Os Timbiras* y en *I-Juca Pirama*, provoca sus críticas justicieras por encontrarla artificial y falsa, desde que ella poetiza al tipo fantástico del salvaje, prestándole sentimientos y aspiraciones que era incapaz de concebir, sumido en la barbarie en que vivía. La obra del señor Romero, en conjunto, presenta un cuadro colorido de la vida psíquica de su patria, desde la época de la conquista hasta nuestros días. Es la más detallada y extensa que sobre esa materia haya sido escrita en su país. Revela en su autor una inteligencia poderosa, un amor apasionado de las letras, una independencia de juicio y un valor moral que inspiran respeto. Y, sin embargo, acabo de releerla con atención, y reconociendo todas estas condiciones, ella me deja un vacío en el espíritu, me parece confusa y poco ponderada, me hace difícil reconstruir en la mente el vasto todo que ha querido animar con el brillo de su palabra cálida y vibrante.

Después de la introducción filosófica á que antes me he referido, lo he dicho antes, el autor cambia de sistema, y las páginas siguientes, nutridas y compactas, se limitan al juicio cronológico de los escritores brasileros, precedido en algunos capítulos por reflexiones generales siempre dignas de atención. Es en esa parte que el notable libro del señor Romero se resiente de visibles defectos de composición, empleando este término en el sentido en que se aplica en la

pintura. Los grupos literarios no están separados, las figuras no se destacan y concentran bajo una luz propicia que haga resaltar sus contornos y rasgos dominantes, los planos no están marcados, las épocas diversas no están suficientemente delineadas; en suma, aquel inmenso desfile de nombres y de obras, acaba por fatigar la imaginación, borrando y esfumando los detalles característicos de cada personalidad. Las repeticiones de conceptos y de ideas, son, por otra parte, frecuentes en la *Historia* del señor Romero. Sus teorías etnográficas, expuestas casi en los mismos términos, acuden muchas veces, como si se empeñara en reproducirlas, animado de cierta displicencia que disuena con su buen gusto. El análisis literario, la crítica elegante y elevada, se interrumpen frecuentemente para dar paso á un desahogo ó á un artículo de polemista valeroso y violento. En medio de un retrato literario cualquiera, arroja los pinceles y se encara con un escritor que ha combatido sus ideas, ó se lanza en disertaciones políticas y económicas sobre los problemas del día. Pueden señalarse en su obra algunas contradicciones, cuyo origen debe buscarse en la impetuosidad de temperamento que he señalado. El señor Romero, por ejemplo, critica irónicamente al vizconde de Taunay, suponiendo que él no tiene confianza en los brasileros y que deplora que una tierra tan hermosa se encuentre en manos de esta raza, en vez de ser dirigida por franceses ú holandeses. Por injusta que sea esta acusación, el escritor olvida que en el primer tomo de su obra, en uno de esos momentos frecuentes en que la ruda franqueza de Alceste asoma á sus labios, al referirse á la expulsión de los holandeses y á la restauración de Pernambuco, él se ha preguntado con tristeza, si la victoria de los nativos, no ha sido más bien una desgracia, y si el triunfo del extranjero « poniendo esta porción del continente en contacto más directo con los pueblos germánicos, los más progresivos de los tiempos modernos », no hubiera convertido al Brasil en los « Estados Unidos de Sud-América », en vez de « una casi China americana ».

Más lejos, ataca la imitación extranjera y, especialmente, la in-

fluencia literaria francesa. La emancipación del pensamiento de su patria, es una de sus tesis favoritas. ¿Se concilia eso, acaso, con su admiración por el germanismo de Tobías Barreto y con sus esfuerzos por aclimatar en el suelo brasilero, el *criticismo científico* imbuído en los principios de la filosofía alemana? Influencia por influencia ¿no le parece que escapar de una para enfeudarse á otra es simplemente cambiar de amo?—Empero, todas estas pequeñeces que alteran la belleza artística de la obra del señor Romero, ¿bastan para amenguar su mérito á mis ojos? De ninguna manera. Comprendo demasiado su situación, y sé que esos *lunares*, como diría un preceptista clásico, son desgraciadamente naturales, dadas las dificultades de la producción literaria sud-americana. Muchos de ellos son puramente de forma, y ni siquiera dependen tanto del señor Romero cuanto de sus mismos editores, que no le han facilitado por las condiciones materiales del libro, una división más clara, regular y armónica de su trabajo. Por otra parte, esas mismas deficiencias muestran más de lleno su personalidad vigorosa, y permiten ver hasta el fondo de su alma de apasionado y de combatiente. Al terminar la lectura de ese libro extenso, desigual, pero nunca banal, nunca mediocre, se siente una viva simpatía por el distinguido escritor que se refiere con amargura á sus luchas tenaces y á sus íntimos sufrimientos, haciéndose justicia á sí mismo al esperar que los ideales de su vida han estado concentrados en el sueño de la independencia literaria, de la independencia científica y el refuerzo de la emancipación política de su patria, y que ese triple faro luminoso ha guiado sus generosas empresas.

(Continuará).

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

EL ACETILENO

I

Durante los miles de años que precedieron los últimos días del siglo XVIII, el genio humano tuvo tiempo de edificar todos los sistemas posibles de filosofía ; pudo explicar el mecanismo de los mundos, echar los cimientos de todas las ciencias, crear las más admirables obras de arte : no supo inventar una lámpara, — una lámpara que diera luz.

La vela, de cera ó de sebo, con alma de algodón, cuyo origen no conocemos, había sido la única solución hallada para el problema del alumbrado.

Á fines del siglo XVIII, el matemático Argand inventa el *quinqué* ; poco después, el ingeniero Lebon descubre la fabricación del gas.

La aparición del gas de alumbrado es recibida con cierta indiferencia ; apenas si, en Francia, se le presta un momento de atención ; en Inglaterra, tiene que luchar diez años contra las preocupaciones algo legítimas que le valen su mal olor y no pocos accidentes, — explosiones y asfixias.

En 1813, los rayos del arco eléctrico iluminan el laboratorio de

Davy (1), pero, hasta la invención de los dinamos, la luz eléctrica no pasa de ser una mera curiosidad: el modo de producirla, mediante formidables baterías de pilas, el olor insoportable que desprendían éstas, eran causas suficientes para enfriar los entusiasmos más incandescentes.

Así, durante tres cuartos de siglo, pudo reinar sin rival el gas de alumbrado; — la lámpara Cárcel, la bujía estearina, la naphtha, el kerosene, la luz oxhídrica, no alcanzan á retardar un solo instante su marcha triunfal.

Á medida que iban multiplicándose los agentes de luz, crecían las necesidades del público; una capital, como París ó Londres, que gastaba, hace un siglo, apenas *una bujía-hora* por habitante y por día, gasta ahora más de *treinta y cinco*. Nos hallamos, en efecto, poseídos de una avidez extraordinaria y reciente por la luz: si el *termolámpara*, de Lebon, estuvo á punto de apagarse en medio de la indiferencia general; si la misma electricidad encontró resistencias obstinadas, cualquiera novedad de este género seduce hoy el público. Además, no nos desinteresamos como antes de las cuestiones científicas; las aplicaciones sorprendentes é incesantes no dejan descansar nuestra curiosidad, y si de algo peca nuestra ignorancia, será más bien de un exceso de entusiasmo: cada invención nueva es un acontecimiento, cada paso adelante una revolución!

No pretendemos, con estas reflexiones, disminuir la importancia y los méritos del nuevo gas que acaba de hacer su aparición, en medio de la admiración general; consideramos, al contrario, el *acetileno* como el rival más temible que haya amenazado nunca el gas de alumbrado, si éste no procura mejorar sus cualidades luminosas inoculándose las de su competidor.

(1) Davy obtenía el arco eléctrico, entre dos electrodos de carbón, por medio de una pila de 2000 elementos *cobre-zinc*. Por primera vez, el arco se manifiesta en público, en París, 1841; sube al escenario en 1846 estrenándose en una pieza elegantemente titulada: *Les pommes de terre malades*, y vuelve á aparecer en *El Profeta*, 1849. Desde entonces...

En cuanto á la electricidad, si las posiciones conquistadas por la hada moderna no corren peligro inminente de caer en poder del acetileno, éste le disputará muchas de las regiones por ocupar. Pero, ¿quién sabe qué sorpresas la electricidad nos reserva ?

II

Cuando Berthelot, en 1859, realizaba la síntesis del acetileno,—este « recién nacido » ya entrevisto por Davy, cerca de cincuenta años antes—el gran químico estaba lejos de sospechar que su llama fuliginosa lucharía de brillo, algún día, con el arco eléctrico que le diera el ser.

Los que han cursado química en sus años de colegio, ó cuando menos han hecho los gestos de estudiarla, recordarán que la síntesis del acetileno sirvió de punto de partida para la del alcohol obtenida por Berthelot.

Á pesar de la atención que debiera merecer tan ilustre entrada en el mundo, el acetileno permaneció como una gloria de laboratorio, completamente ignorada del vulgo; aún no figura todavía su nombre en los programas de enseñanza, al lado de los otros hidrocarburos gaseosos, el *formeno* y el *etileno*. Por otra parte, los químicos, ocupados en determinar las afinidades del nuevo gas, lo consideraban con demasiado respeto, debido á la dificultad de su preparación (1), para permitirse con él costosos experimentos de combustión al aire libre.

Envuelto en su obscuridad, desde el fondo de los laboratorios, el acetileno presencié la lucha que, de repente, estalló entre el gas de

(1) Berthelot producía el arco eléctrico en medio de una corriente de hidrógeno; formábase acetileno por combinación del hidrógeno con el carbón de los electrodos, *átomo por átomo*; la mezcla de hidrógeno y de acetileno, al atravesar después una disolución de cloruro de cobre amoniacal, se libraba del último que quedaba en el licor en estado de *acetiluro de cobre*; el acetiluro calentado con una disolución de ácido clorhídrico desprendía el gas acetileno puro.

alumbrado y la electricidad, hasta que sonó para él la hora de entrar en la lid, el día en que M. Moissan consiguió fabricar el *carburo de calcio*, por medio del horno eléctrico (1).

Dos ladrillos de cal viva encimados; en el centro, una pequeña cavidad para contener las materias del experimento; sobre el ladrillo inferior, dos ranuras que dan paso á los electrodos de carbón: he ahí la primera forma del horno eléctrico de donde salieron tantos cuerpos, si no ignorados, al menos rarísimos en razón de la dificultad de su preparación.

Los experimentos de M. Moissan, empezados con el modesto dinamo de *cuatro* caballos de la Escuela de Farmacia de París, se prosiguieron con fuerzas de treientos y cuatrocientos caballos, puestas á la disposición del químico por una compañía de luz eléctrica. En su comunicación de 1892 á la Academia de ciencias, M. Moissan describía de la manera siguiente, la marcha de los fenómenos en el horno eléctrico :

« Cuando la temperatura se aproxima á 2500°, la cal, la estronciana, la magnesia se cristalizan en pocos minutos. Si la temperatura alcanza 3000°, la materia misma del horno, la cal viva funde y corre como agua; el carbono reduce pronto el óxido de calcio, cuyo metal se desprende para combinarse con el carbón de los electrodos, formando un carburo de calcio líquido á esta temperatura... »

Desde esa época, empleando corrientes alternativas de 500 amperes y de 60 á 70 volts, se han obtenido temperaturas evaluadas en 4000 grados, mediante las cuales se reducen todos los óxidos considerados irreducibles; cuerpos que no se podían fundir, como el *uranio*, el *tungsteno*, el *tiano*, el *molibdeno*, pasan al estado de gas; volatilízanse igualmente el *carbón*, la *silice*, el *platino*, el *romo*, etc.

No se conocen ya materias refractarias, y queda cerrado el ciclo de las temperaturas entre 220 grados bajo cero y 4000 arriba.

(1) La prioridad de la fabricación del carburo de calcio pertenece á M. Moissan, á pesar de las reclamaciones de M. Wilson.

El carbón, al volatilizarse en el horno eléctrico, adquiere la propiedad de formar con la mayor parte de los cuerpos simples, — metales y metaloides — combinaciones definidas, cristalizadas, cuyo papel industrial y científico es considerable.

Varios de estos carburos descomponen el agua á la temperatura ordinaria, á la manera del fosfuro de calcio, — experimento muy conocido: se desprenden fosfuros de hidrógeno que se inflaman espontáneamente, esparciendo por el aire una fragancia aliácea, precisamente análoga al olor del acetileno impuro; queda fosfato de calcio en el agua.

Asimismo, la acción recíproca de los carburos metálicos y del agua, produce un óxido de metal que se precipita, y un carburo de hidrógeno que se desprende: *acetileno*, *formeno* ó *etileno* (1).

Las afinidades del carbón que el horno eléctrico acaba de poner, en evidencia, permiten suponer que en las épocas geológicas más remotas, el carbón de la materia orgánica se hallaba combinado con los metales, y que hoy los mismos carburos existen en los astros de temperatura elevada, como nuestro Sol. Esta hipótesis no es la única sugerida por los resultados inesperados del tratamiento de los metales por el calor del arco eléctrico; pues químicos hay para admitir que un día podrán prepararse todos los metales de esa manera. Sería en efecto la perfección metalúrgica, el poder evitar las impurezas de la hulla y de los fundentes, al mismo tiempo que se tendría la facilidad de hacer variar las temperaturas, obteniendo exactamente las necesarias para cada operación.

Esta química de las altas temperaturas ¿será la del porvenir? Contestar con la afirmativa sería desconocer los resultados admirables, conseguidos ya por medio de la electrólisis de las disoluciones. Lo que no se puede negar, es la tendencia de la metalurgia á valerse de la electricidad.

(1) El formeno y el etileno unidos al óxido de carbón constituyen el gas de alumbrado.

III

Entre los carburos metálicos que descomponen el agua á la temperatura ordinaria, se halla el *carburo de calcio ó carbide*, productor del acetileno ; se obtiene tratando en el horno eléctrico (1) una mezcla de cal viva y de coke por corrientes enérgicas, cuyo *voltage* no pasa de 80, pero cuya *intensidad* puede ser enorme y alcanzar á miles de *ampères* (2).

Teóricamente se necesitan :

Cal viva en polvo.....	875 kilogramos.
Carbón (coke pulverizado).....	560 »

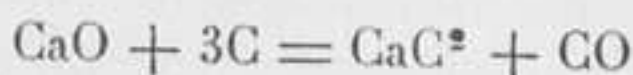
para 1000 kilogramos de carburo (3).

(1) Un horno eléctrico consta esencialmente de un crisol rectangular de grafito ó de hierro, encerrado por ladrillos refractarios ; las paredes interiores están revestidas de una capa de grafito pisonado, en un espesor de 15 á 25 centímetros ; las mayores dimensiones del horno no exceden 1^m50. Las más veces, una placa espesa de hierro con su revestimiento de grafito constituye el fondo del horno y forma uno de los electrodos ; el otro electrodo, compuesto de varios prismas de carbón, se halla suspendido verticalmente de manera á poder aproximarse ó alejarse del fondo ; alrededor del electrodo, se acumula la mezcla de cal y de coke. Cuando pasa la corriente, brota el arco eléctrico, la temperatura se eleva rápidamente hasta 3000° ; al cabo de diez minutos, la mezcla entra en fusión ; á medida que va creciendo la temperatura, se debe levantar el electrodo superior para alargar el arco. Durante la operación se desprenden vapores de cal abundantes, y del horno salen grandes llamas de óxido de carbón inflamado.

(2) Las corrientes de poco *voltage* y de gran *intensidad* presentan algunos inconvenientes de producción, que se salvan usando dinamos de corrientes alternativas de 2000 á 3000 volts ; por medio de los *transformadores*, éstas se reducen á 70 ú 80 volts con una pérdida inferior á 6 % del trabajo total eléctrico.

El *voltage* de una corriente es análogo á la presión que hace circular el agua en las cañerías ; la *intensidad* ó el número de *amperes* mide la cantidad de electricidad, su volumen si se quiere, para seguir la comparación.

(3) La fórmula siguiente representa las reacciones que tienen lugar en el horno :



Prácticamente se emplean :

Cal viva.....	1000 kilogramos.
Coke.....	800 »

En lugar de coke, debería usarse el carbón de leña que da un carburo de mejor calidad.

La cantidad de calor que se debe gastar para obtener 1 kilogramo de carburo, es igual á 3000 calorías (1); en esto la práctica confir-

(1) Una caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar de 1 grado la temperatura de 1 kilogramo de agua.

Las 3000 calorías que se necesita gastar para obtener 1 kilogramo de carburo de calcio, se calculan fácilmente conociendo los calores específicos y químicos de los diferentes cuerpos que intervienen en la reacción.

El calor específico del carbón.....	0.46
— — de la cal viva.....	0.20
— absorbido por la reducción de 1 kilogramo de cal viva en oxígeno y calcio.....	2400.00
— producido por la transformación de 1 kilogramo de carbón en óxido de carbón.....	2380.00
— absorbido por la formación de 1 kilogramo de carburo de calcio, cuerpo endotérmico.....	10.00

Esto sentado, evaluaremos, por una parte, las calorías absorbidas ; por otra, las que resultan de la formación del óxido de carbón ; la diferencia dará el número total de calorías necesarias para obtener 1 kilogramo de carburo.

1° Número de calorías absorbidas :

Para elevar á 3000° la temperatura de 560 gramos de carbón : $0.560 \times 3000 \times 0.46$	538
— — la temperatura de 875 gramos de cal viva : $0.875 \times 3000 \times 0.2$	525
Para descomponer 875 gramos de cal viva en oxígeno y calcio : 0.875×2400	2100
Para formar el carburo de calcio.....	10
	<hr/>
	3173

2° Número de calorías desprendidas:

Por la combinación de 188 gramos de carbón con el oxígeno de la cal viva : 0.188×2380	447
Calor total.....	<hr/> 2726

Á pesar de que la masa puede recuperar algo de las calorías llevadas por el óxido de carbón calentado á 3000°, debemos admitir que las pérdidas de calor alcanzan á 10 ó 12 % de lo que resulta un total de 3000 calorías.

Ahora bien, 1 caballo-vapor-hora representa $75 \times 3000 = 270.000$ kilográmetros ;

ma la teoría, pues para una fabricación corriente de una tonelada de carburo por hora, se precisa una fuerza de 6000 caballos-vapor.

Estos datos manifiestan que solamente las fuerzas hidráulicas pueden utilizarse para la producción del carburo, y esto, todavía, bajo la condición de ser excepcionalmente baratas.

Hace un año, los 1000 kilogramos de carburo valían 800 francos; su precio actual es de 500 á 600 francos, y no es probable que descienda mucho más abajo de 300. Quizá se consiga obtener el carburo como producto secundario de la fabricación del aluminio; ambos cuerpos beneficiarán de la circunstancia, y entonces podríamos ver la tonelada de aluminio á 3000 francos, la de carburo á 150.

Hay que contar, sin embargo, con la enorme demanda del último, cuando se desarrolle el alumbrado por el acetileno, y basar los cálculos sobre un precio normal de 300 francos. Pero veremos más adelante que aun con el carburo á 750 francos, el gas acetileno es más barato que el gas ordinario de alumbrado.

IV

Cuando puro (1), el carburo de calcio es un cuerpo de textura cristalina, opaco, negro algo irisado, muy duro, de densidad 2,22; impuro, como lo está generalmente, el carburo tiene el aspecto de una materia escoriácea, negruzca, que no tarda en cubrirse, si está expuesto al aire, con una costra blanca pulverulenta de carbonato de

como 425 kilográmetros equivalen á 1 caloría, los 270.000 kilográmetros ó el *caballo-vapor-hora* equivale á 637 calorías. Pero, suponiendo un rendimiento prudente de 80 %, se ve que el equivalente en calorías del *caballo-vapor* es de $637 \times 0.80 = 510$. La división de 3000 por 510 dará, por consiguiente, el número de *caballos-vapor-hora* necesarios para la elaboración de 1 kilogramo de carburo; ó sean, aproximadamente, 6 *caballos*.

(1) M. Moissan preparó el carburo de calcio puro tratando en el horno eléctrico carbón de azúcar y mármol blanco cristalino.

calcio; debe conservarse en recipientes herméticamente cerrados : por ejemplo, en cajas de lata soldadas, para evitar la acción de la humedad ; en masas, su alteración es insignificante, y sería despreciable si no fuese acompañada de un desprendimiento de acetileno.

Si en un vaso de agua se echa un fragmento de carburo de calcio, se produce una efervescencia activa ; burbujas de gas acetileno se desprenden tumultuosamente ; el líquido se enturbia y, cuando ha cesado el hervor, queda en el vaso una lechada de cal, agrisada por partículas de carbón. El experimento debe hacerse con poca agua y con un pedazo pequeño de carburo ; mayores cantidades provocarían una ebullición demasiado violenta y se derramaría el agua del vaso.

Las burbujas de gas pueden ser encendidas al escaparse ; su combustión se efectúa con una llama fuliginosa, cuyo brillo empañado no deja sospechar su extraordinario poder luminoso : como el diamante, que necesita de la talla para brillar con todos sus fulgores, la llama del acetileno exige condiciones especiales para adquirir toda su intensidad.

Los picos ordinarios de gas no sirven para la combustión del acetileno ; sus agujeros son de tamaños desmedidos para un fluido cuya riqueza en carbón es 30 % mayor que la del gas de alumbrado, — circunstancia que obliga á hacer que el acetileno se desprenda bajo forma de láminas delgadísimas, pues de otra manera no alcanzaría el aire á quemar todo el carbón.

Esa misma obligación conduce á aumentar la velocidad de la salida, es decir, la presión, que debe llegar á la de 10 centímetros de agua, cuando la del gas de alumbrado no excede algunos milímetros (de 15 á 30).

Centenares de patentes han sido ya tomadas para modificar los quemadores. Estos, en general, difieren poco, en apariencia, de los antiguos, y los mismos artefactos de gas pueden ser utilizados para el acetileno.

Realizadas las condiciones necesarias, se obtiene una llama del

blanco más puro y resplandeciente, sin trazas de rayos violáceos, amarillentos ó verdes, de una fijeza extraordinaria, y de una intensidad luminosa *veinte* veces mayor que la del gas antiguo (1).

Antes de comparar la luz del acetileno con las otras fuentes conocidas, indicaremos rápidamente las propiedades más interesantes de este gas.

El acetileno, el más carburado de los carburos gaseosos de hidrógeno (2), es incoloro, de un olor aliáceo desagradable (3) análogo al del gas de alumbrado; su densidad es inferior á la del aire en un 10 %.

Á la temperatura de 0°, bajo una presión de 22 atmósferas, el acetileno se transforma en el más liviano de los líquidos, pesando 450 gramos el litro; á 37° la tensión del acetileno líquido es de 68 atmósferas. Esas propiedades se refieren al gas impuro; Raoul Pictet, purificándolo por el cloruro de calcio á 0° y por el ácido sulfúrico á —20°, pretende haber disminuido notablemente la tensión del líquido, al mismo tiempo que le quita su olor. Creemos que la purificación del acetileno puede conseguirse más fácilmente; se trata en resumen de absorber el ácido sulfhídrico, los fosfuros de hidrógeno, el amoníaco, y el etileno que contiene el gas en cantidades muy pequeñas; los métodos de purificación del gas de alumbrado bastan al efecto, pues la presencia del etileno no es un inconveniente grave. En el laboratorio de la Escuela naval argentina, hemos preparado con facilidad acetileno sensiblemente puro, por un método industrial.

El acetileno forma con el aire mezclas explosivas, á la manera del gas ordinario, y, con los metales, derivados interesantes: los *acetiluros* (los de plata y de cobre son explosivos); no ataca directamente el hierro, el plomo, el estaño, el zinc; á pesar de atacar el

(1) Á volumen igual de gas consumido.

(2) Los otros carburos gaseosos de hidrógeno son: el *formeno* y el *etileno*, que constituyen con el óxido de carbón el gas de alumbrado.

(3) El olor del acetileno puro no es desagradable.

cobre, su acción es nula sobre el bronce y el latón. No es venenoso y puede ser respirado impunemente á una dosis de 60 % en el aire.

Calentado al rojo, durante media hora, el acetileno se transforma en *benzina*, base de la *serie aromática* de los carburos de hidrógeno, de donde la industria saca sus materias colorantes y sus perfumes. En realidad la benzina es el acetileno mismo cuya fórmula ha sido triplicada.

En fin los químicos no dudan que un día se realicen industrialmente, por medio del acetileno, las síntesis del alcohol y del azúcar; la del alcohol, efectuada en 1859, por Berthelot, consiste en transformar primeramente el acetileno en etileno por medio del hidrógeno *naciente*; después, á la temperatura ordinaria, el ácido sulfúrico convierte el etileno en ácido sulfovínico (1); este último, llevado á la ebullición con exceso de agua, produce el alcohol.

La única dificultad de la operación estriba en la transformación del acetileno en etileno; se piensa realizarla económicamente empleando el hidrógeno desprendido por electrólisis del agua, á cuyo efecto basta disponer de una corriente eléctrica, capaz de producir una cantidad de hidrógeno igual á la décima parte del acetileno á transformar. Desgraciadamente, los que así piensan no han calculado que se precisa una fuerza motriz de 5000 caballos para obtener 100 kilogramos de hidrógeno por hora: por un lado, 1000 kilogramos de acetileno requieren 15000 caballos (2), por otro, 100 kilogramos de hidrógeno exigen 5000: total 20.000 caballos de fuerza para menos de 20 hectólitros de alcohol por hora. El maíz, la beterrava, la caña de azúcar y todas las féculas, serán, todavía por

(1) Esta reacción es un ejemplo curioso de la influencia de la temperatura sobre las reacciones químicas: á la temperatura ordinaria el ácido sulfúrico prepara la transformación del etileno en alcohol, y á 180° descompone el alcohol produciendo el etileno: en el primer caso hidrata el etileno, en el segundo, deshidrata el alcohol.

(2) 1 kilo de carburo produce 400 gramos de acetileno, por consiguiente 6 caballos-vapor-hora corresponden á 400 gramos de acetileno, y 15.000 á 1000 kilos.

mucho tiempo, las fuentes de donde saldrá nuestro alcohol. Sabido es que, actualmente, merced al bajo precio del maíz, el costo de fabricación del alcohol á 90° no excede 12 centavos papel el litro (1).

V

Conocido durante cuarenta años como *agente general de síntesis*, el acetileno ha sido descubierto, podemos decirlo, por segunda vez, en 1893, como *agente de luz*; bajo este punto de vista lo hemos de considerar ahora.

Sabido es que el brillo de una llama es debido á la incandescencia de las partículas de carbón en suspensión; pero, si la cantidad de carbón es demasiado considerable, la llama es fuliginosa, pues el humo no es otra cosa que carbón en un estado de división extrema, suspendido en los productos de una combustión incompleta.

Necesítase una cantidad de aire considerable para quemar el carbón: cerca de 14 gramos de aire para efectuar la combustión completa de 1 gramo, y el número de calorías producidas es de 7,5. Siendo así, se comprende la obligación de quemar el acetileno en capas muy delgadas, las que no se pueden obtener sino por medio de picos de aberturas finísimas y, al mismo tiempo, de una presión fuerte que desparrame suficientemente el gas, para ponerlo en presencia de la mayor cantidad posible de aire.

Pero la riqueza en carbón del acetileno no basta para explicar su admirable poder luminoso, y la blancura perfecta de su llama; es-

(1) La transformación del acetileno en etileno por adición de hidrógeno, se realizaría más económicamente por intermedio de una sal que se regenerase; varias sales han sido probadas: por ejemplo, el protóxido de cromo amoniacal, al que regenera el ácido sulfúrico con hierro.

tas cualidades las debe el nuevo gas al calor extraordinario de su combustión :

Un metro cúbico de gas ordinario desarrolla 6000 calorías,

Un metro cúbico de gas acetileno desarrolla 14.000 calorías.

Las razones de esta diferencia considerable son :

1^a La mayor cantidad de materia contenida en el acetileno, cuya densidad es casi el doble de la del gas de alumbrado ;

2^a El calor absorbido para la formación del acetileno, pues este gas es *endotérmico*.

Esta última palabra necesita una explicación, que daremos para los lectores que no están al corriente de las leyes termoquímicas.

En general, toda reacción química da lugar á un desarrollo de calor, atribuído á una transformación del movimiento de las moléculas : es decir, á la pérdida de fuerza viva que ellas experimentan en el momento de precipitarse una sobre otra para formar compuestos nuevos. Puede imaginarse que, al contrario, sea necesario aumentar, por medio del calor, la fuerza viva de moléculas diferentes, para que se mantengan en el estado de equilibrio especial que constituye un nuevo cuerpo; en este caso, habrá absorción de calor.

Ahora bien, el calor de combustión de un cuerpo es igual á la suma de calor que resultaría de la combustión de sus elementos, *cuando la formación del cuerpo, por medio de estos elementos, se ha realizado sin absorción ni desarrollo de calor*; de otra manera, el calor absorbido durante la formación se adiciona, el otro se resta. El acetileno absorbe 3000 calorías por metro cúbico en el momento de constituirse ; estas 3000 calorías reaparecen cuando se quema el gas (1), y se comprende cuán intensa ha de ser la incandescencia de las partículas de carbón en la llama del acetileno, bajo la influencia de una temperatura avaluada en 800 grados más que la del gas de alumbrado, *á volumen igual*.

(1) La benzina cuya fórmula es idéntica á la del acetileno, triplicada, tiene un calor de combustión inferior, á consecuencia de necesitar menos calorías de formación (una sexta parte).

Los experimentadores asignan valores diferentes al poder luminoso del acetileno, debido á la variedad de los quemadores empleados, y también á la calidad de los combustibles de comparación.

En Londres, donde el gas de alumbrado se halla enriquecido con una fuerte proporción de *cannel-coal*, Mr. B. Lewes ha encontrado que el acetileno producía 16 á 18 veces más luz que el gas ordinario.

Como el gas de París, superior al de Buenos-Aires, es inferior al de Londres, el poder luminoso del acetileno ha sido hallado, en París, de 20 á 22 veces mayor que el del gas.

Si admitimos la proporción de 20, resulta que 5 litros de acetileno dan una iluminación igual á la de 100 litros de gas; en otros términos, como un pico Bengel, que consume 105 litros por hora, produce la unidad de luz (1 cárcel ú 8 bujías), 5,25 litros de acetileno dan 1 cárcel-hora (1); prácticamente, se reconoce un gasto de 6 litros.

Ésto sentado, podremos fácilmente establecer los precios comparativos de las diferentes luces.

Acetileno.—Un kilogramo de carburo de calcio produce 345 litros de acetileno; en razón de su impureza y de las pérdidas, reduciremos esa producción á 300 litros, y, mientras Mr. Wilson no cumpla su promesa de suministrarnos el carburo á 20 dollars, supondremos que su precio en Buenos-Aires sea de 150 pesos oro la tonelada. El precio del kilogramo de *carbide*, ó de los 300 litros de acetileno, es por consiguiente de 15 centavos oro, y el costo de 12 litros, equivalente á 2 *carcels-hora*, de 6 décimos de centavo oro.

Bujía estearina.—Una bujía produce $1/8$ *carcel*, consumiéndose á razón de 10 gramos por hora; á 25 centavos oro el kilogramo de bujías, dos *carcel-hora* cuestan 4 centavos oro.

Lámpara de kerosene.—El consumo por *carcel-hora* es de 36 á 40 gramos; el precio del petróleo varía de 8 á 10 centavos oro el kiló

(1) La unidad *carcel* es la luz que produce la lámpara de este nombre gastando 42 gramos de aceite vegetal por hora.

gramo (de 7 á 9 centavos oro el litro), es decir, que el valor de 2 *cárcel-hora* es, término medio, igual á 6 décimos de centavo oro.

Gas ordinario de alumbrado. — Á 10 centavos oro el metro cúbico de gas, un pico Manchester de 127 litros, que produce 1 *cárcel-hora*, cuesta 1,27 centavos oro; por consiguiente, 2 *cárcel-hora* de gas cuestan 2,54 centavos oro.

El pico Auer, consumiendo 30 litros por *cárcel-hora*, gasta 6 décimos de centavo por 2 *cárcel-hora*; esto, sin tomar en cuenta ni los gastos de sombrerete, ni el abono especial, — ni la apariencia fúnebre de la luz.

Incandescencia por el alcohol. — La llama amarillenta y pálida del alcohol ha sido probada con éxito en los picos Auer; y quizá, cuando aparezcan estas líneas, lámparas de alcohol se hallen en venta en Buenos-Aires. Para calcular el costo probable de esa luz, supondremos que los derechos internos sobre el alcohol hayan sido suprimidos, y que su precio sea de 15 centavos oro el kilogramo (proximamente, 33 centavos papel el litro). Necesítanse 30 gramos por *cárcel-hora*, á lo menos, ó sean 60 para dos *cárcels*, cuyo precio sale á 9 décimos de centavo oro.

Lámpara eléctrica incandescente. — La electricidad se vende sobre la base de 30 centavos oro el *kilowatt*.

Una bujía-hora eléctrica corresponde á 3,5 watts; dos *cárcels-hora* gastan $3,5 \times 16$ watts, y, por consiguiente, cuestan 1,36 centavos oro. Resumiremos en un cuadro todos estos resultados:

Cuadro comparativo de los precios en centavos oro de las diferentes luces

	Precio de 16 bujías-hora
Bujía estearina.....	4,00
Lámpara de kerosene.....	0,60
Gas de alumbrado (pico Manchester).....	2,54
— (pico Auer).....	0,60
Incandescencia por el alcohol.....	0,90
Lámpara eléctrica incandescente.....	1,35
Acetileno (pico Manchester).....	0,60

Así, aún con el precio exagerado del carburo, el acetileno es uno de los alumbrados más baratos; á esta ventaja no despreciable, agrega la de ser absolutamente inocuo: puede respirarse sin inconveniente una mezcla de 40 % de acetileno en el aire: el acetileno absorbido por la sangre se elimina en menos de media hora, mientras que el óxido de carbón del gas de alumbrado, respirado en cantidad pequeña, necesita un tiempo largo para su eliminación y puede provocar graves accidentes.

En fin, si comparamos el consumo de aire y los productos de la combustión relativos al gas y al acetileno, los resultados son favorables al último: un *cárcel-hora* de gas de hulla consume cerca de 1 metro cúbico de aire, produciendo 140 gramos de vapor de agua y 160 de ácido carbónico; para la misma luz con acetileno, el consumo de aire es solamente de 0,170 metro cúbico de aire, la producción de vapor de agua 5 gramos, y la de ácido carbónico, 25 gramos.

VI

Los aparatos inventados para la producción del acetileno y su aplicación al alumbrado son ya numerosos, pero pueden dividirse en tres clases muy distintas:

1^a Un gasógeno donde se produce el gas y un gasómetro donde se almacena, antes de ir á distribuirse por canalización á los diferentes picos de combustión, constituyen los elementos esenciales de los aparatos de esta clase; se diferencian por la manera más ó menos práctica y segura de poner el *carbide* en contacto con el agua. Muchos de esos aparatos pecan desgraciadamente por un lujo inútil de complicación, ó por el completo desprecio, ignorancia quizá, de las propiedades del carburo de calcio y del acetileno.

No tardarán mucho las quintas de los alrededores de Buenos-Aires y las estancias de la Provincia, en alumbrarse con acetileno por

medio de los aparatos de esta clase. La dificultad estará en elegir un productor robusto y adecuado al servicio requerido; otra dificultad debemos señalar: la de poder conseguir el *carbide* necesario. En Europa y en América, las Compañías de gas procuran monopolizar el *carburo de calcio* y se resisten á venderlo, prefiriendo utilizarlo para aumentar el poder luminoso del gas; ya es muy difícil conseguir algunas toneladas de ese cuerpo. Créase de ese modo una situación desfavorable para el acetileno, pero que no puede ser duradera.

2ª La segunda clase de aparatos consiste en lámparas portátiles, que contienen una cierta cantidad de carburo en un depósito resistente; una reserva de agua provoca poco á poco, á medida del consumo, la producción del gas. Estas lámparas serían aceptables, aunque incómodas, si fuera posible evitar los escapes, y si el carburo de calcio no sufriera una *histéresis*: es decir, si su descomposición por el agua no fuera á veces muy retardada; fórmase en este caso, de repente, una gran cantidad de gas que puede ser peligrosa y, en todo caso, facilita los escapes.

3ª El tercer sistema difiere completamente de los anteriores; el acetileno es distribuído á domicilio, en estado líquido, en tubos de acero que se adaptan á las canalizaciones por medio de válvulas de reducción. Pronto sabremos, por las experiencias que se hacen del sistema, si realmente no hay inconveniente en manipular los tubos de acetileno cargados á 60 atmósferas...

Terminaremos la monografía del acetileno, con algunas consideraciones relativas á su aplicación como combustible en los motores á vapor, y cómo explosivo en los motores á gas.

El calor considerable que produce la combustión del acetileno,—14.000 calorías por metro cúbico,—y la facilidad que ofrecen los gases para la distribución del calor, no podían menos de llamar la atención sobre este gas. Se verifican actualmente experimentos, de los cuales parece resultar que en las máquinas de gran poder, superior á 500 caballos, se debe calcular un gasto de 180 gramos de acetileno por *caballo-hora*. Partiendo de esta base, haremos el cálculo

lo del espacio necesario para almacenar en una torpedera de 1000 caballos de fuerza, la cantidad de carburo de calcio correspondiente á 20 días de navegación.

1 kilogramo de carburo produce 300 litros, cuyo peso es $300 \times 0,92 \times 1,29 = 356$ gramos — 0,^k 356.

1000 *caballos vapor* consumirán en 20 días: $1000 \times 20 \times 24 \times 0,180 = 86.400$ kilogramos de acetileno, que corresponden á $86.400 = 242.800$ kilogramos de carbide.

La densidad del carbide es 2,22; puede colarse en forma de paralelipípedos, de modo á ocupar el menor espacio posible; calculando sobre una densidad de 2, el espacio ocupado sería de 121 metros cúbicos.

La cantidad de hulla capaz del mismo trabajo sería, á razón de 0,^k 7, por *caballo-hora*, igual á $1000 \times 20 \times 24 \times 0,7 = 336.000$ kilogramos, cuyo volumen no es inferior á 336 metros cúbicos.

En cuanto á la aplicación del acetileno á los motores de gas, debe observarse que éstos habrán de ser modificados para poder utilizar el nuevo agente; algunos ya construídos exigen un gasto de 150 gramos de acetileno por *caballo-vapor-hora*, tratándose de fuerzas superiores á 8 caballos; al precio de 15 centavos oro los 300 litros, el costo resultaría excesivo. Como es de esperar que el carburo baje á 5 centavos oro el kilogramo, no es imposible que veamos un día funcionar en Buenos-Aires motores de gas acetileno.

Estas últimas consideraciones, que descansan sobre el resultado de experimentos precipitados, son quizá prematuras, pero contribuirán á dar una idea completa de un cuerpo que todos debemos conocer, pues tendremos probablemente que manejarlo mañana.

U. COURTOIS.

BIBLIOGRAFÍA AMERICANA

EL LIBRO DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO. — SOLUCIÓN DE
UN PROBLEMA BIBLIOGRÁFICO

El bien conocido librero Quaritch, de Londres, estimado entre los americanistas por sus ricos catálogos de libros raros sobre América, anunció en venta, en 1882, dos ejemplares de un libro rarísimo (*La Verdadera Historia de la Conquista de México*, por Bernal Díaz del Castillo), con la anotación de que eran dos ediciones distintas «probablemente hechas en el mismo año (de 1632)», indicando cuál de ellas debía considerarse como primera. Este problema, incidentalmente señalado antes por varios bibliógrafos, no había sido nunca estudiado, y esto nos movió á examinarlo con el propósito de resolverlo. Al efecto, publicamos por ese tiempo un estudio crítico-bibliográfico, en que procuramos demostrar que no existían ni podían existir dos ediciones del mismo año, y determinando cuál de ellas debía considerarse como primera. Diez años después, (en 1891) el mismo librero Quaritch anunció en venta otro ejemplar de la misma obra, y tomando en cuenta nuestras pruebas nos daba la razón, aunque con algunas reservas ; decía, en la anotación correspondiente, que, «muy de cerca habíamos probado

(*very nearly succeeded in proving*) lo que sosteníamos, pero que el problema debía considerarse como no resuelto aún ».

Tal es el estado actual de la cuestión, y tales los antecedentes que han motivado este estudio.

I

En materia de crónicas, hay un libro, — diremos dos por extensión, — que pueden calificarse de únicos en su género, como documentos históricos y como producto espontáneo de la naturaleza de sus autores.

Es una coincidencia digna de ser señalada, que los dos primeros historiadores de Méjico y del Río de la Plata hayan sido dos simples soldados aventureros, tan ingenuos como incultos, héroes y testigos presenciales de los hechos que narran, y que en el género á que sus obras pertenecen, constituyan una singularidad en la literatura histórica.

Los grandes capitanes antiguos y modernos, que han contado lo que hicieron, lo que vieron y lo que pensaron, complementando así la acción con la pluma, eran hombres de mando y de pensamiento, cuya palabra es una vibración del temple de sus almas y una manifestación de su intelectualidad superior ; que miraban las cosas y los hombres desde arriba y de su punto de vista individual, incorporando á la historia su propia personalidad, refundida en la multitud anónima de sus soldados. Mientras tanto, ningún expedicionario de las falanges macedónicas de Alejandro, ningún legionario de César, ni uno solo de los Diez Mil de Jenofonte ; ni siquiera algún veterano de los ejércitos de Gustavo Adolfo, de Federico ó de Napoleón, ha dejado memorias geniales que lleven impreso el sello de la colectividad orgánica á que pertenecían, para

transmitir á la posteridad, los sentimientos y las impresiones de las multitudes que aquellos acaudillaron, reflejando en sus juicios la opinión pública militante, ó sea la conciencia de la masa que obedecía y peleaba, y que pensaba á su modo.

Es por eso un rasgo característico del descubrimiento y conquista de Méjico y del Río de la Plata, que sus dos primitivos y más genuinos historiadores, sean dos soldados «sin letras», — como ellos mismos se declaran, y lo eran en efecto, — que, al contar lo que vieron y lo que hicieron, se hayan hecho célebres por sus escritos más que por sus hazañas, legando á la posteridad, no sólo un precioso y auténtico documento histórico, sino también una obra original, espontánea, hija del instinto y de la observación propia, y por lo mismo valiosa como testimonio, pues hasta sus mismos juicios más ó menos apasionados, son datos morales que sirven para formular el fallo definitivo de la historia.

Las « Cartas » de Hernán Cortés no nos darían una idea del espíritu de los aventureros que con él conquistaron el imperio de los Aztecas, si no tuvieran por comentario la « Verdadera Historia », — como la llama su autor Bernal Díaz del Castillo, — escrita con una animación y un colorido, cual el más consumado arte literario no ha podido reflejar en sus elaboradas páginas. Los « Comentarios » de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, carecerían de sentido, si el « Viaje » de Ulrich Schmidel no nos suministrase los elementos para formar un juicio completo respecto del carácter de los conquistadores del Río de la Plata, desde don Pedro de Mendoza hasta Irala y Garay, porque faltaría el testimonio de la opinión que de ellos y de sus actos formaron los soldados colonizadores que los acompañaban.

Sirvan de corolario á estas proposiciones los pasajes siguientes.

En la bahía de Río de Janeiro, donde había recalado la expedición de don Pedro de Mendoza, después de atravesar el Atlántico, tuvo lugar la primera tragedia, precursora de la conquista y de la colonización del Río de la Plata, que ensangrentando su cuna, daría

origen á sus revueltas intestinas. Por orden del Adelantado, fué muerto á puñaladas, por cuatro de sus oficiales, su segundo Juan de Osorio, caudillo popular entre su tropa, y su cadáver expuesto en la plaza, pregonándose por bando, que moría por traidor, y que en igual pena incurrirían los que se moviesen por su causa. La opinión de los soldados condenó al juez y absolvió al reo, según nos lo hace saber Schmidel, en breves y severas palabras: « En lo cual procedió sin motivo justo, porque Osorio era bueno, íntegro, fuerte soldado, oficioso, liberal, y muy querido de sus compañeros ».

Con motivo de la ejecución de Guatimozín, ordenada por Cortés, dice Díaz del Castillo: « Yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos á aquella jornada ».

Ambos juicios han sido confirmados por la posteridad.

Bien que las obras de uno y otro pertenezcan por su índole á la misma especie, la de Díaz del Castillo es muy superior á la de Schmidel, como producto de un genio nativo, siendo única, como hemos dicho, en la literatura histórica. La del primero, español de temperamento nervioso, impregnado del espíritu de su raza, es imaginativa en su realismo, exuberante en la palabra, pintoresca, animada, apasionada, llena de movimiento y colorido, que como narración y descripción supera á todas las crónicas ó historias escritas antes ó después sobre el mismo asunto. La del segundo, alemán de temperamento flemático, sin imaginación ni preocupaciones, aunque no exento de la credulidad vulgar y de prevenciones personales, es concreta y fría; narra seca y concisamente los hechos, establece las fechas, determina las distancias, describe lo que ve como lo comprende, sin ornamentaciones de estilo ni divagaciones, consignando con la misma brevedad, de vez en cuando, un juicio, una reflexión, una observación, á la manera de los apuntes de un memorandum.

— Ambos libros tienen de común, el carácter militar de sus autores, que escribían *n'huma mão sempre a espada, n'outra a penna*, según

la expresión del poeta (1); la ingenuidad del relato, la libertad de los juicios colectivos respecto de los hechos, hombres y cosas; la pintura de los caracteres sorprendidos en el momento de la acción, como en la fotografía instantánea; y, sobre todo, ser ellos la expresión fiel de los soldados, que á miles de leguas de la patria nativa y en un país desconocido para ellos y para el mundo, luchaban contra los salvajes indígenas, envueltos en discordias intestinas; y que, con el criterio de las multitudes empeñadas en la empresa, juzgaban las acciones de sus jefes y los hechos en que eran actores, y de que serían los cronistas.

Son documentos históricos, á la vez que elementos morales, que explican los hechos y los ilustran, animándolos con cierto soplo democrático, que hace vibrar la fibra humana al través del tiempo.

II

Al libro de Diaz del Castillo, se liga una interesante cuestión bibliográfica, tan singular como el libro mismo, que por doble motivo merece ser ilustrada. Ella no había sido estudiada antes de que nosotros lo intentásemos, á propósito de la anotación de la librería del Catálogo de Quaritch, quien, como queda dicho, nos dió casi la razón, abriendo un nuevo signo interrogante.

Es el caso que hay dos ediciones del libro, que se pretende ser hechas en el mismo año, y que se disputan la prioridad como originales, no faltando quienes, para mayor confusión, las consideren como gemelas, tal vez porque son tan diferentes como Jacob y Esaú que nacieron del mismo vientre.

El título del libro en cuestión, copiado al pie de la letra del ejemplar de una de las dos ediciones consideradas como originales, el

(1) CAMOES, *Os Lusíadas*, VII, LXXIX.

cual pensamos sea de la primera, y que poseemos en nuestra biblioteca, es como sigue :

HISTORIA VERDADERA | DE LA CONQ VISTA DE LA | NVEVA
 ESPAÑA. | Escrita | *Por el Capitan Bernal Diaz | del Castillo, vno
 de sus Conquistadores | Sacada a luz, | Por el P. M. Fr. Alonso
 Remon, Pre | dicador y Coronista General del Orden de | N. S. de
 la Merced, Redencion de Cautivos- | A la Catolica Magestad del |
 Mayor Monarca Don Felipe | IV, Rey de las Españas y | Nuevo
 Mundo N. S. | Con priuilegio. En Madrid, en la Empronta del
 Reyno.*

Es un volumen in-folio, con 4 fojas preliminares, sin foliar, 254 fojas de texto á dos columnas, foliadas por el anverso, y 6 fojas sin foliar para la « Tabla de los Capítulos ». Lleva un frontispicio alegórico, que le sirve de portada, con la firma del grabador : « *I. de Courbes F.* », adornado con figuras, y los retratos de cuerpo entero, con escudos simbólicos y sus respectivos blasones al pie, de Hernán Cortés y de Fr. Bartolomé de Olmedo, los dos héroes de la conquista mejicana, de la militar el uno, de la espiritual el otro, con las significativas inscripciones de MANV el primero, y de ORE el segundo. Arriba, debajo de las armas reales, el globo terráqueo con la inscripción, AMERICA en el centro de su traza, y una cinta en que se lee : CONDITA. Abajo, un plano panorámico de la ciudad de Méjico.

Hay otra edición, — que es la que disputa la prioridad, — que lleva una portada impresa con la designación del año de 1632, que falta en el pie de imprenta del frontispicio grabado antes descripto, pero que es indudable corresponde al mismo año. Tanto en una como en otra, suele encontrarse ó faltar un capítulo adicional impreso en pliego aparte, pero que continúa en ambos el orden de la foliatura. Esto ha dado origen á la especie de que, en el mismo año y por la misma imprenta, se hicieran simultánea y sucesivamente dos ediciones distintas que se disputan la prioridad, así como las señales que deben distinguirlas. Unos sostienen que la portada

impresa corresponde á la primera, y otros, por el contrario, que la grabada, confundiéndose á veces las portadas en los ejemplares conocidos. En lo que casi todos están de acuerdo, es que el capítulo adicional corresponde á la primera, opinión de que disentimos.

León Pinelo, que fué el primero que en su « *Epitome* » dió noticia de la existencia del manuscrito de esta obra, dice haber visto el original en la biblioteca del consejero de Indias, don Lorenzo Ramírez de Prado; y que de allí la copió el Padre Remon para imprimirla. Esta noticia está confirmada por el último, en la dedicatoria á su Mecenaz, que es el mismo Ramírez del Prado, á quien dirige estas palabras: « Vuelvo impreso lo que nos comunicó manuscrito ».

Nicolás Antonio, en su « *Bibliotheca Nova* », adelanta que el libro fué publicado por Fr. Gabriel de Adarzo y Santander, obispo de Otranto, — lo que no es del todo exacto, según más adelante se explicará.

Barcia, en el « *Epitome* » de León Pinelo, añadido por él, determina el año de 1632 para la primera edición, y se refiere á una sola y única al dar la noticia, de una « *Historia de Goatemala* » M. S., obra de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (Ximenes de Urrea) rebisnieto de Bernal Díaz del Castillo. Á su vez, este descendiente del historiador, escribiendo en 1675, se refiere también á una edición única con estas palabras: — « El libro impreso que sacó á luz el P. Alonzo Remon ». Según él, el texto de su antecesor está adulterado, « por que cotejado con el original ó borrador que paraba en su poder (en Guatemala), no concordaba en algunas cosas ». Á propósito de esto, observa Barcia que « no siendo éstas substanciales, es fácil ereer que, al copiarlas, mudase el autor algunas ». Esto, que confirma doblemente el testimonio de León Pinelo, en cuanto á ser original el texto que el P. Remón tuvo á la vista, revelaba la existencia de los dos autógrafos, uno en Europa y otro en América, así como que este último fué el primer borrador. En efecto, de los documentos inéditos que posterior-

mente ha publicado F. Zaragoza en el tomo I, de su *Biblioteca de Americanistas*, consta que en la fecha antes citada (1675), el manuscrito original existía en Guatemala, en poder de la familia del autor, quien había enviado una copia al Rey en el año de 1579, á la edad de ochenta años; y éste es sin duda el que sirvió de texto para la 1ª edición. Del manuscrito de Guatemala no se tienen más noticias.

Robertson, en el catálogo de libros americanos de su *Historia de América*, sólo menciona una edición de 1632, siendo por lo tanto posterior á 1777, la especie singular de dos ediciones en el mismo año.

Salvá es el que por primera vez haya enunciado el hecho como probable, en su *Catálogo* de 1826, deduciéndolo únicamente del capítulo adicional que acompaña algunos ejemplares.

O. Rich, en su *Catalogue of books* de 1832, es el primero que haya afirmado la existencia de dos ediciones sucesivas con intervalo de años, agregando arbitrariamente, — pues no comprueba el aserto, — que una de ellas fué impresa por el año de 1700. Ternaux-Compans repite lo mismo; pero de su anotación se deduce que sólo vió una edición. Brunet indica dos ediciones en el mismo año, guiándose por el criterio de Salvá.

Don Enrique de Vedia, en sus *Noticias sobre los historiadores primitivos de Indias* (*Bib. de Aut. Esp. de Rivadeneira*, tomo 26), trae sobre el particular, dos asertos contradictorios que se excluyen. « Hay la particularidad, dice, de que las ediciones de Madrid de 1632 (en la Imprenta Real) son dos: una con portada grabada y en malísimo papel, y otra sin aquel requisito; pero más ceñida y ajustada la impresión; el contenido es el mismo, y sólo hay en la primera (la de portada grabada) un capítulo adicional.» — En la página siguiente agrega, desvirtuando su anterior aserto: « Dijimos anteriormente que las dos impresiones de Madrid, si es que son dos ó una misma con diferentes portadas, son las primeras.»

Prescott, con más mesura, sólo habla como Robertson de una

edición en 1632. Quaritch, en su *Catalogue*, es más explícito, estampando esta afirmación: « Las dos ediciones son realmente dos distintas publicaciones, y no meramente provenientes de una misma, siendo probablemente impresas en el mismo año. » Á ejemplo de Salvá y á la inversa de Vedia, adjudica la portada impresa á la que llama primera edición, y la grabada á la que califica de segunda, pero sin demostrarlo, pues no hace ni la descripción del libro.

Salvá y Mallen (el hijo de Salvá), en su *Catálogo* de 1872, trae las dos ediciones, y lo mismo que su padre, aplica la portada impresa á la primera. Sabin, en su *Dictionary of books relating to America*, repite lo propio.

El último que haya repetido la especie de dos ediciones distintas en el mismo año y por la misma imprenta, es Leclerc en su *Bibliothèque Américaine*, de 1878, dando la descripción de ambas y arreglando las portadas á la inversa de Vedia.

Después de un detenido estudio de esta obscura cuestión bibliográfica, y teniendo simultáneamente á la vista cuatro ejemplares de la obra, podemos asegurar lo siguiente:

Primero, que hay dos ediciones distintas pero no del mismo año;

Segundo, que el capítulo que se considera como distintivo de la segunda edición, corresponde á la primera;

Tercero, que la portada grabada pertenece á la primera edición, y la impresa á la segunda, como puede demostrarse.

Por lo que respecta á las portadas, la prueba es inductiva, pero perentoria. La portada grabada pertenece, como queda anotado, al buril de *I. de Courbes* que la firma. Este mismo grabador fué quien cuatro años antes, en 1639, había ejecutado la del Epítome de León Pinelo, lo que probaría que corresponde á la época, y por consecuencia á la edición de 1632, además de que los preliminares lo demuestran.

Podría pensarse que las dos portadas pertenecen á una misma edición, deduciéndolo de que una lleva el milésimo del año que falta

en la otra, y así solía hacerse en los libros con doble portada; pero, si se advierte que el papel es distinto, que los caracteres tipográficos difieren de los del cuerpo de la obra, y son de fundición más moderna en la imprenta, siendo su ortografía otra, y que, demostrado como está que la grabada corresponde á la época de la primera edición, la segunda quedaría sin ella: hay que adjudicarla forzosamente á la edición impresa en el mismo papel, con el mismo tipo y con idéntica ortografía en 1632. Debe advertirse, lo que hemos apuntado antes, que varios ejemplares llevan trocadas las portadas; pero esta es mera cuestión de encuadernación.

En cuanto al capítulo adicional, sucede que algunos ejemplares de la primera edición lo llevan, y otros no, faltando en los de la segunda, como lo comprueban cuatro ejemplares que tenemos á la vista, únicos que conocemos en Buenos-Aires: dos, pertenecientes á la Biblioteca Nacional (primera y segunda edición, sin el capítulo); el otro, á la de don Andrés Lamas (primera con el capítulo); y otro á la mía, (primera sin el capítulo). Este capítulo que poco tiene que ver con la conquista de México, pues sólo trata de las cosas maravillosas que se suponen vistas por los indios antes de la llegada de los españoles, está impreso en pliego aparte (folio 255-256) con los mismos tipos y el mismo papel negruzco, con rayas de agua verticales y sin marca de la primera edición, continuando la foliatura hasta completar la foja 256. (Por equivocación, lleva el capítulo el número CCXXII en vez del CCXII que le corresponde).

Estudiando con atención las licencias, aprobaciones, dedicatorias, preliminares, etc., que son idénticos en ambas ediciones y en todos los ejemplares, y sobre todo, el papel y los tipos, que son inconfundibles, se adquiere la evidencia de que el capítulo adicional es un apéndice agregado por la misma imprenta, y en el mismo año, y que de todos modos él corresponde á la primera edición, y no á la segunda como se cree generalmente. Todo esto, consta de lo siguiente:

1º Las licencias para imprimir el libro fueron dadas al P. Remón

en 1630, examinando en el mismo año el manuscrito los cronistas de Indias Gil González Dávila y Tribaldos de Toledo; 2° El privilegio para imprimir fué concedido por el término de diez años en junio de 1631; 3° La edición se terminó en 16 de octubre de 1632, en cuya fecha se formó la fe de erratas; 4° La *suma de la taza* se verificó en 4 de noviembre de 1632; 5° Antes de terminarse la impresión, murió el P. Remón, insertándose su necrología entre los preliminares, con cuyo motivo se encargó de ella el obispo Adarzo Santander, que fué quien la *publicó*, como dice Nicolás Antonio; 6° La primera edición se publicó el 8 de noviembre de 1632, según consta de la dedicatoria al Rey, firmada por el Maestro general de la orden á que pertenecía el P. Remón.

Como, sin embargo, la edición se hizo con arreglo al manuscrito del P. Remón, al final del capítulo CCXI, — que es el último, — se inserta una *Conclusión y Epítome* firmada por él, que dice: «La verdad escrita de mano de quien le costó trabajo pelear para merecer la alabanza, no tiene precio; y fué la principal razón que á mi me movió para recopiar estos originales olvidados, y ponerlos en público y en limpio». Á continuación, siguiendo la misma foliatura, pero en pliego aparte, se inserta el capítulo adicional como por vía de apéndice, ya sea después del fallecimiento del P. Remón, ya cuando el libro estaba impreso; y así se dice en su encabezamiento: «Este capítulo, que es el último *del original*, por parecer excusado, *se dexó de imprimir, y oy á petición de un curioso se añade*». El papel en que está impreso es negruzco y de muy mala calidad como el de la primera, siendo blanco y de más cuerpo el de la segunda.

Lo dicho prueba igualmente que la especie de las dos ediciones simultáneas, ó sea del mismo año, no tiene consistencia, pues en el espacio de mes y medio no pudo ejecutarse por la misma imprenta ni en el mismo año, un volumen en cuya confección se había empleado cerca de año y medio.

Para convencerse de que los ejemplares de portada grabada y los

de portada impresa, son dos ediciones completamente distintas, basta cotejarlos. Aun cuando ambas tengan el mismo formato, el mismo número de fojas y muchas páginas estén reproducidas á plana y renglón, difieren completamente por los tipos, por la marca de agua del papel, las viñetas, la ortografía, la ordenación de la mayor parte de las páginas, el alto de las columnas y hasta en la imposición de las notas marginales.

El último que se haya ocupado de esta cuestión, es el librero Quaritch. En el número 12 de su Catálogo de 1894, refiriéndose á nuestro trabajo crítico-bibliográfico, publicado en 1882, dice lo siguiente: « *General Mitre has very nearly succeeded in proving that this edition (the title-page letterpress) was the second, and that it was printed after 1632. The edition with an engraved title has no date, but cannot certainly be much later than 1632. The question must still be considered insolved* ».

Queda únicamente por averiguar, en qué año se hizo la segunda edición que lleva el título impreso con el milésimo de 1632, el cual seguramente no le corresponde, así como no le corresponde el capítulo que equivocadamente se le adjudica, contra el testimonio del papel y de los tipos, testigos irrecusables que hacen inconfundibles las dos ediciones.

III

La obra de Bernal Díaz del Castillo, más verdadera que la crónica del capellán de Hernán Cortés, á quien corrige, es superior por el estilo á la retórica historia de Solís, como se ve comparando en ambos el épico relato de la « Noche triste »; y algunos de sus episodios pueden parangonarse con los análogos de los Comentarios de César, con quien el mismo se compara, diciendo, que asistió á más batallas que él, y como él escribió por su propia mano sus hechos, sin fiarse de cronistas.

El objeto del autor, al emprender su obra, fué refutar la historia de Gomara, y al terminarla había hecho su propia apología, á la par de la de sus compañeros de trabajos, salvándolos del olvido. Cuenta él mismo: « Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos Licenciados que la emprestase; e yo se las presté, porque de sabios siempre se pega algo á los idiotas sin letras, como yo soy, y les dije, que no enmendasen en cosa ninguna, porque todo lo que yo escribí es muy verdadero ». Observándole los licenciados, — que según él « eran mui retóricos », — que se alababa demasiado, y que debía dejar eso para que otros lo hiciesen, él les contestó: « En este mundo hay casos que se suelen alabar unos vecinos á otros las virtudes y bondades que en ellos hay, y no ellos mismos; mas el que no se halló en la guerra, ni lo vió ni lo entendió, ¿ cómo lo puede decir? habíanlo de hablar los pájaros que en el tiempo que estábamos en las batallas iban volando? ó las nubes que pasaban por alto, sino solamente los Capitanes, y soldados que en ellos nos hallamos? »

La obra ha sido alabada por los historiadores modernos, más que el autor á sí mismo, en cuyas páginas se han inspirado, reflejándolas débilmente. Única en su género, es, como lo declara Robertson, « una de las más singulares que se hayan escrito en lengua alguna ». Prescott la caracteriza con propiedad cuando dice que su autor, « simple hijo de la naturaleza, daguerreotipa, por decirlo así, las escenas de la vida real, y es entre los cronistas, lo que el autor de Robinson Crusoe entre los novelistas », agregando: « No puede juzgarse según las reglas del arte un libro escrito en la completa ignorancia de ellas, y que, á pesar de todo, será leído por el sabio y por el estudioso, mientras que composiciones de historiadores más clásicos, dormirán tranquilamente en los estantes de las bibliotecas ».

El libro de Bernal Díaz del Castillo ha sido traducido á casi todas las lenguas modernas. Por un descuido inexplicable, era desconocido en la lengua francesa, y su nombre apenas figura en los más recientes diccionarios históricos. M. Jourdanet, autor del cono-

cido libro sobre la *Influencia de la presión del aire en la vida del hombre*, se encargó de reparar ese olvido, publicando una cuidadosa traducción ilustrada que ha tenido dos ediciones sucesivas, y lo ha rejuvenecido, haciéndolo popular en Europa. El escritor cubano-francés J. M. Heredia (segundo de este nombre), ha hecho posteriormente otra traducción, que reproduce mejor el nervio nativo del estilo original.

Un periódico francés, hablando de la traducción de Jourdanet, ha emitido este juicio: « Encontramos á cada paso en Bernal Díaz, páginas verdaderas que sorprenden la atención, llenas de un efecto grandioso, que tienen como un soplo épico, que en nada ceden á lo que se conoce de más famoso en su género. La descripción del sitio de Méjico, vale seguramente la del sitio de Alasia por César; la narración de la retirada de los españoles después de su expulsión de Méjico, nada pierde en ser cotejada con narraciones análogas en los célebres desastres del ejército francés en Rusia ».

Como se ha dicho con tal motivo, Bernal Díaz del Castillo, es un veterano que se queja de no encontrar en el arco de triunfo sino el nombre del conquistador; que quiere escribir el suyo, al lado, juntamente con el de los olvidados por los historiadores.— Su libro es el arco de triunfo de los soldados, y su nombre y el de sus camaradas, ha sido escrito en él, por la mano viril que esgrimió la espada y manejó la pluma, con caracteres toscos pero indelebles.

BARTOLOMÉ MITRE.

MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS (1)

I

DE VALPARAÍSO Á LIMA

A bordo del *Laja*.

Aquí desembarcaba hace un mes, no fatigado seguramente por el viaje, que antes es tonificante y vigorizador, pero muy impregnado aún de vida argentina y casera ; sobre todo, con el alma dolorida, magullada por los sacudimientos de la separación... Al pronto, Valparaíso me pareció bastante mediocre de extensión y neutro de carácter. Á pesar del clima delicioso en este mes (abril) y del relativo *comfort* de la vida física, el roce de cosas é intereses comerciales sin novedad ni amplitud, la inevitable monotonía de una acti-

(1) Si algún memorioso lector hubiera conservado recuerdo de otras « impresiones de viaje », publicadas en el diario *La Nación*, conviene advertirle que, ni por las regiones descritas ni por la forma adoptada, se confunden unas y otras. Con las primeras, se procuró condensar, al rededor de la capital ó ciudad significativa de cada región, sus rasgos sociológicos más importantes ; las presentes son simples sensaciones del trayecto, apuntes de cartera, sin plan ni compostura, pero que, en cierto modo, forman en su espontaneidad el complemento de aquéllas. Por lo demás, unas y otras se encontrarán en un volumen en preparación.

vidad, para mí exterior y ajena, me saturaron muy pronto. Temí entonces mostrarme injusto para con el primer puerto de Chile, si me detenía en él tan mal « acondicionado », en la brusca soledad del extrañamiento, y tomé el portante para Santiago, donde me esperaban algunos amigos de juventud...

Vuelvo hoy al « puerto » para tomar el vapor de Lima. No me encuentro tan aislado como en los primeros días. Gracias á la benevolencia de los diarios y al viento favorable que sopla de la Cordillera — todo de paz y fraternidad ! — me han salido al paso nuevas relaciones, más fáciles y numerosas de lo que pude sospechar. Frecuento dos ó tres clubs, algunas casas de familia, visito establecimientos públicos. Por supuesto que agradezco debidamente todas estas amabilidades, cordiales ó simplemente corteses, que constituyen la conquista menos discutible de la civilización, y, como si dijéramos, la moneda fiduciaria de la amistad. Me aprovecho de todo ello para mirar un poco lo que antes entreví.

Mi primera impresión general se modifica muy poco. El verdadero Chile está en Santiago, no en Valparaíso. — Con sus barrios populosos del Puerto y el Almendral, sus muelles y *docks* de vaivén poco vertiginoso, sus tres ó cuatro arterias de veredas europeas, medianamente agitadas, y cortadas por callejuelas que escalan al pronto los cerros rojizos ; su población cosmopolita desarraigada, sus plazas é iglesias de imitación, sus tiendas previstas y sus monumentos modernos (el erigido á la « Marina Nacional », es interesante aunque de efecto algo teatral), — Valparaíso es el puerto de comercio *en sí*, que recuerda á cualquiera de los otros, sobre todo á los menos vastos y pintorescos : el Rosario ó el Callao, Bahía y sus ascensores — menos el espléndido aderezo tropical, — una Vera Cruz más amplia y limpia, un Montevideo reducido á la mitad... Pues, á pesar de las diferencias íntimas y el contraste de las latitudes, todos los puertos marítimos se parecen insoportablemente. El poderoso flujo mercantil pronto consigue nivelar ó rechazar á segundo término los relieves locales, y, donde quiera, el idéntico hõrmigueo

de los embarcaderos y aduanas, de los malecones y *wharfs*, refleja la agitada monotonía del Océano.

Fué Valdivia, según los unos, Saavedra, según otros (Vicuña Mackenna), quien bautizó á Valparaíso. Extremeño ó castellano, el padrino, llegado á Chile por el desierto de Atacama, no sería descontentadizo en materia de paisaje. La boca del Aconcagua con algunos bañados verdecientes, acá y allá; el ondulado horizonte y la dulzura del clima pudieron darle la ilusión de un « valle del paraíso ». Con todo, fué mucho bautizar ! El « paraíso » de Chile está en otra parte : en el rico valle de Aconcagua, ó, hacia el sud, en las encantadoras florestas de Concepción y Arauco.

En lo tocante á Valparaíso, hoy mismo, después de transcurridos tres siglos de apropiación humana, — desde los altos barrancos que dominan la bahía hasta la playa de Viña del Mar y los esteros de Quilpué, la árida roca revienta donde quiera la capa de humus delgado, por entre los bosquecillos de vegetación artificial y las malezas de pencas y aliagas. Del glauco mar dormido á los próximos declivos, la ciudad se alarga en arco estrecho ; y todo el barrio del escarpado cerro, con sus casitas pintadas y sus jardincillos de escalones, revuelto y apiñado por la perspectiva, remeda una alquería de Nuremberg, una caja de juguetes bruscamente volcada en la cuesta y á punto de rodar en la rada. Delante de nuestro buque, que leva anclas y vira lentamente, desfilan á flor de agua las fortificaciones que defienden la entrada, luego el arrabal del Barón, al norte, con su caserío pintorescamente escalonado — sobrepuesto en las blandas colinas. Se pone el sol tras la Escuela naval, en el extremo opuesto de la bahía ; la ciudad se enciende poco á poco ; las últimas chalanas vacías se escurren hacia la tierra ; pasamos delante de un buque de guerra chileno, cuya banda nos despide con el *God save the Queen...* Estamos en marcha, con rumbo á los países calientes.

No es este *Laja* el mejor steamer de la Compañía sud-americana, pero es estable y bien distribuído; todo el personal, del capitán al marmitón, parece gastar humor tan manejable como el mismo mar

Pacífico. Cierta *manque de tenue*, y aun de real comfortable, me parece ampliamente compensado por esta facilidad del trato, esta francachela de las relaciones personales, que es el atractivo potente, aunque rara vez confesado, de la existencia « criolla » — contra la cual se murmura sin tregua, pero cuyo hábito mecedor echamos de menos, más tarde, en Londres ó París. *Todo se arregla*: tal es la divisa hispano-americana, que bien vale á muchas otras; en viaje, sobre todo, llegan pronto á cansarnos los reglamentos angulosos, las minuciosas prescripciones y prohibiciones contra cuyos artículos nos golpeamos á cada instante, cual contra el techo muy bajo ó la puerta estrecha del camarote. Á trueque de estar un poco codeados por las gentes y maltratados por las cosas, gustaríamos de sentirnos menos protegidos. Es lo que se logra sin esfuerzo en todas nuestras administraciones nacionales...

Para no sentirse muy desgraciado á bordo, la primera condición es estar solo en su camarote; la segunda, no estarlo en la mesa ó sobre cubierta. Cuando digo « solo », bien comprendéis que es remedio peor que el mal, esa larga mesa del comandante, en que se inserta uno á la aventura, encontrándose demasiado tarde con *vis-à-vis* grotescos ó antipáticos, con vecinos extravagantes y fastidiosos que os cuentan cada día su historia con tal de averiguar la vuestra. — Yo tenía anuncio de hallarse á bordo un conocido chileno, explorador infatigable y geólogo sin par entre Catamarca y Copiapó, — *l'homme de la montagne!* — muy capaz, por otra parte, de interrumpir un análisis al soplete para escuchar un *lied* de Schumann, y hasta acompañarlo en el piano. Dotado de humor inalterable y estómago ejemplar, está en su casa á bordo como en un pozo de mina, enganchado á sus informes y correspondencias desde el alba, manipulando libros y planos, despachando en cada escala docenas de cartas á los innumerables comités, congresos y sindicatos de que forma parte: pues está en todas las empresas mineras y salitreras que se proyectan en el Pacífico, — sobre todo en las que se liquidan con estampillas y telegramas. — Compañero precioso, bajo cualquier aspecto, pero

muy ocupado entre sus comidas para no requerir un sustituto. Él mismo le busca y me le trae al día siguiente.

Ha tenido buena mano : el recién venido, que completa nuestra *petite table* reservada, es más interesante aún que el cateador. Es un alemán de aspecto simpático, espíritu fino y modales correctos, que no me atrae perdidamente el primer día, pero que gana con el trato : *love me little, love me long*. — Junto con la madurez, ha conseguido el bienestar material, es decir la independencia : habita parte del año en Berlín, parte en París, desde donde administra sin fatiga su casa de Chile. Vive allá, inteligente y suavemente, bien instalado, recibiendo á literatos y artistas, — íntimo amigo de Sarasate, — saboreando la existencia en su otoño, cuando exenta de pasiones y excesos, se torna en realidad pacífica y buena.

Como el Graindorge de Taine, cuyo recuerdo me trae con frecuencia, después de una fuerte educación universitaria, ha librado la batalla de la vida material, ganándola en quince ó veinte años. Los negocios no eran para él un fin, sino un medio : los ha plantado allí, tan pronto como pudiera. Es un sabio ; y el gusto de las cosas del espíritu le ha preservado en parte del egoísmo de los solterones. Está de vuelta de muchas cosas, como bien pensáis, — entre otras, de la intransigencia patriótica que perturba la digestión, — pero no de la ciencia, del arte, de la belleza. Conoce bien á Kant y Schopenhauer, los dos muelles de la moderna filosofía ; ama nuestros libros, nuestros salones, nuestro teatro : ni fariseo, ni filisteo, aspira con delicia esa flor suprema de la civilización que se llama París. Algunas veces, por la siesta, en la toldilla donde relee á Goethe ó Heine, me hace pronunciar y traducir versos del *Fausto*, la queja de Mignon, ó una breve joya del exquisito *Intermezzo* :

Mir träumte wieder der alte Traum...

Pero, lo que siente profundamente, como todos sus compatriotas, es la música, el arte sagrado y nacional. La conoce en todas sus

obras maestras, de Bach á Wagner y Grieg : se expresa sin necia preocupación acerca de los matices de la interpretación contemporánea, desde nuestra orquesta del Conservatorio — perfecta por la maestría y habilidad técnica — hasta la ejecución de Bayreuth, incomparable por el fervor religioso y lo concienzudo de la iniciación... Y todo esto, en el enredo de las maniobras; en el vaivén de los pasajeros chilenos, peruanos, bolivianos, que enarbolan gorras bordadas, trajes sorprendentes para jugar al tejo sobre cubierta, ó, desde el alba al anochecer, tendidos en sus sillas de tijera, acometen los «cachos» de bananas y canastas de aguacates. — Me ofrezco el placer de observar á mi germano, al principio tan frío y reservado, que se entibia poco á poco, en este roce familiar de cada hora, de cada instante. Por varios días, ha estado indeciso y, como decimos, tanteando el agua, adelantándose con mesura y precaución. Á la altura de Mollendo, está completo el deshielo; en Lima, donde tendremos que separarnos, — pues él sigue camino para Nueva-York y Europa, en tanto que me detengo en el Perú, — me exige la promesa de volvernos á ver en París ó Berlín: y todo ello muy seriamente, con una insistencia, un cálculo meticulado de las direcciones y épocas probables, en que siento el deseo sincero de estrechar esta amistad de chiripa. Nos separaremos con íntimo pesar. Y forman la dulzura triste de los viajes, estas efímeras simpatías tronchadas de golpe, que quedan plantadas en el recuerdo como *amorces* sin empleo: esas tentativas de mutuo ingerto, de espíritu á espíritu, cuyo destino se acaba allí, sin que sepamos jamás si, con el tiempo, hubieran prendido y prosperado... Disimule el lector la complacencia con que he referido mi única conquista en el Pacífico.

Dolce far niente!

Esta navegación del Pacífico, entre Valparaíso y Panamá, es de una serenidad ideal. El cielo invariablemente puro, el aire fresco ó tibio, el mar apenas arrugado por la brisa del largo, que llega dé-

bil, cual cansada, del lejano fondo occidental: todo guarda un aspecto tan sosegado y apacible, que ni ocurre la idea de un temporal. Me dice el comisario que en dos años de navegar, no ha conocido tormenta. La nave está distribuída casi como barco de río, con la fila de camarotes sobre cubierta; desde Guayaquil, los pasajeros duermen al aire libre, sin la aprensión más lejana de un golpe de mar: los mismos camareros sacan los colchones de las camillas y los tienden sobre el puente; á medianoche, cuando vagan los ojos en el estrellado cielo, buscando el sueño por el « camino de Santiago », óyese el *flic-flac* de las sábanas bajo la deliciosa brisa. — Los pasadizos, hacia popa, están obstruídos por las vendedoras de frutas y legumbres, que exponen su mercancía en escaparate, como en el mercado, sin cuidado por el balance imperceptible; renuévanlas en cada escala, cambiando sus verduras del sud por las bananas, piñas y mangos tropicales, cuya fragancia capitosa nos llega por ráfagas. Luego, es el embarque ó la bajada del ganado en todos los puertos de la costa: las ovejas tiradas en montón, hechas ya fardos de lana; las mulas chúcaras que cocean hasta en las chatas; los pobres bueyes pasivos que se dejan izar de las astas, sacando fuera sus ojazos despavoridos... Uno de los tráficos importantes de la línea es este abastecimiento de algunas poblaciones y salitreras del litoral, donde no crece una mata de pasto, — donde sólo puede vivir el hombre empujado por la *sacra fames*: allí está, miserable y grandioso, encarnizado, invencible, desventrando la montaña metálica, escarbando aquel ingrato suelo, para extraer el nitrato que, en otra parte, engordará los surcos extenuados y hará brotar las mieses opulentas, gracias á este mismo polvo blanquecino cuya presencia aquí es un indicio de incurable esterilidad!

Es otro encanto de esta navegación de recreo, el contraste del horizonte hacia uno y otro bordo de la ruta. Por babor, es el inmenso mar, el vacío infinito del Gran Océano que desarrolla en la luz sus olas quietas, apenas onduladas por su misma amplitud, mucho más allá de esa línea esfumada donde el sol rojo se hunde cada tar-

de : hasta la Polinesia, las islas de coral vagamente presentidas; más lejos aún, á través del vasto archipiélago occidental, hasta el recuperado Oriente. Por la derecha : la tierra próxima que no se pierde de vista ; arriba de la playa arenosa ó la acuchillada barranca que se costea sin cesar, se yergue la masa pizarreña de los Andes, con su cabeza encanecida. De este lado, la ola corta, siempre estremecida y retozona, parece que se divierte eternamente en acudir á la orilla, en emprender el asalto del acantilado que nunca tomará. Se siente que es un juego, — el juego seductor y formidable del abismo. Estas son las *glad waves* de Byron, las olas ociosas y festivas que, sin tener nada que hacer, brincan independientes y ligeras, desgarrando en los dientes del escollo su collarín de espuma. Aquellas otras, pesadas y lentas, son « medios de transporte » : hinchan el lomo, monstruosas bestias de carga, bajo los enormes navíos que deben soportar. Casi inspiran lástima; y la vista se vuelve hacia los rebaños juguetones de la costa, las « cabrillas » azules de cuernos blancos, que los españoles han bautizado con tanta gracia risueña...

...Nubes, espumas, volutas de las olas : tales son las visiones evanescentes, las imágenes fluidas y fugaces que os envuelven en las largas horas de mecedora monotonía que á bordo diluyen la vida. Fácilmente se volvería á las sensaciones primitivas, á las ilusiones ingenuas de los marineros griegos y los viejos pescadores bretones, que miraban deslizarse nereidas blancas bajo el cerúleo cristal, ó revolotear en la cresta de las olas, alciones de plata que eran almas en pena. En el sillón de lona que un vago balanceo columpia blandamente, junto con el ronquido narcótico de la hélice, la siesta meridiana os aletarga en un delicioso entorpecimiento, abdicación gozosa del querer y pensar, en el vacío de una fantasía apenas esbozada, que flota abandonada y pasiva, bajo el aliento de este sopor más reposado que el mismo sueño. — Así deben sentirse vegetar los árboles tropicales, lejos del cierzo y la nieve del norte, en la húmeda pesadez del ambiente forestal : dejando que suba lentamente, de las

raíces carnosas á las ramas eternamente verdes, su sangre henchida de jugo nutricional, la rica savia exuberante que siglos de floración perenne no pueden agotar...

Sacude mi adormecimiento el campanazo de la comida, devolviéndome á la maquinal existencia de pasajero-encomienda, n^{os} 66-67, á estribor. Encuentro en el comedor, pegando sobres delante de la sopa servida, á mi infatigable compañero chileno, el corresponsal automático que me recuerda al personaje de Galdós, perpetuamente afanado en contestarse las cartas que él mismo se dirigía. Mi amigo alemán acaba de releer á Schopenhauer : me habla del *nirvâna* budhista, que es el supremo bien, siendo el aniquilamiento absoluto, la consecución del no-vivir. Lo conozco su Nirvana : yo soy quien lo disfruta — mientras no me perturba la campana fatal...

Las horas de la noche son más laboriosas. Entonces es cuando el mar recobra todos sus derechos. Por más que nos esforcemos en prolongar la velada, sufriendo interminables sesiones de ajedrez, agarrándonos de cualquier rama, aceptando las peores coartadas : es fuerza, al fin, como el Tircis de Racan, *penser à faire sa retraite*. Las primeras noches, teníamos momentos exquisitos : una señora americana, después de su lección diaria á una adorable niñita de diez años, se sentaba ella misma al piano y tocaba, para los tres anabaptistas, algunas sonatas clásicas ; se producía un amplio y saludable vacío á nuestro derredor, la gente huía á todo prisa : era un encanto. Pero nunca lo bueno es duradero. Un robusto mozo chileno, gobernador de un departamento del norte, muy prendado de una joven pasajera, le ha descubierto — prematuramente — talento musical. La pareja se apodera del piano desde el anochecer, bajo la mirada enternecida de los ascendientes ; y es un desgranamiento delirante de habaneras, polkas y « perlas de salón » contemporáneas de la conquista ! La dulce criatura toca según el precepto evangélico : ignorando su mano izquierda lo que hace la derecha. Pero se ensaña contra las teclas, vacilantes y amarillas como dientes de abuela, con una energía muy superior á su edad. Se estremece el piano secular bajo el

asalto de esta furia juvenil, que parece tener diez dedos en cada mano. Y, hasta el castillo de proa, donde nos hemos refugiado, llega el estruendo de los aplausos.

Hay que ganar el camarote, melancólicamente, y tenderse á medias, en figura de gatillo, en el catre poco más ancho que una caja de violín. La siesta y la falta de ejercicio ahuyentan el sueño arisco. El ritmo sordo de la máquina semeja la pulsación de un monstruo potente que nos arrebatara en la noche y el vacío; se percibe contra el bordaje el continuo chorrear del hondo surco abierto, cual por una reja de arado ciclópeo. Me siento fuera de la vida normal, muy lejos de las ciudades bulliciosas — más lejos aún del rincón familiar. La larga procesión de los recuerdos comienza á desfilar, amarga y dulce. Se sufre, con no poder retener delante de sí, en el campo de la imaginación, las caras fugitivas con que se quisiera soñar, siempre; los seres amados, cuya memoria nos punza en cualquier hora cual invisible cilicio, se borran á los pocos segundos, sin saber cómo, bajo perfiles desconocidos de transeuntes entrevistados en un puerto, en un tren, que vuelven á renacer con insistencia estúpida y nos persiguen con un encarnizamiento de pesadilla. Se hace esfuerzo por llamar á los que se adhieren al corazón por cada fibra: se recuerda una inflexión de voz, un girón de frase, la risa de una madre joven, un gentil balbuceo de niño, que ayer nos hacía gracia y hoy nos da gana de llorar... Y luego, otros resurgimientos involuntarios, más esfumados y lejanos, pero revividos por la sugestión del medio idéntico: la evocación de otros viajes por mar, menos tranquilos y vacíos que éste, cuando érase joven y se abrían de par en par las puertas del porvenir, en la esperanza y el pleno orgullo de la vida... En el silencio de un solo rumor persistente, los recuerdos se escurren del alma como el agua de una esponja embebida; y ese perpetuo chorrear de la ola contra la borda parece la fuga rápida, la vuelta irrevocable de la existencia misma hacia los limbos del no ser.

Muy de mañana, nos despierta el desarrollo del ancla que cae en el mar. Al pronto, produce cierta molestia la brusca inmovilidad;

abierto el tragaluz, un puerto aparece : casas escalonadas en la costa, el penacho de una locomotora que trepa una pendiente, un parche de verdura, acá y allá. Ello sucede aquí todos los días; y en un primer viaje, cuando no se está espoleado por el deseo de llegar, este contraste de las mañanas en tierra y de las noches á bordo, que duplica la travesía, produce agradables paréntesis en la navegación. Se pisa la tierra con júbilo, se muda de régimen, se observa una nueva faceta de la pobre humanidad. Se toman croquis y apuntes instantáneos. Hé aquí algunos.

Coquimbo. — La Serena.

En el fondo de un ancón en herradura, en el declive de un ribazo abrupto de granito gris, contrafuerte de la cordillera de la Costa, Coquimbo sobrepone sus grupos de casillas de madera pintada ó zinc acanalado. Forman los techos ligeros, latas de alerce : lo mismo podrían ser de tela ó papel, pues entramos ya en la zona pétrea — que se prolonga más allá de Lima — donde no llueve jamás. Pocos kilómetros hacia al norte, la Serena, capital de la provincia, se despliega en abanico sobre una meseta que domina la bahía, dentro de un marco de verdura : es una verdadera ciudad, al lado del pequeño puerto de aspecto mezquino.

Pero Coquimbo es un excelente surgidero, mucho más seguro que el de Valparaíso,—batido, en invierno, por los vientos del norte. Los comandantes ingleses lo prefieren también por otras razones no meteorológicas : es mucho menos peligroso que el gran puerto chileno para las « andanadas » de la tripulaciones. Y es por ello, tal vez, que hoy, en la apacible ensenada, generalmente cubierta de gaviotas más que de embarcaciones, los dos cruceros ingleses de estación, *Warspite* y *Melpomene*, arrojan la imprevista nota guerrera de sus erizadas torres y sus blindajes cuadrados, que se reflejan duramente en el agua inmóvil.

Á la distancia, gaviotas y botes pescadores parece que se des-

prendieran de los mismos nidos de la aldea marítima, adherida á la árida roca — igualmente obligadas, aves y gentes, á alimentarse de la mar. Se compadece desde lejos á los pobres seres humanos que, sin duda, han naufragado allí, manteniendo su existencia precaria á fuerza de mariscos y pescados; y por poco, nuestra ignorancia esperaría que acudieran á la playa, cual modernos Robinsones, haciendo señales á la nave que los volverá á su patria... Desembarcamos, y tropezamos donde quiera con *docks* y almacenes, escritorios y tiendas: un vaivén de comerciantes chilenos y extranjeros, de señoras con gorras floreadas, de soldados ingleses, con la estrecha casaca roja, el casquete minúsculo pegado á la coronilla — á guisa de cápsula-tapón de esas botellas ambulantes. — Los hilos telegráficos y telefónicos se cruzan en las bocacalles, los pianos en actividad acompañan los rancos cantares de las tabernas numerosas. En la estación, donde tomamos el tren de la Serena, un abogado peruano — pierolista cesante — cuenta á mi compañero chileno — quien, por supuesto, tiene parte en el negocio, por correspondencia! — las peripecias de un *tramway* eléctrico ya concedido... Así visto de cerca, encuentro que está bastante « en el tren » el nido de gaviotas!...

Desde el vagón, miro desfilan el paisaje que, poco á poco, va perdiendo su aspecto marítimo. En los repliegues ensanchados del terreno menos pobre, empiezan á verdear algunas cañadas; los dormidos pantanos reflejan los juncales de sus orillas, pobladas de aves acuáticas. Unas cuantas vacas pacen en las praderas húmedas; casitas de campo y alquerías con labranzas de Liliput escalan los declives y parecen abrigarse bajo la cornisa rígida y desnuda de la montaña granítica. Uno que otro arroyo sinuoso corta la vía... Casi creería cruzar la provincia de Córdoba, hacia Quilino — cuando después de una curva, por una escotadura del talud, el mar reaparece, como un fragmento de pizarra con una punta de lápiz en su centro: es nuestro *Laja* imponente, la cárcel flotante que, dentro de dos horas, nos volverá á encerrar.

Es la Serena una vieja ciudad, contemporánea de Valdivia, y que no parece en vía de rejuvenecer: muchos edificios desmoronados y en ruínas; en otros se han calafateado con tabla ó zinc las brechas del adobe. Al revés de Coquimbo, la hallamos medio vacía, y la habitación resulta muy ancha para el habitante. Por todas partes, caserones silenciosos, tiendas sin clientes, aceras sin transeuntes. Una bonita plaza bien sombreada, llena de flores, está desierta. La catedral — pues es cabeza de obispado — está sólidamente construída en sillar, como para perpetuar la lucha encarnizada que allí sostienen, según mi amigo, todos los estilos arquitectónicos conocidos, desde el pelásgico hasta el italiano de exportación. En mitad de la fachada más ó menos griega, se yergue, asentado en el mismo entablamento, un complicado campanilo cubierto con el casco-tiara de Juan de Leyden.

Se nos pasea por las desahogadas calles; algunos naturales abren sus ventanas, perturbada su siesta por la herrería insólita de nuestro anciano vehículo. — En una esquina, saliendo de una capilla, un ramillete de muchachas nos hace recordar que á la poesía le basta un poco de espacio y de sol, un rayo de belleza y juventud, caído en cualquier rincón de la tierra, para despuntar y florecer: una de ellas, pálida y grácil, con extraños ojos claros debajo de cabellos más negros que su mantilla, se destaca del grupo vulgar, como una Preciosilla extraviada entre cíngaros... Y nunca sabrá, nunca jamás, que su encanto anónimo y fugitivo, asido al paso, anda por el mundo, cristalizado en una frase, como gota de agua en un fragmento de cuarzo hialino.

Un conocido de mi geólogo — tiene en todas partes, hasta en la *China town* de San Francisco! — se empeña en llevarnos al club: el café, la posada, la confitería — sobre todo, el mentidero del lugar. Por el momento, la sociedad está siguiendo una « guerra » lánguida — *faute de combattants*. Se nos recibe con tacos abiertos; en el acto, uná vuelta de vermut internacional! Me presentan á algunos notables; el redactor de la *Reforma*: un camarada jaranero y palmea-

dor, de terno gris y sombrero de copa en la oreja, que habla de su hoja de col bi-semanal como de una cosa terrible, una máquina de guerra formidable que los « intrusos » de la Moneda miran con inquietud y temblor; un viejo « capitalista »: usurero probable, vestido á la moda serenista de hace treinta años, prudente y suspicaz, siempre en guardia contra un sablazo de Damocles; otro « literato »: una fuina rubia, amable en demasía, que escribe « también » y me trata como cofrade. *J'en passe...* Todos ellos son balmacedistas hasta el cerro de enfrente. Por lo demás, la provincia entera ha permanecido fiel á su antiguo senador, que la enriqueció: es la razón de casi todas las convicciones políticas y el secreto de todas las popularidades, — *do ut des*. — Pero declina el día; por más que nos cueste, tenemos que romper ese círculo fascinador: el *cocktail* del estribo, y con brindis esta vez! Mi compañero brinda por La Serena, Coquimbo y Guayacán — ¡esas tres Marías! — cuyo progreso y prosperidad, etc. ¡ Viva Chile! etc!!... Acompañamiento triunfal hasta la estación. Esperaba una serenata que ha faltado: sin embargo era éste el caso — y el lugar.

Caldera.

Fondeamos al amanecer. Una caleta arenisca, en semicírculo, con la población en el fondo, formando anfiteatro; algunas casas de dos pisos, — recuerdos de pasado esplendor, — la aduana, los docks, la estación del ferrocarril que baja de Copiapó y termina en el muelle. Algunas desvencijadas garitas de baño, esparcidas en la playa, acrecientan la impresión de decadencia y abandono. — En el momento de bajar á tierra, un muchacho me ofrece sardinas frescas. Es un verdadero regalo y estoy á punto de comprarlas, cuando el botero me enseña, á cien metros hacia la costa, á un pescador que, según él, me las venderá más frescas y hasta las sacará en mi presencia.

Al dirigirnos allí, mi compañero inseparable me muestra una punta de verga que sale del mar, precisamente en la querencia de

las sardinas: pertenece al *Blanco Encalada*, echado á pique por la torpedera *Lynch*, durante la campaña revolucionaria. — Recuerdo que en Europa, en dicha época, se pretendió extraer de este desastre un nuevo argumento en favor de los torpedos... Por este ejemplo, — y otros análogos ó peores, — lo que me parece demostrado, ante todo, es que la marina de guerra, aún más que el ejército, constituye una carrera de aristocracia moral: una institución cuyas altas responsabilidades necesitan apoyarse en una larga y gloriosa tradición de honor, de abnegación heroica, de virtud varonil. La situación del marino embarcado, sobre todo en tiempo de guerra, es la vida jugada á cara ó cruz. Allí el deber no es materia divisible, que pueda cumplirse á medias, como en tierra, alguna vez; en la hora solemne, hay que echar el resto, sacrificarlo todo, so pena de caer cien grados bajo cero. ¿Qué significaría una marina de parada, cuyos galoneados jefes no supieran resistir á la tentación de divertirse en tierra, mientras que el enemigo ronda en acecho alrededor de la desertada nave? ¿Qué oficial sería aquel que, en el supremo instante del desastre, no se acordara de su rango, sino para separar su suerte de la de sus hombres, y, con tal de salvar el pellejo, abandonara la tripulación en su *épave* desahuciada? Sin duda, la alternativa es terrible; pero eso mismo es el principio y el fin de la noble carrera. El navío de guerra es un claustro heroico: no entréis en esa religión ó romped vuestros votos, si no os sentís con la vocación sublime; pero, mientras estéis allí, depositario de la bandera patria, cualquiera debilidad humana, cualquier resabio de egoísmo puede arrastraros al abismo.

Aquí, la catástrofe fué instantánea y terrible. De las versiones varias que he recogido en Caldera y otras partes, parece resultar que la oficialidad del *Blanco* estaba en tierra, esa noche, fraternizando con los voluntarios de Copiapó, cubiertos de flores por las señoras entusiastas. Se dice que omitieron tomar las precauciones más elementales; la *Lynch* pudo acercarse para intentar su ataque. La alerta fué dada por el primer torpedo lanzado: era demasiado tarde; con

el sexto, que dió en el centro, la nave se fué á pique. Me hablan de ciento ochenta muertos, además de la pérdida del acorazado que, entonces, pudo ser decisiva. Creo que el comandante, bien emparentado, ha sido ascendido después del triunfo de los congresistas... Pero no tomemos microscopio para mirar la paja en el ojo ajeno.

El bote llega sobre el *Blanco* á pique. La admirable transparencia del agua deja ver, á tres metros, todos los detalles del coloso volcado en el flanco: el casco de acero, las baterías y troneras abiertas, la cubierta rajada. El blindaje verde-azulado, como chapeado de escamas oscuras, está invadido por incrustaciones de mariscos: toda una población sub-marina hormiguea allí, alimentándose todavía con vestigios humanos que no han acabado de disolverse en el entrepuente y los camarotes. Millares de sardinas, ágiles y negruzcas, bullen alrededor del anzuelo: se las ve, como por el cristal de un *aquarium*, precipitarse y engullirlo sin que la experiencia de días y semanas «entibie su ardor». El pescador levanta su caña metódicamente, á ciencia cierta, casi sin mirar si está el pececito enganchado en la punta. Me arrima su cesto lleno para que escoja, diciendo á media voz: «Elija usted las más aceitosas». ¡Aceitosas!... Procuro reaccionar en obsequio del positivismo: repetirme que, según las doctrinas más flamantes, tal es el *circulus* de la vida universal, nutriéndose el hombre con lo que vive del hombre; y que, diariamente, trago sin verlas otras y peores combinaciones... Me hallaréis melindroso y repulgado; pues bien, decididamente, á pesar de Darwin y su escuela, no probaré las sardinas «aceitosas» de esta nueva Bahía de los Difuntos.

La visible decadencia de Caldera es toda de rechazo, como fuera mero reflejo su rápida prosperidad. Por sí misma, nunca valió gran cosa; pero era la puerta de Copiapó — ese efímero Potosí de la provincia de Atacama. Si estos ingenios huelgan y no se escapa el humo de las altas chimeneas; si esta línea férrea que serpea en la montaña — y fué la primera de la América del Sud — no alcanza á la décima parte de su antiguo tráfico, es porque las minas de Copiapó

están broceadas. Medio siglo atrás, este árido distrito chileno fué una pequeña California de la plata. Afluyeron emigrantes y aventureros; la aldea capital recibió un empuje de crecimiento increíble; poblóse este desierto, donde, al principio, el agua era más escasa que el precioso metal. Aquí se recogieron, en pocos años, las grandes fortunas de Santiago. Centenares de argentinos acudieron de las provincias andinas, Catamarca, Tucumán, Salta, y, tras ellos, el grupo de los proscriptos de Rosas.—Un antiguo vecino con quien almuerzo (en un caserón vacío, que con voz muda refiere la pasada opulencia), me habla familiarmente del abogado Rodríguez, de Alberdi, del doctor Tejedor que, entonces, enseñaba en el colegio local, un cúmulo de materias — además del francés! También conoció mi huésped á Sarmiento, fantástico mayordomo de la mina *Colorada*, de donde tuvo que salir por «incapacidad»; todo marchaba á la desbandada, en tanto que el escritor en ciernes incubaba al *Facundo*, y que el futuro grande hombre soñaba con Buenos-Aires libertada y feliz.

Debería escribir algún poeta — como lo ha hecho Bret Harte para su California — la historia psicológica y real, mezcla de cálculos, experimentos y leyendas supersticiosas, de estos modernísimos Argonautas... Estimulo á mi huésped, y veo encenderse sus ojos apagados, al hablar de panizos y de derroteros perdidos. La historia de Juan Godoy, el descubridor de Chañarcillo, — cuya estatua se alza en Copiapó, — es un verdadero cuento oriental, una transcripción realista y pintoresca del inolvidable Ali-Babá: nada le falta, ni la caverna, ni los burros cargados de plata, ni la mujer reveladora — ni los «cuarenta ladrones»!

La tradición es ingeniosa é interesante: os la referiré menudamente, alguna noche de invierno. Se han recogido en los *Folk-lore* las leyendas de la selva y del mar: las de las minas son más locales, menos nómadas y trashumantes. Algunas se conservan, en Chile y el Perú, desde los tiempos incásicos. Los genios de la tierra, los Nickels y Kobolds de las grutas subterráneas, no han sido inven-

tados todos en Alemania ó Escandinavia : se los encuentra en la Cordillera, más reales si no tan antiguos. La superstición moderna se ha ingerido en el mito. Así, después de los monstruos fabulosos, comunes en todos los tiempos y regiones, que guardan los tesoros ocultos, aparece aquí la india centenaria, la bruja que todo el mundo ha conocido : Flora Normilla, la madre de Godoy, Carmen Ollantuy y cien más, que encierran su secreto bajo una fórmula enigmática, reservando su descubrimiento para algún Edipo de corazón valiente y espíritu sutil.

Por lo demás, quien ha bebido, beberá. Y son innumerables los antiguos mineros de Caldera y Copiapó que, semejantes á mi huésped, no se han resignado á la ruína, creen firmemente en una vuelta de la fortuna, y, después de perder su resto de vista en escudriñar los polvorientos archivos de las capillas y escribanías, dan al fin con el buscado derrotero, transmitido bajo juramento por un moribundo : invierten entonces sus últimos pesos en expediciones y cateos, en procura del famoso *Reventón del Zorro*, fácil de reconocer por una serie de cruces profundamente marcadas á cuchillo en las rocas del sendero, y que viviente alguno volvió á encontrar, ni acaso vió jamás... Después de todo, esa poesía inculta é inarticulada vale más que la nuestra, artificial y vacía como una cavatina : sea cual fuere su sueño en la tierra ; dichosos los que sueñan, pues vivirán consolados de la realidad !

Antofagasta.

Bahía, puerto, ciudad : todo ello se sigue y se parece bastante, salvo que aquí la bahía está completamente abierta, el mar siempre picado, y las casas parecen más numerosas y pintorreadas que en las villas del sud. También Antofagasta es un producto minero, y muy reciente : fué el descubrimiento de Caracoles, hacia 1870, que improvisó, puede decirse, la población actual. Recuerdo las expediciones de ganado por los valles de Salta, los gruesos *dieces* de plata que

rodaban por allá, entre troperos y arrieros. La vena pingüe se agotó pronto; muchos que acudían desde lejos llegaron tarde. La marea ha bajado y el distrito minero ha perdido mucha población. Con todo, Antofagasta no ha sufrido la suerte de Caldera, gracias á su ferrocarril á Huanchaca — otro Caracoles — y á Oruro, en Bolivia.

También hay salitreras que empiezan á producir. Pero es en Tarapacá, donde se debe observar lo que puede hacer un solo producto exportable con un abominable desierto: Iquique es Nitrópolis. — Aunque la actividad es aquí notablemente menor, como, al fin y al cabo, los procedimientos son idénticos, apenas desembarcado, monto á caballo para ver de paso la elaboración del salitre. Los vagones llegan en convoy, bajando la montaña, y descargan la materia bruta, el *caliche* rojizo, al pie mismo de los aparatos de tratamiento. Sucesivamente triturado, cernido, anegado, el producto disuelto pasa á hervir en grandes calderas sobrepuestas; este líquido decantado deposita la substancia terrosa en el fondo de los defecadores, pasando luego á la evaporación para cristalizar. Vuelve á bajar por una cadena cargada con grandes cangilones, como de draga; luego se expone al sol en estrechas regueras donde se completa la cristalización. Esa nieve reverberante se recoge con pala y se despacha en bolsas á Europa y Estados-Unidos; es lo que comemos, transformado en trigo y legumbres.

Es domingo, y, además, este día marca un aniversario memorable en los fastos locales: la fiesta de los bomberos! La ciudad entera está de pascua. Encuentro al Intendente de la provincia — un hombre de mundo, inteligente y cordial — de gran parada, con la banda roja y blanca bajo el frac. Todas las compañías de bomberos están bajo las armas; hay cinco ó seis que rivalizan en lujo de uniformes guerreros, de estandartes multicolores, de cascos resplandecientes. Chilenos disfrazados de yankees, italianos de *bersaglieri*, ingleses de *horse-guards*, alemanes con cascos de punta y anchas barbas de Gambrinus, se disputan la palma de la actividad entusiasta. Pero todos se eclipsan ante los dálmatas. Rasgo curioso: esos eslavones

forman allí un grupo compacto y obstruyen, con su inevitable *vich*, las muestras de la ciudad. Han pedido y obtenido el privilegio de sustituir el pendón austriaco por su vieja bandera provincial cruzada de emblemas, y, con orgullosa satisfacción, la despliegan al viento, blanca y triangular, cual vela levantina. Vamos á la iglesia en corporación; las bandas estallan al mismo tiempo que las campanas echadas á vuelo. En seguida, bajo un rajante sol de montaña, que nos deja helar en la sombra, todos los notables — de que formo parte — rodeando al Intendente, apoyados á la veranda del palacio de tabla, asistimos á los ejercicios y al desfile de los bomberos.

Después de trepar á las escaleras y repetir infatigablemente las mismas maniobras, pasan al frente de las autoridades, tiesos, marciales, combando el pecho, enganchados á sus bombas relumbrantes, satisfechos y gloriosos como el regimiento de Madrucio (1). — Hasta estos últimos años, Antofagasta, como el resto del litoral, no disponía sino del agua destilada : naturalmente, quedaban sus habitantes reducidos á la « porción congrua ». La institución languidecía, poniéndose sombría la vida. Pero tanto se forcejó que se dió con el agua. Una compañía ha captado un arroyo en la montaña y lo trae al puerto, atravesando treinta leguas de cañería. ¡Qué entusiasmo, entonces, qué febril impaciencia, al acecho del primer siniestro que se hacía esperar! Y cuando estalló por fin ese incendio providencial ¡ qué irrupción de salvataje, cuánta bomba en batería, cuanta agua! *Que d'eau!*... — Lo mismo sucede en Santiago y Valparaíso; pululan las compañías de bomberos voluntarios : es una vocación irresistible. Conviene agregar que cumplen valientemente su deber, sin hacerse esperar ni quedar alardeando en las aceras. Bastante los he visto en función, allá, donde regularmente se producía un incendio por noche — á veces dos!

¡Al fin, solos! El Intendente arroja sobre un sofá su frac y su banda oficial; el capitán del puerto — un teniente de navío, ins-

(1) V. HUGO, *La Légende des siècles*.

truido y amable — desabrocha espada y charreteras, y corremos al almuerzo. Dos buenas horas de charla. El Intendente, jovial y decidor, no agota sus anécdotas sobre la revolución, los Estados-Unidos que conoce á fondo, los *collas* que, al apearse de sus cumbres, quedan aturridos y entusiastas ante el primer palmito blanco que les sale al paso, — en cualquier venta que, como Don Quijote, « imaginan ser castillo ». Hacia el champagne, también el capitán acaba de desabrocharse y me desliza *sub rosá* confidencias estupendas sobre el reverso de la campaña congresista...

Pero ha pasado la hora del reembarco. Un empleado del Resguardo nos avisa que el comisario del *Laja* reclama la salida. — « ¡Cómo, su despacho! que espere el bote : saldréis con el señor, cuando concluya... » Pasa otra hora; al fin, levantamos la sesión y me embarco en la falúa de la capitania, con una mar alborotada — así es casi siempre en los puertos del Pacífico — que no mueve al vapor en su fondeadero. Y ante los oficiales y pasajeros furiosos del retardo, me guardo muy bien de hacer alusión á mi calaverada bombo-gubernativa.

Al salir de la bahía de Antofagasta, doblamos la punta Angamos, en el extremo de una arista pedregosa. Á derecha é izquierda, pelícanos enormes, con su ancho pico de teja y su « coto repugnante », como dice Musset, puntean el mar con sus manchas parduscas; vuelan torpemente, rasando las olas y dejándose caer como piedras para asir el pez entrevisto que se les ve engullir. Una asociación de ideas me recuerda las sardinas de Caldera. Aquí fué capturado el *Huáscar*, después de muerto el almirante Grau, doble desastre igualmente irreparable para el Perú.

En esta guerra, los peruanos tuvieron á Miguel Grau, lo mismo que los chilenos á Arturo Prat. La diferencia — aparte los quilates personales de que no soy juez — entre uno y otro, consiste en que Prat fué ante todo un ejemplo, un símbolo, mientras que el otro era una fuerza efectiva, la mejor carta del Perú en esa desesperada partida. El marino peruano fué grande por su vida como el chileno por

su muerte. ¡Invencible tendencia idealizadora de las muchedumbres! Arturo Prat, cuyo supremo sacrificio — contra todas las versiones enemigas — debe ensalzarse como un rasgo de heroísmo igual al del caballero d'Assas, no tuvo más página saliente en su vida que su fin sublime. Con todo, aparece más grande que su émulo, quien, durante meses, bastó á detener su patria en la pendiente del abismo. Prat es *simbólico*, y como tal quedará en la imaginación popular, mucho después que el combate de Iquique y toda la campaña estén casi olvidados.

Para apreciar la magnitud del desastre aquí sufrido, es menester recordar que, hasta hoy, entre las naciones del Pacífico no existe más camino que el océano: quien es dueño del mar se adueña de la tierra. La campaña naval, pues, fué la base y condición de la guerra; no pudiendo ser la terrestre más que su consecuencia y conclusión. He ahí porqué el concurso de Bolivia — aunque fuera efectivo — tenía que ser de escasísimo valor; y por qué también, en caso de una guerra argentino-chilena, las condiciones del triunfo serían del todo distintas. — Á pesar de su ejército inferior y de la pérdida reciente del *Independencia* en Punta Gruesa, mientras que el Perú conservó su rápido monitor para proteger sus convoyes, atacar los de los chilenos y forzar los bloqueos, pudo tentar la fortuna. Después de Punta Angamos, el densenlace era sólo cuestión de tiempo y sangre vertida. El ejército chileno podía elegir su hora, su punto de desembarco, bombardear y saquear el litoral, sin temer una sorpresa ni ver cortadas sus comunicaciones. — Todas las publicaciones especiales han celebrado las atrevidas correrías de ese pequeño *Huáscar*, que vino á ser un enemigo temible, debido á su agilidad y la audaz pericia de su comandante. Sorprendido, aquí mismo, entre los dos blindados *Cochrane* y *Blanco*, se defendió desesperadamente. Derribado y muerto Grau en su torre de mando, por un obus del *Cochrane*, tres ó cuatro oficiales le sucedieron en pocos minutos y cayeron á su vez. El *Huáscar* fué tomado en momentos de irse á pique, cubierto de cadáveres y heridos...

Cuando se vuelve á ver al monitor ahora chileno, tan menudo al lado de su enorme adversario, se admira al vencido aun más que al vencedor. Saludemos con un recuerdo á los valientes de uno y otro bordo, que cayeron entonces donde pasamos hoy.

Iquique.

Nadie sospecharía, por el aspecto, que estamos ya en territorio legítimamente peruano, y otros que el enemigo hereditario—*Erbfeind*—podrían engañarse de buena fe. Es siempre la misma costa á la vista, árida y desierta entre dos puertos distantes, sin una mancha verde en que pueda asentarse la errante fantasía. Todo llega á cansar, hasta el mar sereno y el cielo azul; y tenemos gana de pisar esa nitrosa arena de Tarapacá, cuya capital surge alegremente de la ténue bruma matutina, rasgada por el primer rayo del sol. — Á la distancia, se manifiesta ya la importancia industrial de Iquique: los muelles cubiertos de vagones penetran en el puerto, hasta el fondeadero donde numerosos buques están cargando, — entre ellos el magnífico velero de cinco palos *La France*, uno de los mayores del mundo, especialmente construído y dispuesto para el transporte del salitre. Por la falda abrupta de la montaña, trepa atrevida la línea férrea: los trenes se suceden con breve intervalo, todos cargados de caliche: contamos hasta seis que bajan juntos, uno tras otro. Las altas chimeneas de los ingenios derraman en el aire vibrante sus penachos de humo, que dan la ilusión de nubes lluviosas.

Las autoridades del puerto se hacen esperar, y los pasajeros chilenos tienen tiempo sobrado para devanar el doble relato histórico que tuvo en esta bahía su trágico escenario. En el punto mismo donde nuestro *Laja* ha fondeado, es donde la corbeta *Esmeralda* fue echada á pique por el *Huáscar*: Arturo Prat cayó en la misma cubierta, á la vista de Grau que no le pudo salvar. El mismo día, un poco más al sud, en Punta Gruesa, la cañonera *Covadonga*, acosada por la *Independencia*, atrajo á ésta sobre rompientes donde se perdió. Por

fin, es muy sabido que Iquique fué el punto de reunión de las fuerzas revolucionarias y el asiento del gobierno congresista que venció al presidente Balmaceda... Toda esta costa del Pacífico está sembrada de recuerdos guerreros, y, á manera de las grandes familias arruinadas, compensa con su nobleza la indigencia del aspecto físico. En general, la inferioridad de los paisajes americanos, comparados con los europeos, proviene de estar desnudos de esas huellas humanas, que orientan y llaman hacia lo pasado nuestra imaginación. Aquí, la historia es de ayer, pero tan patética, que no requiere perspectiva para ostentar grandeza.

La nueva Iquique es muy reciente, y queda algo de infantil en su alegre decoración: parece una soñada ciudad japonesa de tabla pintada, casi de cartón, cuyos tabiques se vendrían al suelo si les arrimara el hombro « mi hermano Yves ». Cada casita es un esmerado juguete, con veranda, perístilo de barnizadas columnas. Las azoteas soportan un doble techo abierto para pasar la siesta, al resguardo del implacable sol, en este clima mineral que no conoce la lluvia. La playa está cubierta de garitas: el aire es tan seco y tan tibia el agua, que los extranjeros se bañan afuera el año entero. Toda la ciudad tiene el aspecto exuberante y rico de una población minera en su apogeo: las calles enarenadas revelan cuidado y limpieza exóticos; los almacenes y tiendas, llenos de mercancías costosas, rebosan de compradores: chilenos tostados, cholos lampiños, extranjeros rubicundos, señoras de estrepitosa elegancia. Donde quiera, hieren la vista, por las abiertas ventanas, los muebles y cortinados lujosos. El salitre da para todo — hasta para los frecuentes incendios, que arrasan periódicamente manzanas enteras de estas frágiles construcciones. Oigo decir que la misma arena de las calles, mezclada de salitre, se ha incendiado alguna vez! Lo cierto es que las compañías de seguros perciben el diez por ciento.

La plaza es bonita y risueña, con su iglesia esbelta y sus calados, kioscos. Los carruajes de alquiler son numerosos y mejores que en Santiago — lo que, á la verdad, no es mucho decir. Se respira un

ambiente de bienestar, la anchura de la vida rumbosa, el dinero que fluye abundante y fácil — en desquite de la rudeza del trabajo. El mes pasado, el banco de Iquique puso en jaque á los grandes establecimientos de Valparaíso. Almuerzo en casa de un caballero peruano, un tanto argentino, de cuya acogida cordial guardo recuerdo: servicio rico y correcto, buena cocina, cuatro ó cinco vinos legítimos. Hemos entrado de paso y nada se ha preparado. La casa está bien puesta: comfortable, aunque flamante; en el piso alto, un espacioso escritorio lleno de cuadros y libros. El dueño de casa, inteligente y cultivado, es el consejero y árbitro autorizado en negocios salitreros. Ha escrito folletos técnicos, y una excelente *Geografía de Tarapacá*; pero se interesa en otras cosas que la « salitrería »: por ejemplo, en las urdimbres políticas de Piérola, para quien me da una carta que pongo en mi cartera, junto con la que llevo desde Buenos-Aires para Cáceres.

El centenar de fábricas en actividad — pertenecientes casi todas á compañías inglesas — han exportado el año pasado cerca de 20 millones de quintales métricos de nitratos elaborados: podrían producir el doble sin temer que, antes de un siglo, se agotara la zona explotable. Pero la demanda actual del abono no pasa de esta cifra. Mi huésped, adversario de la « inflación », ha combatido la formación de compañías nuevas y sindicatos monopolistas. Por esta sola fuente de exportación, sin contar el guano y el yodo, percibe el fisco unos veinte millones de pesos: es lo más limpio de la renta chilena; y se comprende cómo el exquisito cuidado del gobierno, en plena guerra, fuese « organizar provisionalmente » el territorio que *sponte sua* no evacuará jamás.

Tarapacá es el reino mineral: la única planta que allí existe es fósil: el tamarugo, que da su nombre á la pampa salitrera del Tamarugal. Aunque el agua abunda ahora, desde que una sociedad la trae de un valle andino, ningún árbol prospera en la arena hostil que absorbe el líquido — como por una criba — sin humedecerse. Fuera de la plaza principal, donde languidecen algunos pinos

raquíticos, no se ve rastro de verdura en los patios y paseos. Recuerdo esa región de ensueño, en que nos transporta el poeta de las *Flores del mal*, — llena de mármoles y agua vivas, pero donde las piedras preciosas reemplazan á las flores y follajes. Por eso, en Iquique, se tiene como excursión predilecta ir á Cavanha, á beber tisana de champagne bajo un kiosco, donde un europeo ha realizado el prodigio de hacer crecer algunas flores, dentro de un metro cúbico de tierra vegetal importada! Esos rudos trabajadores, americanos y europeos, después de sus faenas en la mina y el escritorio, ejecutan el invariable programa de recorrer tres kilómetros de desierto, en carruaje ó en tramway, para aspirar la débil fragancia de algunas rosas y gardenias, que crecen precarias y enfermizas, como niños en un asilo...

Continúa la navegación ; los puertos y escalas se suceden, pero el interés decae : se parecen demasiado unos á otros. Después de Iquique, he aquí á Pisagua : una muralla de conglomerados arcillosos de un millar de metros, á pico sobre la estrecha playa en que la aldea cuelga sus graderías ; un borracho que tropiece ha de rodar hasta el mar. Los chilenos tomaron por asalto esa cresta coronada de defensas bolivianas : es de una audacia inaudita — un irreflexivo heroísmo de araucanos. Con todo, uno se dice que, puesto que la guerra existe, así es como se debe hacer. Son esos golpes de loca intrepidez los que desconcertaron á los aliados — sobre todo á los bolivianos, que pronto abandonaron la partida. Un antiguo oficial — chileno, por cierto — me cuenta que algunos pobres cholos, desbandados, sableados por la espalda, se daban vuelta para gritar á los *rotos* feroces : *No sea usted grosero !...* El dicho caricatural es el residuo y la cruel moraleja de la campaña.

Arica viene en seguida ; pero llegamos al anochecer para alzar anclas dos horas después. No bajo á tierra y doy las gracias al gobernador melómano, que había pedido por telégrafo que nos preparasen caballos para trepar al Morro. — Como un soldado que custodia una

pastora, encima de la ciudadita de ópera-cómica, se yergue la masa prismática, inaccesible, duramente destacada en el crepúsculo gris. El grupo de las habitaciones tiene un encanto casi artificial. No parecen de verdad, esas casitas abigarradas, esa capilla gótica extra-florida, ese espacioso *chalet* que resulta una aduana : todo aquel oasis en el desierto pedregoso, con árboles reales cubiertos de hojas verdes que no son de zinc ! Todo ello se exhibe muy flamante, — y vienen á la memoria los terremotos, las espantosas marejadas ciclónicas que azotan á las poblaciones y les impiden envejecer. — Luego, un islote fortificado vuelve á traer otra nota trágica ; los ojos se clavan en ese morro fúnebre donde, esta vez, la defensa fué tan encarnizada como el ataque ; allí unos y otros se batieron furiosamente. Después de rechazar la capitulación con los honores de la guerra, el coronel Bolognesi y casi todos sus jefes cayeron, muertos ó heridos ; — incluso el comandante Sáenz Peña, que se granjeó allí — merecidamente — el rencor indeleble del vencedor.

Después de Arica, las aldeas peruanas despiertan escaso interés : la costa está lejana, á veces difícil de alcanzar con estas canoas chatas, en que los indígenas traen frutas á vender. Hombres y mujeres llevan el desairado sombrero oval, tal cual se encuentra en las pintadas figuras de otros siglos... Después de Ilo y Mollendo, — donde embarcamos á una parisiense de Puno, y un marsellés de La Paz, — Pisco despliega su ancha vega verdeciente. Por algunas escotaduras azuladas, se entreven los valles umbríos, plantados de cañaverales y viñedos — los que producen el aguardiente famoso en todo el litoral. Algunas casas blancas, campanarios, chimeneas de ingenios emergen de los follajes. Llegan mujeres en piraguas, como en los tiempos de la conquista ; y con los mismos modales humildes y suaves que sus abuelas gastaban con los españoles, nos brindan frutas de la región, bananas, paltas, tejas de cidra en confite, pasas de sabor exquisito — casi de balde. ¿Qué vale la fertilidad asombrosa del suelo, si está muerto el comercio, y, como ya en Lima, falta la salida que desarrolla la producción ?

La navegación se torna ya cruelmente monótona; se vuelve apenas la cabeza para ver pasar las islas Chincha : tres gruesas rocas cubiertas de guano, á cuyo alrededor pululan los pelícanos y cuervos marinos, como para demostrar el origen animal, largo tiempo discutido, de ese abono, hoy casi agotado y sustituido. La vida de á bordo gravita pesadamente sobre las frágiles relaciones de ayer; ya nadie se busca, ó muy poco : basta con encontrarse regularmente en la mesa y sobre cubierta. Con tanto rozarse, los cuerpos que se han cargado con la misma electricidad, tienden á rechazarse mutuamente.

Como el primer día, vuelve á buscarse la soledad disolvente y triste, en que el alma, según la deliciosa imagen de un drama indio — *Çakuntalâ* — que me persigue, « vuela hacia atrás, como el pendón del soldado que camina contra el viento ». Dos días, un día aún... Divisamos, por fin, al través de la niebla matinal, algunas aldeas encaramadas en la costa : Chorrillos, Miraflores, nombres antes risueños, hoy fúnebres ; algunos fuertes se alzan en torno de una ancha bahía de agua lechosa ; luego, torres, campanarios, edificios apiñados : una gran ciudad entrevista por entre una selva de mástiles, en una dársena con circuito de piedra. Es el Callao : ya era tiempo ! Al saltar en tierra, caigo en los brazos de García Mérou, y, unos minutos después, volamos hacia Lima.

P. GROUSSAC.

(Continuará).

FILOLOGÍA AMERICANA

LULE Y TONOCOTÉ

« Esta lengua, dice el P. Machoni, es propia y nativa de cinco naciones, muy numerosas, que son: tonocoté, lule, isistiné, tokistiné y oristiné; sólo la primera tiene hoy más de cincuenta mil almas, y todas infieles, que viven en lo interior del Chaco, sobre las riberas del río Pilcomayo. »

¿Indicaban esos nombres algunas señales exteriores con que los individuos de una nación solían distinguirse de los de otras ?

La palabra *tonocoté* parece compuesta de los elementos *to-noco-té*. El primer elemento puede derivarse de *to-i-*, cuerpo, ó de *tó*, agua. *To-i-* es tema del nombre *to-i-p*. La *p* suele agregarse al final de sustantivos, como: *pelecé*, *pelecé-p*, el prójimo; de nombres derivados de verbos: *nicsaci*, deber. *nicsaci-p*, deuda; de los infinitivos para formar participios: *yaleci*, asar, *yaleci-p*, asado; de adjetivos, como: *pó-*, blanco, *po-p* y *poó-p*, etc.

La *p* es adjetivo posesivo y significa *suyo*. Puede ser el resto del nombre *pé*, padre, hombre, gente, etc., y suele alargarse en *pe-lé*, por medio del sufijo *le*, del cual se usa y abusa en este idioma.

La abreviación de *to-i-* en *to-* puede atribuirse al acento llevado

á la última sílaba, que influye en la disminución del tiempo en la pronunciación de las primeras.

El elemento *-noco-* significa, según el P. Machoni, *chaguar* (del quíchua *chahuar*, cabuya, cuerda hecha de la fibra de la planta y también la planta misma), agave americano ó *caraguatá*.

El elemento *-té* es pronombre demostrativo y significa *este, aquel*. Aceptando esta etimología, *to-nocoté* significa: «el que tiene cabuya alrededor del cuerpo». Si el primer elemento fuera *tó*, agua, significaría «el del paraje del agave situado cerca del agua».

¿Vivían los tonocotés en algún paraje donde abundaba esa planta, cerca de algún río ó de alguna laguna? ¿Llevaban *tatuado* algún signo del color ó imitando la flor ó las hojas de la planta en alguna parte del cuerpo? ¿Tenían como distintivo algún adorno hecho de aquella planta textil?

Tokistiné (me sirvo de la *k* delante de *e, i*, en lugar de la *qu-*, sin alterar la pronunciación) parece compuesto de *tocó-is-ti-inhé*. El primer elemento significa *cabeza*; el segundo se deriva de *isé*, hueso. La *s* es fuerte y corresponde á una *ss* doble, según se advierte en *missa*, del español *misa*, que los tonocotés no podían pronunciar en la forma suave que le es propia y el P. Machoni transcribe doblándola.

El elemento *ti* significa *tener y hacer*. El primer significado se encuentra en el verbo defectivo *ti-tó*, cuya final es un sufijo usado en la formación de varias palabras: *meke-tó*, de *meke-i* y *mekés-p*, así, también, como; *ayetó*, lejos, etc. El segundo significado es propio del verbo *ti*, infinitivo *ti-i*, hacer, construir, formar. El elemento *-iné* parece derivado del nombre *inhé*, brazo. La *h*, en el vocabulario del P. Machoni, no representa papel ninguno, por cuanto este autor la emplea y suprime á su antojo en las mismas palabras, como *uoo* y *uohó*, año.

Tocó isé, significa en tonocoté *calavera*, literalmente «hueso de la cabeza»; *tí*, hacer ó tener; *inhé*, brazo: de suerte que *tokistiné*

significa, según esta etimología, « el que hace ó tiene calavera (ó calaveras) en el brazo (ó en los brazos) ». Consigno estas variantes en atención á que los nombres tonocotés no siempre llevan *-el* ó *-l* como signo de plural.

¿Llevaban algunas calaveras de hombres ó animales en uno ó ambos brazos? ¿Eran *tatuadas*? ¿Eran calaveras reales?

Oristiné contiene un error evidentísimo. En tonocoté no existe la letra *r* que se suple por la *l*. Así, *rezar* se pronuncia *lezal*, *Pedro* se pronuncia *Pelo* ó *Peilo*. De igual manera *oristiné*, pronunciado por los naturales, debía ser *ol-istiné*, y en esta forma debe escribirse, si se quiere seguir las reglas fonológicas del idioma.

Ol-is-tiné parece ser derivado de *olo-*, « pluma », « plumaje » y de los demás elementos analizados en la palabra anterior. Aceptando esta etimología, *ol-is-tiné* significa « el que hace ó tiene huesos de plumas en el brazo ó en los brazos ». La denominación *huesos de plumas*, ó sea los astiles sin barbillas, no es tan extraña al idioma tonocoté, según á primera vista pueda parecer, pues la forma y consistencia del astil de la pluma, podía haber sugerido á los naturales esa idea. Lo cual es tanto más aceptable, cuanto que responde á la regla general de la formación de los nombres: *zo-cuél*, hijas de arriba, *estrellas*; *tó-umué*, madre del agua, *mar*; *zu-cuél*, hijas de los ojos, *pupilas*, etc.

¿Llevaban los *ol-istinés* en uno ó en ambos brazos astiles de plumas, como signo distintivo de la tribu? ¿Eran reales? ¿Eran *tatuados*?

Is-is-tiné se compone de los mismos elementos de las palabras anteriormente analizadas, con la repetición de la sílaba *is-*. Esta duplicación y á veces triplicación de la misma sílaba, responde á intensidad y aumento de objetos y de acción de la misma clase y naturaleza. Así, del tema *oc-i*, bajar, se forma *oc-oc-i* y *oc-oc-oc-i*, bajarse mucho, acechar, atisbar muchas veces.

Aceptando esta etimología, *is-is-tiné* significa «el que lleva muchos huesos en el brazo ó en los brazos».

El nombre *lule* puede derivarse de *llu-lé* ó de *elu-lé*. El primero se compone de *llu*, diente y del sufijo *-le*, de que he hablado más arriba. El segundo consta de *elú* ó *ellú*, pie y del mismo sufijo *-le*. La sílaba *llu* debe pronunciarse *lu*, con *l* fuerte, desde que el P. Machoni escribe indiferentemente *elú* y *ellú*, no teniendo los indios tonocotés el sonido de la *ll* española en su idioma.

Si se acepta la primera etimología, *lule* significa «el de los dientes»; aceptando la segunda, quiere decir *calcañar*.

El señor P. Groussac, en su *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, páginas 9 y 10, dice lo siguiente: «En cuanto al nombre *Lule*, encontramos su etimología en *llu*, diente y *le* que, pospuesto al sustantivo, es partícula genérica de ablativo, según Machoni: *llu-lé* quiere decir *los dentones*, como otras tribus del Chaco se llamaron *frentones*, *orejones*, etc. Puede también que aquel nombre les viniera del *barbote* que llevaban, el cual es una especie de botón adherido á un palito ó hueso que atraviesa el labio inferior.»

Esta etimología, fundada en una costumbre de la tribu, es más aceptable que la derivación de *lule* de la palabra *elule*.

Del anterior análisis etimológico se desprende que las cinco naciones de que nos habla el P. Machoni, eran en principio una sola, que se dividieron luego en tribus distintas, cada una de las cuales tenía una señal, propia de la tribu, y que, formando agrupaciones numerosas, vinieron á ser con el tiempo naciones separadas é independientes. Esta suposición es tanto más aceptable, cuanto que un solo idioma les servía de medio de comunicación, pertenecían á la misma raza y vivían en la misma zona, más ó menos extensa, entre el Pilcomayo y el Bermejo.

La unión de los elementos de las palabras analizadas en la forma expresada, tiene su fundamento en la formación de otras palabras tonocotés. El nombre *cué*, hijo, se une tan íntimamente con *umué*,

madre, que, suprimida la *e* de *cué*, las dos *u* que se encuentran, forman una sola vocal. De *cué umué* se forma *cu-umué* y luego *cumué* madre de hijos, ó sea mujer casada, esposa; como de *ti-inhé* se forma *tiné*. De *poóp*, blanco, se forma *póp* y de *apohó*, *apó*, buscar. En este último ejemplo la *h* desaparece y, del mismo modo que de *apohó* se forma *apó*, de *ti-inhé* se forma *tiné*.

Esto prueba que la *h* no es un signo ortográfico constante y fijo, sino una simple aspiración, que algunos naturales pronunciaban y otros suprimían, por lo cual, el P. Machoni á veces escribe y otras suprime. Igual contracción se advierte en *peleécs*, cambiado en *pe-lécs* y en *cumue-él*, abreviado en *cumuél*.

Podemos establecer, en vista de los casos anteriores, las siguientes reglas generales de fonología:

1^a La *h* es simple aspiración, de carácter inconstante y mutable;

2^a La *é* final de algún prefijo suele suprimirse en la composición de las palabras;

3^a Dos vocales de sonido igual, al encontrarse en la palabra, suelen contraerse en una sola;

4^a La repetición de dos raíces, temas ó palabras, tiene en el nombre un significado numéricamente aumentativo y en el verbo un sentido intensivo ó frecuentativo.

Como las lenguas indígenas han sido recogidas de la viva voz de los naturales, quienes las subordinaban á su propia manera de pronunciar las palabras, la crítica filológica está en el deber de penetrar en el sentido íntimo de las palabras y de estudiar no sólo los elementos de que se componen, su formación y derivación, sino también las leyes á que obedecen los mismos elementos constitutivos de cada una.

Comprendo cuán ardua y laboriosa es la tarea de quien compone el vocabulario y la gramática de una lengua que carece de literatura escrita y se habla por un pueblo salvaje, que posee un caudal de

ideas pobres y primitivas ; pero, por la misma razón, conviene estrearse en la crítica, á fin de descubrir las leyes que rigen el idioma al cual se aplica. Los misioneros llevaban al salvaje un mundo de ideas totalmente desconocidas, una religión nueva, una doctrina fundada en preceptos ininteligibles hasta para los filósofos.

¿Cómo expresarlas en un idioma que carecía de palabras propias y cómo ponerlas al alcance de los salvajes?

De ahí lo arbitrario en la formación de las palabras, la incongruencia y la falta de sentido en algunas, los errores evidentes en otras.

Ilustraré la materia con algunos ejemplos.

El *cielo* cristiano es una concepción eminentemente filosófica y teológica.

Hay en tonocoté la palabra *zó* que significa *arriba*. Suele juntarse á los sufijos *-má*, *-tá*, *-lé* y formar los adverbios *zo-má*, *zo-tá*, *zo-lé*, arriba, de arriba, en la parte superior.

Con este adverbio *zó* se forman los verbos *zo-yepesi*, *zo-spesi*, *zo-epesi*, levantar lo caído, alzar lo que se ha derramado, lo que se ha echado al suelo ; *zo-lekii*, levantarse, etc. ; los nombres *zo-lóp*, lomo, es decir, la parte de la carne que está arriba, de *lop*, carne ; *zo-ellú*, el pie de arriba, la parte del pie que está arriba, es decir el empeine ; *zo-cuel*, hijas de arriba, es decir las estrellas, etc. De manera que el sentido de *zo* es adverbial y significa solamente *arriba*.

Los misioneros usaron de la misma palabra para expresar el *cielo cristiano*, y es de suponer que los indios más de una vez miraran hacia arriba, para ver lo que los sacerdotes les anunciaban.

La idea de *resurrección* es inconcebible para el salvaje, que no alcanza á comprender cómo un cadáver pueda volver nuevamente á la vida.

Hay en tonocoté la palabra *uató*, vida, de donde deriva el verbo *uato-ó*, vivir, pero carece esta lengua de palabras propias para expresar la idea de *resucitar*, de *revivir*.

De aquí la confusión que resulta de esta pregunta del catecismo del P. Machoni :

¿ Habiendo muerto, resucitó ?

El catecúmeno responde :

Có, Padre, uatoyatep, literalmente: Sí, Padre, había vivido.

Esta respuesta no sólo contiene una falta evidente de gramática, por el uso del pluscuamperfecto *uatoyatep*, en lugar del perfecto *uatonep*, sino que expresa la idea peregrina de que *antes de morir había vivido*, lo cual no dista mucho del raro fenómeno de M. de la Palisse.

Crear de la nada, según el P. Machoni, es en tonocoté *yahoho-ti*. Esta palabra se compone de *yahohó* ó *yaohó*, fácil, flojo, y del verbo *ti-* hacer, ya estudiado anteriormente. (Repito aquí que la aspiración *h* es completamente arbitraria en el vocabulario del P. Machoni). La palabra *yahoho-tí*, significa, pues, *hacer una cosa fácil*, lo cual dista mucho de expresar la idea de *crear de la nada*; antes bien, significa, en cierta manera, lo contrario de lo que se quiere expresar.

Hay también en tonocoté, la palabra *yauontiti*, todo poderoso (equivocación evidente, por *yauonti-tó* ó *yauonti-p*) compuesto de *yauon*, todo y el verbo *ti.* hacer, seguido del sufijo *to* ó *p*, de los cuales hemos hablado arriba. *Yauonti-ti* significa, pues, hacer todo y *yauonti-tó*, hacedor de todo ó el que hace todo, pero ninguna de las dos palabras expresa la idea de *crear de la nada*.

Para que esta idea hubiese podido expresarse correcta y precisamente, habría sido menester manifestar que *antes que Dios hiciera el mundo, no existía nada*, lo que equivale á la expresión filosófica « crear el mundo sin materia preexistente ». En tal caso el verbo *ti-*, hacer, puede bien manifestar lo de *crear* en sentido filosófico. Todas las palabras propias para la manifestación de esta idea se hallan en el idioma tonocoté.

Ensayemos la construcción de la frase. *Antes que* equivale á *yasiyató*. Debe cambiarse la expresión *Dios hiciera* en *Dios hizo*,

por no existir en tonocoté el imperfecto del subjuntivo, y decir *tinep*.

El mundo se traduce *uohó* ó *uohoté*, y la idea de *la nada* se expresa por medio de las palabras *usa-uyé* ú *os-uyé*, compuestas de *os*, *usa*, derivados de *ues*, cosa, y la negación *uyé*, no: es decir, *ninguna cosa*. El verbo *haber*, *ser* ó *estar* se traduce por el único verbo de significación substantiva, existente en tonocoté, que es *sit*, al cual podía darse la forma del pluscuamperfecto.

La frase sería la siguiente:

Yasiyató Dios uohoté tinep usauyé sítiatep; ó, haciendo preceder el segundo miembro de la proposición, podría decirse: *usa-uyé sítiatep* (ó *sítiatep*), *yasiyató Dios uohoté tinep*. Literalmente: *Nada había existido antes que Dios hizo el mundo*, lo cual implica exactamente la idea de *creación de la nada*, que por ninguna palabra puede ser expresada en tonocoté, siguiendo la gramática y el vocabulario del P. Machoni.

Inmortal está expresado por la palabra *ueci-cóp*, compuesta de *ueci*, muerte y *cop*, estéril, según se advierte en *uoho-cóp*, año estéril; *cue-cóp*, mujer sin hijos, estéril. La palabra *cop*, expresa, pues, la idea de *esterilidad*, de *privación* en general. Aplicando esta idea á *ueci*, muerte, resulta *ueci-cóp*, sin muerte, privado de muerte, es decir *vivo!*.... pero no se manifiesta la idea de *inmortal*.

Afeitarse expresa la idea propia de un pueblo civilizado. En vano se busca el equivalente de *navaja* en todo el vocabulario tonocoté. Esto prueba que los indios no hacían uso de este instrumento. Hay, empero, *caos-apsç*, *caocé-apsi*, traducido por *afeitarse*.

La palabra *caos* se compone de *caó*, derivada de *cauó*, barba, pelo, y del adjetivo posesivo *-ç*, derivado de *s*, mío, mía: *cao-cé* se compone de la misma palabra y del adjetivo posesivo *-ce*, tuyo, tuya.

Apsi, *apsç*, significa quemar, quemar: de manera que la primera frase significa «quemar mi barba ó pelo» y la segunda «quemar tu barba ó pelo». Esto prueba que el modo de afeitarse de los tonocotés consistía en quemarse la barba y el pelo, probablemente con un

carbón encendido (1). *Afeitarse*, pues, no responde á la idea representada por las palabras indígenas.

El verbo *santificar* no podía hallarse en el vocabulario tonocoté, pues, faltando la idea, debía faltar la palabra. Era necesario, sin embargo, que el catecúmeno dijera: *Santificado sea el tu nombre*, y el P. Machoni traduce: *Uetip-cé zukiátán*. La primera palabra está compuesta de *ueti-p*, nombre, y el adjetivo posesivo *-ce*, tuyo. *Santificado sea* está traducido por *zukiátán*, abreviado de *zukiatepán*, tercera persona del plural del pluscuamperfecto del indicativo del verbo *zuki*, besar. De suerte que *uetip-cé zukiátán* significa: *habían besado tu nombre!....*

Las ideas de *eterno* y *eternidad*, superiores á la inteligencia de los indios, debieron dar mucho trabajo á los misioneros. ¿Cómo hacerles comprender, en efecto, cierta idea de *tiempo sin principio ni fin*, que es lo que envuelve la idea de *eternidad*? Se recurrió al adverbio *uetó*, siempre, ó duplicando la palabra: *uetó uetó*, siempre, siempre, ó duplicando el sufijo: *ueto-tó*. Pero, la idea de «siempre» no equivale á la de «eterno», y era conveniente, sin salir del vocabulario tonocoté, servirse de un giro de palabras por las cuales se expresara la idea de «tiempo que nadie ha hecho y que dura siempre», para que los catecúmenos se dieran cuenta aproximada del sentido de la palabra, predicada por la nueva doctrina, saliendo del terreno de lo arbitrario y lo caprichoso, que no solamente se halla en la expresión de ideas abstractas, sino en la de ideas eminentemente concretas.

Yaptacas-p en tonocoté significa *zambo*, el que tiene las piernas torcidas, derivado del verbo *yaptacasi*, cruzar, torcer. De este mismo verbo se ha formado *yatacaps*, cruz (evidente error de imprenta por *yaptacas-p*, en el catecismo del P. Machoni).

(1) De igual modo se afeitaba Dionisio de Siracusa

Yapsaps, en el mismo vocabulario significa «señal hecha con el dedo» (error evidentemente tipográfico, por *tapsasp*, derivado del verbo *tapsapsi*, señalar con el dedo). *Tayulé* es preposición que significa «por». Con estas palabras el P. Machoni ha traducido *por la señal de la santa Cruz*, de la manera siguiente :

Yapsaps tayulé Santa yaptacaps-p, que significa literalmente: *Por la señal hecha con el dedo santa zamba!...*

Apercibido quizás del error, ó desconfiando del sentido de las palabras, traduce en el Credo: *Jesu Cristo Cruz-lé tacclacsiatán*, literalmente: «Habían clavado á Jesu-Cristo en la Cruz» sirviéndose de la palabra castellana en vez de la tonocoté *yapsaps* (ó sea *tapsaps*).

En vista de tantas inexactitudes de lenguaje y de ideas, me figuro el aturdimiento del pobre indio que veía desfilar delante de su inteligencia señales de dedos, santos zambos, muertos que antes habían vivido, nombres besados, vivos que no mueren, Dios que hace cosas fáciles, hombres que van á vivir arriba, en el aire, hombres que viven abajo... una máquina, en fin, capaz de volver el juicio al más sensato.

Al lado de tantas palabras arbitrariamente formadas, se han introducido muchas de origen genuinamente español, disfrazadas con el solo cambio de pronunciación.

El tonocoté carece de las letras *r*, *d*, *g*, *b*, *v*, *f*. Las letras *r* y *d* se suplen por medio de la *l*. Así se dice *lezal* por *rezar*, *telal*, por *telar*. Las *d* y *r* se cambian en *l*, como *Pedro*, *Pelo*; *Dios*, *Lios*. La *g* se suple por la *c*; *iclesia*, *iglesia*. La *b* y la *v* están representadas por la *u*, como : *uei* por *buey*; *uaca* por *vaca*. No hay ninguna palabra con *f*, y, si la hubiera, sería representada por la *p*, como en algunas palabras se verifica el cambio de *b* en *p*. Así *lobo* se pronuncia *lopo*.

Ahora bien; las palabras españolas *trigo*, *trapo*, *telar*, debían ser pronunciadas, como están efectivamente en el vocabulario del P. Ma-

choni : *teleco, talapa, talal*, y luego *talá* formando con este último, *tald-tipé* y *talá*, tela.

Esta propiedad fonológica del tonocoté y la aproximada semejanza fónica y ortográfica de algunas palabras indígenas con palabras europeas, han engañado á algunas etimologistas que, sin extremarse en la crítica, y más aún, descuidando los principios más elementales de la lingüística, se han aventurado á comparar vocablos tonocotés con palabras de la familia indo-europea.

Vale la pena de citarlos y examinar las comparaciones producidas.

En la introducción de la gramática lule y tonocoté del P. Machoni, reimpressa por el malogrado doctor Lársen (padre), se registran los siguientes :

TALA TIÇ, lat., *telam texere*.

NICÇAÇ, yo lavo ; griego *nipto*, francés *nettoyer*; español *neto*.

CUS, oído ; griego *acouó*; español *acústica*.

ENIS NAUA, tejido de araña ; lat. *neo*.

SUMA, chicha ; español *zumo* ; griego *zymé*.

NUS, hocico ; lat. *nasus*; español, *nariz*.

Examinemos brevemente estas comparaciones y veamos si en efecto tienen fundamento serio.

Se ha dicho arriba que de *telar* los indios formaron *talal*, como de *trapo*, *talapa* ; de *trigo*, *teleco*, etc., y como del nombre *talal*, formaron *tala* por *tela*. Estas palabras son reconocidamente españolas y sobre su origen no cabe duda alguna.

El verbo *ti-ç*, es primera persona de *ti-i*, hacer ; de manera que la *-c* es apenas una *ç* fuerte, resto del pronombre personal *kis*, yo. Desvanecida la *ç* (que engaña la vista hasta confundirla con la *x* de *texere*) por ser signo de la primera persona del indicativo del verbo *ti-i*, hacer, mal puede compararse este verbo con *texere*, el cual se deriva de la raíz TAK-, amplificada en TAK-S-, totalmente diferente de *ti-* raíz de *ti-i*, hacer, por el sentido y por sus elementos constitutivos.

La raíz *tak-s-* significa *torcer, entrelazar, y ti, hacer, formar*, que es totalmente diferente.

NICÇA-Ç es la primera persona del presente del indicativo del verbo *nic-ça-á*, que se escribe también *ni-zaá*, según se advierte en *tó ni-zuà*, bautizar ó lavar con agua. Las letras ç y z se confunden en el vocabulario del P. Machoni. *Ni-* y *nic-* son prefijos muy usados en tonocoté, que expresan la idea de *mano* :

LOCOÇP, blando ;

NIC-LOCOCI, ablandar con las manos ;

CIKIPSI, arañar con flecha ;

NI-CIKIPSI, arañar con las manos ;

SI-CALAMÍ, apretar con las rodillas ;

NI-CALAMI, apretar con las manos.

Siendo *nic-* ó *ni-* prefijos y *za-á* ó *çad*, radicales verbales, mal puede compararse *nic-çad* ó *ni-zaá* con el griego *nipto*, cuya raíz es *nig-*, abreviada de la primitiva *s-nig-*, lavar, y menos con el francés *nettoyer*, y el español *neto*, derivados del latino *nit-idus*, cuya raíz es *knit*, abreviada de la primitiva *sknit*, brillar, relucir, resplandecer.

Mas aún : *nic-çad* y *ni-zaá* no significan propiamente *lavar*, sino « fregar con las manos » y es menester agregar la palabra *tó-agua*, para completar la idea, como en *tó nizaá*, bautizar.

Hé aquí desvanecida la supuesta afinidad de las cuatro palabras analizadas.

La palabra *cus* significa « oído », pero agregada á *nalhe* (equivocado por *oalhé*, de *oalécsi*, aprender), ó *yaké*, hoyo, agujero. En el vocabulario del P. Machoni se halla escrito *cus nalhé (oalhé) cus yaké*, oído. La palabra sola *cus*, como nombre, se encuentra con el sufijo propio de los nombres, que es *-p*. De modo que *cus-* para tener su forma independiente, debe escribirse *cus-p*. Pero, esta palabra no significa *oído* sino *asa, aro, arracada, adorno de las orejas*.

El nombre de la oreja es *cus ançp*, es decir *hoja del oído*. Creo que *cus-p*, ha significado primeramente *asa, parte por donde se agarra*

la cabeza; luego *hoyo del asa*, según se advierte en *cus yaké*, que significa literalmente lo mismo, y finalmente « oído ».

El verbo griego *acouô* deriva de la raíz *koF*, — abreviada de la primitiva *skav*, oír, que nada tiene que ver con *cus-p*, asa, agarradera, y menos con *cus yaké*, hoyo del asa y luego oído.

EMÍS NAUÁ significa literalmente « red de araña », de *nauá* red y *emis*, araña. *Nauá* significa especialmente *red de pescar*, no tejida (*nauamy*, atar dando vueltas), sino hecha de hilos unidos por nudos, según se forma la telaraña, por una especie de pequeños nudos.

El verbo latino *ne-re*, por el contrario, significa *tejer, hilar*, y se deriva de la raíz *sne-*, primitiva *sna-*, que nada tiene que ver con *emis nauá* del tonocoté.

SUMA Ó SUMA-P significa *maíz fresco*: de ahí *suma*, chicha y luego, líquido en general, agua.

De *suma* se han derivado *tó-sumaii*, bañarse; *su-sumai-pé*, baño (recipiente y lugar en que se baña), etc.

El español *zumo* deriva del griego *zómós*, jugo, y tanto esta palabra griega, como *zymè* descienden de la raíz indo-europea *ju-*, juntar, unir, mezclar, de donde derivan el latino *jus*, caldo y el francés *jus*, jugo, que etimológicamente significan *mézcra*.

Ignoro, pues, qué cosa tenga que ver el tonocoté *sumu-p*, maíz fresco, y luego la chicha que de él se saca, mascándolo y dejándolo fermentar, con *zumo* que desciende de una raíz diferente y tiene un significado totalmente diverso.

NUS significa nariz, hocico y una especie de avispa que hace sus casillas de barro, llamada *nus slimslims*, es decir, « que produce sonido con la nariz ».

Tiene de común con la palabra latina *nasus* las consonantes *n. s.*, por una de aquellas combinaciones que no son raras entre palabras de lenguas diferentes y de sentido más ó menos aproximado. La raíz de *na-sus* es *sna-*, abreviada en *na-*, *fluir-*, siendo *su-* un sufijo. El sentido primitivo del latino *nasus* es, pues, bien diferente del nombre tonocoté, significando « hocico y nariz ».

No es de extrañar, por otra parte, que en un idioma de tres mil quinientas palabras aproximadamente se halle alguna semejante en la forma y en el sentido á otras de familias de lenguas diferentes, antiguas y modernas.

Siendo la laringe humana más ó menos igual en todos los hombres, y debiendo emitir sonidos sobre la base de determinadas vocales y consonantes, algunos se han de pronunciar en una lengua iguales ó semejantes á los de otros idiomas, que expresan ideas análogas ó semejantes. Y el que, fundado en esta simple combinación de sonidos, se lanza á las comparaciones y á las deducciones, debe necesariamente llegar á consecuencias equivocadas.

Para que el tonocoté, á la par que todo otro idioma recogido de labios de los indígenas, aparezca en su verdadera naturaleza, es menester depurarlo de todo elemento espureo introducido en él por los que han tenido la necesidad de componer palabras nuevas para la expresión de nuevas ideas: buscar todas las raíces primitivas del idioma, estudiarlas en su verdadera naturaleza, clasificarlas y asignarles el sentido genuino; deslindar, clasificar y estudiar todos los prefijos y sufijos, destinando á cada uno el sentido y el valor correspondiente, junto con el papel que desempeñan en la formación, composición y derivación de las palabras; componer la fonología de la lengua, estudiando la transformación, supresión y agregación de vocales y consonantes; componer finalmente la morfología de las partes variables del discurso.

Se trata, en una palabra, de aplicar los principios de la filología moderna al tonocoté y á las lenguas indígenas en general.

Extendiendo este estudio á las principales lenguas de las demás regiones, clasificándolas de acuerdo con los preceptos de la lingüística, comparándolas y rastreando su origen, se podría llegar quizás á conclusiones fundadas respecto de los habitantes primitivos de América.

En cuanto al tonocoté, que nos ha dejado el P. Machoni en su

Arte, Vocabulario y Catecismo, es indispensable purificarlo de todos los errores tipográficos que contiene. Impreso con poco ó ningún cuidado, en una imprenta desprovista de tipos especiales, debía adolecer de defectos innumerables un libro que para el filólogo tiene el valor de un tesoro. Y para corregirlos, deben estudiarse raíces, primitivos y derivados, con los prefijos y sufijos correspondientes.

Haré notar de pasada, algunos errores que desnaturalizan las palabras y su sentido.

Yapsaps descende, según he dicho arriba, del verbo *tapsapsi*, señalar con el dedo. Desde que el primitivo tiene la inicial *t*, mal puede producir un derivado con la inicial *y*. Fáltale además el signo distintivo de los nombres, es decir, el sufijo *-p*. Correctamente sería *tapsaps-p*.

Nus yapué, significa nariz ú hocico. La palabra *yapué* no existe en tonocoté, pero hallamos la palabra *yaké* en *cus yaké*, agujero del oído, y es natural que esta misma palabra sirviese para indicar el «agujero de la nariz». Debe ser, pues, *nus yuké* ó, escrito según la ortografía del P. Machoni, *nus yaqué*. De *yapué* á *yaqué* hay la diferencia de la *p* por la *q*, evidentemente equivocada.

Toseyé no está en el vocabulario de este idioma y se halla, sin embargo, en el Catecismo. Fijándose en el sentido de la frase, bien puede ser *osuyé*, es decir *nada*, cosa ninguna, cambiado en *toseyé*.

Zacuecip, azul, no tiene explicación, por cuanto el tema *za-* significa «salir ó nacer lo sembrado» con la idea general de *brote*, *vástago*, *renuevo*, etc.; *cué*, hijo y *ecip*, bueno. Hay, empero, la palabra *zo-cuel*. estrellas, y bien se ve que se habla aquí de lo azul del cielo, es decir de arriba; por lo cual, en vez de *za-cuecip* debe ser *zo-cuecip*.

Caá, *caç*, *cat* se hallan al lado de *çadá*, *çaç*, *çat* y de *zadá*, *zaç*, *zat*. Es muy claro que las tres primeras formas equivalen á las restantes y que se diferencian de ellas por la simple falta de la *cedilla*.

Podría seguir enumerando palabras desfiguradas por los errores

tipográficos; pero lo dicho es más que suficiente para el propósito que he tenido en vista.

Tal es el trabajo que requiere el estudio de las lenguas indígenas.

¿Habrá quien preste tan importante servicio á la ciencia y á la historia del nuevo mundo? (1).

Prof. M. CALANDRELLI.

(1) Después de escrito este artículo, el señor general Mitre me facilitó un importante trabajo sobre el Lule, obra del señor Lafone Quevedo, y he sentido inmensamente no haberlo podido aprovechar.

« LOURDES » Y « ROME »

DE EMILIO ZOLA

— — —

I

.
Lourdes es el análisis severo de un estado psicológico del hombre, realizado por un espíritu vigoroso en todo el poder de una inteligencia nutrida con una vasta observación.

Zola llega al fin de la jornada, no porque su organismo ó su inteligencia de atleta se sientan abatidos y busquen el reposo; no, su porvenir es presumiblemente dilatado, y ¡ permita Dios que tal suceda!—pero es que la obra enorme que emprendió un día se acerca á su desenlace, y *Lourdes*, inmenso estudio analítico de una época en una de sus grandes y trascendentales fases, es el pórtico grandioso de esa síntesis colosal que va á coronar su obra, que ya bulle en su cerebro y, que al ver la luz, va á conmover al mundo entero que se prepara para devorarla con avidez y admiración.

Esa síntesis final deberá ser *Roma*.

El autor vivirá muchos años sin duda; escribirá: porque ¿cómo renunciar á la actividad cuando el talento brilla en toda la amplitud de su extraordinario desarrollo? Pero lo que escriba, ya no hace

falta á su obra que se nos ofrece como la misión de un cruzado, al que su vigorosa y robusta fe presta hermosas y gigantes energías.

He comparado á Zola con un cruzado y no me arrepiento de ello, porque ha sido necesario todo un caudal de entusiasmos íntimos, inalterables, poderosos, para seguir su ruta imperturbable en pos de un ideal lejano, indescifrable para la generalidad, á pesar de los ataques de todo género, brutales ó sangrientos, que herían al escritor en sus obras y al hombre en su hogar.

El camino recorrido es inmenso, su sola concepción parece una audacia titánica, en la cual otro talento menos sólido ú otro corazón menos templado hubieran sucumbido.

Zola no es sólo un novelista que pasma con la insuperable habilidad con que traslada al libro la exacta reproducción de la naturaleza, haciendo pasar ante la vista deslumbrada, paisajes, sentimientos ó pasiones; Zola es antes y sobre todo, un profundo sociólogo, en cuya obra eminentemente analítica, se adivina á intervalos una síntesis colosal, imposible, utópica si se quiere, pero espléndida y deslumbrante.

Zola es, sin duda, uno de esos pocos seres elegidos que pasan por el mundo grabando profundamente su huella; es uno de esos hombres-época que determinan una etapa en la vida de la literatura; porque, detenidos en el camino, sobre el pedestal que elevó su propia grandeza, muestran con su palabra un error del pasado en las exageraciones sin vuelo de viejas ideas descoloridas ya y anémicas, y preparan con sus obras y con su ejemplo, nuevos rumbos á la literatura universal del porvenir.

Ha comprendido, con esa soberana clarovidencia que sólo poseen los genios y los genios revolucionarios, que la literatura se extraviaba en esa región magnífica, pero vacía de las nubes, á la cual se llega á veces en un relámpago de homérica grandeza que deslumbra durante siglos á la humanidad; pero en la cual es imposible la vida permanente para otro vuelo que el del águila; y una vez más comprendió que podía ser verdadera la vieja fábula de Anteo: la in-

teligencia humana, el eterno titán, necesitaba volver de nuevo á la tierra, la vieja madre, la próspera naturaleza, siempre bella y eternamente verdadera y sublime.

Y Zola ha cumplido fielmente su misión.

Antes de *Lourdes*, ha querido visitar la humanidad bajo todos sus aspectos, y su mirada investigadora y soberana lo ha recorrido todo, penetrando hasta en sus antros más ocultos para sorprender y revelar los secretos más escondidos.

Él ha penetrado en el retiro del obrero y ha estudiado el cáncer que corroe esos organismos que se desarrollan en la sombra, sustentando con su labor desconocido, el movimiento febril de las sociedades modernas, — para que ese cáncer se vea y se le aplique el bálsamo que lo cure; él ha descendido á las entrañas de las regiones mineras, y ha mostrado al mundo que se divierte y ríe, que hay toda una humanidad á la cual el sol no acaricia jamás con sus rayos, y para la cual, esta tierra que habitamos, en medio de sus combates y sus dolores, ofrece en sus lozanas campiñas de verdura, un paraíso soñado que no podrá habitar jamás; él ha penetrado en los focos recónditos del vicio, y ha desbridado valientemente con su escalpelo, la llaga social que hace su obra, revelando que muchas veces aquellas manifestaciones de la superficie que la humanidad condena, no son otra cosa que la solución lógica, inexorable, de una ecuación implacable que la sociedad moderna plantea en sus deficiencias constitutivas; él ha rasgado con energía la superficie brillante y dorada de una clase media poderosa: y ha señalado en su fondo descubierto, el punto vulnerable de su armadura, la eterna vanidad generando, como la vieja pasión dominadora, las más extravagantes concepciones, los cuadros deslumbrantes de falsas é hipócritas virtudes; él ha penetrado en el abismo de las ambiciones insanas, y ha exhibido en toda su desnudez á esos especuladores brillantes que arrebatan en sus concepciones colosales los ahorros del pobre pueblo; él ha llegado en su vuelo á la cumbre árida y solitaria en que habita el antiguo privilegio: la vieja nobleza de raza, encerrada en su estrecho

círculo, viviendo como los sacerdotes brahmines de su propia contemplación; pero también contaminados, heridos, apremiados por las necesidades ineludibles de la época actual, y entregando á la voráGINE sus roídos, despedazados pergaminos; él ha penetrado en el gabinete del sabio y ha sorprendido sus secretos, mostrando al mundo que, mientras lucha y padece, hay quien estudia sus sufrimientos y busca en sus vigiliAs serenas la salud para su cuerpo y la tranquilidad suprema para su alma. Por último, ese hombre que ha estudiado en sus fases varias el proceso evolutivo de las sociedades modernas, ha querido estudiar también esos gigantes catáclismos humanos que constituyen las luchas entre pueblos poderosos: y ha descrito la guerra con colores tan sombríos que parecen arrebatados á una paleta sobrehumana, cuya posesión sólo puede pertenecer al genio colosal de las batallas, pues hay allí, no el lamento aislado de los heridos ó el tronar de los cañones y el galope furioso de los corceles, sino todo eso unido en una amalgama colosal de gritos, armas y bestias, que se traduce en una nota terrible que vibra con todos los horrores proféticos del Apocalipsis, dejando el espíritu abrumado con toda su enorme y aterradora verdad.

Y cuando se piensa que todo esto es la obra de un solo hombre; que dentro de una vida ha podido caber esta serie de cuadros gigantes que bastan para asegurar la inmortalidad: una admiración sincera se impone, é involuntariamente nos domina el indomable orgullo de la especie, que se siente grande en la propia grandeza de uno de sus eminentes individuos.

Pero ¿es esto todo?

No; á pesar de su grandeza, la obra realizada es apenas la exhibición que hace de sus fuerzas el artífice, el basamento de un monumento colosal, que va á coronar dignamente uno de esos espíritus selectos, que pasan como reveladores de una divinidad apenas entrevista.

II

Lourdes !

El escritor ha recorrido las etapas de su camino enorme.

En todas partes el dolor, el sufrimiento, como el buitre de la fábula, clavando siempre su garra sangrienta en la entraña palpitante de la humanidad.

Aquellos seres que forman la escala social, aquellas unidades que constituyen, en medio de nuestros progresos, verdaderos elementos de las castas modernas, necesitaban un escenario grandioso para congregarse al mágico conjuro de su evocador.

Lourdes va á ser ese escenario.

Todos los seres cuya silueta ha trazado magistralmente la pluma del escritor : el obrero, el mendigo, el vicioso, el banquero, el aristócrata,—hasta el miserable anónimo, sin procedencia y sin nombre ; todos se reúnen allí, todos marchan en el mismo tren, unidos en la solidaridad del sufrimiento, hermanos por la influencia igualitaria del dolor.

Allá van, impulsados por la fe que levanta las montañas, enardecidos por la propaganda y el ejemplo, dominados por un anhelo ardiente que les muestra en las lejanías del horizonte, entre las montañas distantes, la gruta de la leyenda, en que la sombra de la inocente pastorcilla parece alimentar eternamente el hogar de las supremas esperanzas.

Lourdes debía ser el sitio en que se congregara esa humanidad dolorida, que ha estudiado Zola en todas sus faces, y en medio de todas las manifestaciones de su actividad febril.

Y allí, entre ella, el autor ha querido colocar al sociólogo estudiando los individuos de la especie ; pero no con una ciencia fría de gabinete que hiere la carne con el escalpelo de acero y arranca la entraña palpitante para estudiar la causa del mal que la devora ;

sino un sociólogo ideal, dominado por una ternura infinita, que busca también la dolencia devoradora que hiere y mata, para intentar su curación, pero que tiene una piedad inagotable para los que sufren, una indulgencia evangélica para los desgraciados, un amor insondable para todos los que, heridos en la batalla de la vida, piden á su corazón un poco de ese consuelo que refresca las heridas del alma, como las gotas de rocío las humildes florecillas de los campos abrasadas por el sol.

El abate Pedro es el personaje ideal, magistralmente concebido y desarrollado, cuya situación especial en el mundo, lo prepara para un destino excepcional.

Hijo y hermano de hombres de ciencia, desvinculados de todo estudio y toda meditación que no reposen en la severa observación de los fenómenos naturales, Pedro ha visto deslizarse su infancia entre las dos tendencias de su hogar, representados por el escepticismo científico del padre, y el apasionado misticismo de la madre.

Pero el padre muere antes de grabar en su tierno cerebro sus principios ; y su hermano mayor, identificado con aquellas ideas y exagerándolas, se aleja ; y el niño queda enteramente entregado á la devoción sugestiva de la madre, que le transmite sus ideas religiosas en sus caricias, tratando de evitar con la santidad del hijo que le queda, la condenación de ultratumba que adivina para los dos ausentes.

Esa vida mística del futuro sacerdote, sólo tiene un rayo del sol tibio y perfumado con uno de esos deliciosos amores infantiles, en que ningún deseo inconfesable turba aún con sus nubes fugaces, el cielo transparente de las primeras ternuras.

Estos amores son en su misma ingenuidad el único lazo que liga al niño con las alegrías de la vida, y la única fuerza capaz de impulsarlo á resistir la influencia que lo lleva á los brazos de la religión ; pero ese lazo se rompe un día, y es aquel en que María, herida por la parálisis, muere para el movimiento, para la esperanza y para el culto del amor y de la familia.

Roto ese único vínculo, el joven herido en su primera afección, pronuncia sus votos que representan el cumplimiento de un deber, porque ellos aseguran la felicidad de su madre ; pero en esta resolución no hay el ardoroso entusiasmo de una creencia, sino la tranquila resignación de un sacrificio.

Consumado éste, si no hay en el joven sacerdote el entusiasmo ferviente de un apóstol, porque su fe es tibia y vacilante, hay en cambio la conciencia inalterable de un deber, y en su corazón oprimido, la vaga y poética melancolía de un ensueño, cuyo recuerdo evoca en su alma, en todos los instantes, reminiscencias lejanas.

Esa lucha íntima que se bosqueja, constituye una fuerza bastante poderosa para fijar rumbos á una naturaleza exuberante como la suya : una de esas naturalezas para las cuales, el reposo es la muerte, el crimen ó cuando menos la atrofia ; y en casos como el presente, en que ella alienta la vida de un sacerdote que ha perdido la fe sin que se agoten los manantiales de ternura que brotan de su alma, debe buscar necesariamente la conquista de ideales nuevos, en qué ejercitar su actividad hasta rendirla.

El medio en que Pedro se ha formado, las influencias opuestas que han gravitado sobre su infancia, hiriendo su corazón y su cerebro, las ternuras un tanto místicas de la madre que casi borran la rigidez científica del padre, lejana ya y casi desvanecida en su memoria ; el recuerdo confuso de su hermano ausente por causas de que no se da exacta cuenta ; los amores angélicos de María, cuyo idealismo infantil viene á acentuar más su parálisis reciente : todo ello, reunido en el fondo de su alma apasionada, forma un conjunto único de dudas y creencias, de entusiasmos y de escepticismos, de esperanzas y de desalientos, que ora casi lo transforman en un iluminado á quien arrastra una fe ardiente y avasalladora, ora lo precipitan en abismos de abandono absoluto en que lo domina la duda desoladora y mortal.

Sin el entusiasmo y la fe, el sacerdote de alma ardiente, pero de conciencia honrada, duda de la verdad del culto á que ha sido con-

sagrado sin quererlo; pero en las luchas íntimas y sobrehumanas que sostiene dentro de sí mismo, recuerda sólo que lo retienen los votos solemnes pronunciados en último término de su libre voluntad; y en ese caso, ya que no le es posible creer, pues eso no depende ahora de su albedrío, él elimina de su altar interno aquellas imágenes de que duda, pero coloca en él, en cambio, la deidad tutelar que lo salva en sus conflictos: la imagen augusta del deber, menos benévola quizás que sus viejas deidades, porque ella le traza líneas rígidas, invariables, que fijan rumbos irrevocables á su vida.

Este es el personaje del poema, preparado por su vida de una manera especial para asistir al drama extraño, terrible que va á desarrollarse en Lourdes. Parte, pues, acompañando á la pobre paralítica que va en busca de la salud perdida: aquella pobre enferma que recuerda de una manera lejana el delicioso idilio de sus primeros años, á la cual, por el doble carácter de su sacerdocio y de su dolencia, sólo lo ligan vínculos del espiritualismo más puro, que perfuma el recuerdo lejano, pero santo é indeleble de sus amores.

La enferma tiene una fe ardiente, y espera que el milagro se realizará, el abate trata de ocultar su duda para no afligirla inútilmente; acaso también aliente una vaga esperanza, aunque por causas distintas: él recuerda confusamente la opinión de un joven médico amigo, muy sabio y muy discreto á pesar de su juventud, que ha dicho á sus colegas en una consulta á propósito del viaje á Lourdes: « Yo creo posible la curación de la enferma, pero en una forma rápida, imprevista como un rayo; pues dado el carácter nervioso del mal presente, una sugestión poderosa preparada por una fe entusiasta é intensa, puede operar científicamente el aparente milagro ».

Los grandes pintores no sacrifican los detalles á la idea principal del cuadro, sino que todo se reúne y concurre con extraordinaria armonía á la realización perfecta de la obra.

Y Zola, como lo he dicho ya, es un gran pintor de las pasiones humanas. Sin perder de vista ni un momento la idea madre, generadora de la obra, él cuida minuciosamente hasta el más mínimo

detalle, nada se le escapa, todo lo prevé y lo prepara de antemano.

Sus obras recuerdan algunos de esos trozos musicales de los grandes maestros, en que, sobre un motivo principal á cuyo alrededor se desarrolla la composición, bordan una serie de variaciones que suenan en torno, pero al través de las cuales se desprende siempre nítida y armoniosa la idea madre que dió origen á la inspiración.

La partida es admirable de verdad, pero de una verdad que horroriza, por los cuadros que encierra en sus entrañas ese fatídico *tren blanco* que arrastra á Lourdes, en vertiginosa carrera, un compendio espantoso de los males que afligen á la humanidad.

El cáncer, la tuberculosis, la ataxia, las úlceras, las fiebres malignas, las miserias congénitas de razas desamparadas por la fortuna y por la suerte, infelices degenerados de la especie: todos se reúnen en ese terrible tren blanco que va, como un vehículo maldito, difundiendo miasmas y lamentos por donde pasa.

Es un consorcio imposible de dolencias terribles, de miserias infinitas, de dolores cruentos, que hacen desesperar de la felicidad, con sólo concebir esa agrupación inaudita de males diversos.

Parecería el paso fantástico de una de esas legiones de condenados creados por la mente del gran poeta florentino, á quien un hado adverso arrebató en busca del país del *eterno dolor*, — si ese inmenso grupo de desgraciados á quienes afligen todas las dolencias imaginables y terribles, no fueran animados por un aliento colosal de esperanzas supremas, que los sostiene, permitiéndoles soportar las penalidades abrumadoras del camino.

La fe los alienta y la esperanza los llama con el atractivo infinito de la salud. ¿Quién sabe? ¿No ha surgido el milagro al contacto de aquella agua bendita? ¿Por qué no ha de reproducirse éste? ¿Por qué no alcanzarán también ese beneficio, esos centenares de desgraciados que acuden á su vez á la fuente milagrosa?

Allí están representados todos los dolores y todos los afectos humanos: la esposa que acompaña al esposo atáxico que busca por

séptima vez al milagro que no llega; el esposo en procura, para su compañera herida por una dolencia terrible y desconocida, de la salvación en el milagro; el amor fraternal, sencillo, abnegado y puro, acompañando al hermano con vida de apóstol y contornos de mártir; el padre que persigue para su hija la felicidad tanto tiempo soñada; allá, por fin, en el fondo del vagón, separada del resto de doloridos por la abstracción de sus sufrimientos y por la intensidad de un pensamiento único, una pobre madre observa, llevando en sus brazos convulsos á su pequeña hija enfermiza, anémica, moribunda, víctima inocente de una vida de privaciones y miserias, vástago de una casta desheredada á quien la lucha desesperada de la vida niega el sustento y el cuidado que puede atenuar en parte las deficiencias del organismo: ésta también va en demanda del milagro para lo único que posee en el mundo, para el único lazo que la sujeta á la vida que está á punto de quebrarse en sus manos, y para cuyo objeto ha golpeado todas las puertas y ha sacrificado todo, absolutamente todo lo que tiene.

Y allí todos son verdaderamente iguales: el banquero y el obrero, el aristócrata y el plebeyo, el rentista y el mendigo; todos sufren el raserio de las dolencias humanas, que los hace confraternizar en el dolor y en la esperanza, en medio de aquel tren terrible que es el verdadero vestíbulo de la morada de la muerte.

Y el abate Pedro está allí también, como el fiel compañero de su amada de ayer, de su hermana de hoy, viviendo en medio de aquella atmósfera de terribles dolores, de devoción ardiente y metódica, de fe poderosa y de vibrantes esperanzas.

Su espíritu duda una vez más, su alma oscila en un mar de incertidumbres, su corazón ardiente se apasiona por tantos dolores, y quiere creer también para poder esperar, como aquellos desgraciados que llevan la muerte en sus rostros cadavéricos y en sus organismos deshechos. Pero no puede fijar sus ideas en aquel medio que lo rodea, quiere buscar la soledad de los campos para interrogarse una vez más después de aquel viaje, hasta que, herido por la vaga

poesía de aquella historia de Bernadette, él también quiere ser un instante el consolador de tantos males, el sacerdote pasajero de la esperanza y arrulla con sus palabras aquellos dolores.

Pero allí está el término ansiado del viaje, allí está Lourdes, la ciudad soñada de la redención milagrosa de la carne; allí está el puerto suspirado por el sacerdote para recobrar su fe perdida.

¡Ah! allí está también el desengaño para el hombre de corazón valiente y de conciencia honrada, porque allí está el mercantilismo egoísta, que comercia con la fe, con el dolor y la desgracia.

El sacerdote llora, sufre y ora; se inunda en la melancólica leyenda de la pastorcilla que, con sus rasgos de sencilla poesía campesina, lo atrae irresistiblemente; pero el recuerdo de Bernadette es ya una sombra que se desvanece en el horizonte lejano, y su voz se apaga en el murmullo de una industria colosal y única, cuyo capital es una leyenda.

Y Pedro, que ha buscado en Lourdes una fe que allí no encuentra, no desespera aún, y fija un nuevo plazo para esa reconquista en la curación de la pobre niña paralítica.

Y cuando ese momento llega, cuando la pobre dolorida se alza de su cárcel radiante y magnífica, transfigurada por la fe entusiasta de las vírgenes de los primeros siglos del cristianismo: cuando el coro universal saluda con hosannas estruendosos el milagro realizado, cuando todos creen, Pedro siente en sus oídos la voz familiar del demonio de la duda que repite las palabras proféticas del médico joven: « la curación vendrá como un rayo, rápida, imprevista »... y se aleja buscando la soledad, porque aquellos himnos hieren su alma, y aquel milagro es rechazado por su conciencia severa.

Pero la curación está allí: es preciso no turbar la alegría que provoca aquella resurrección maravillosa; y el sacerdote tiene que violentarse para fingir lo que no siente.

.

Es ya tiempo de volver. El *tren blanco* está preparado, pero la vuelta no tiene ahora los mismos atractivos de la llegada: la esperanza cer-

cana no cubre con sus alas benditas aquellos desgraciados, y los que vuelven sin que el milagro se haya producido en su favor, sufren la influencia egoísta de una envidia inconfesada, pero real.

Además, no vuelven todos: algunos eslabones de aquella cadena de males han ido quedando en el camino: entre otros la pobre niña de la infeliz obrera; la moribunda inocente reposa allá abajo en el cementerio de la aldea, en los brazos de la tranquila muerte venturosa.

El sufrimiento de aquella madre es la elegía viva, animada, vibrante del libro; hay en sus pesares penetrantes y agudos, algo que hiere la fibra más íntima de nuestro sér, y que conmueve también al sacerdote, — ora cuando en su horrible desesperación se entrega á arrebatos inconscientes de impiedad tanto más violentos, cuanto mayor era su fe; ora cuando herida por el recuerdo del mal que la ha alcanzado, cae en una postración absoluta en que nada ve ni oye, sintiendo sólo en torno esa horrible sensación de la soledad en medio de un mundo indiferente.

Delante de estos cuadros, Pedro retorna más enfermo moralmente que cuando partió.

Aquella curación de María, que hubiera sido la señal de su redención sacerdotal, sin aquella diabólica predicción científica que sonaba vaga pero persistente en su oído, había servido para desvincularlo completamente de su vida pasada en el ejercicio de un culto en el cual no creía ya, y del cual lo separaban ahora todo un mundo de problemas insolubles.

Aquella curación de María combinada con sus luchas internas, había evocado de pronto con una intensidad deslumbradora el cuadro de sus bellos amores infantiles, que la enfermedad violenta había cortado de improviso; pero la resurrección actual de la paralítica hacía posible la continuación de aquel idilio, á no ser por aquel otro obstáculo de sus votos sacerdotales.

Pero ¿eran éstos insuperables?

La lucha es sólo de un instante; pero ese instante para los que conocen el valor de las pasiones humanas, representa un poema de

lucha condensada, un titánico esfuerzo entre la felicidad que nos sonríe con todos sus espejismos atrayentes, y la soledad mortal, sin una misión activa que agote las fuerzas robustas de una naturaleza virgen y apasionada.

La adivinación de esa lucha por la mujer que era su objeto, el sacrificio, por parte de ella, de su porvenir consagrado á aquel primer amor imposible en aras de la religión en cuyos dogmas creía, unido al grito severo de una conciencia honrada: deciden en un instante de su destino y fijan de una manera irrevocable sus rumbos futuros.

Su voluntad es decidida, y aquel viaje va á llenar con su elocuencia muda, los claros de un itinerario gigante.

En aquel fatídico *tren blanco* van todos los dolores humanos confundidos en la solidaridad de una misma angustia suprema.

Allí no hay pobres ni ricos, todos sufren igualmente la influencia terrible del dolor.

Cada lamento que se escapa, importa tal vez una imprecación interna, cada quejido es una vaga invocación á la protección divina.

El tren corre con una carrera vertiginosa, pero cada vez que en el horizonte lejano y en medio de la campiña semi-velada por las sombras del crepúsculo, surge la silueta de un campanario que se levanta en medio de una aldea ignorada, parece que se escucha el tañido sugestivo de la campana que llama á la oración; un hálito de melancolía penetra en el vagón, una ráfaga de infinitas esperanzas de ultratumba, domina aquellas almas doloridas, y una oración nítida, inocente y sencilla, brota al unísono de todos aquellos corazones, fundiéndose en un coro universal y supremo que se levanta al cielo!

Y el abate Pedro sufre aquella impresión sobrehumana que en el estado presente de su espíritu, descubre ante sus ojos todo un porvenir de abnegaciones grandiosas y de supremos sacrificios.

Aquello, en pequeño, es la humanidad que sufre; aquello representa el reinado triunfante del dolor sobre la tierra, aquello es la lucha infinita de los que buscan en sus pesares un poco de calma para sus penas, un bálsamo para sus heridas, un poco de consuelo

para alcanzar la resignación, una vaga promesa para alimentar una esperanza.

¿ Por qué la religión nueva no volverá á ser la religión de los humildes ?

¿ Por qué no ha de volver á ser el consuelo de los que padecen ?

¿ Por qué no ha de llevar en sus dogmas y en sus ritos la enseña de paz, el símbolo del consuelo, la promesa divina de la redención y de la esperanza ?

¿ Y por qué no será él, el soldado abnegado de esa lucha, el infatigable cruzado de esa nueva religión redentora ?

III

Roma es la tentativa para realizar ese concepto sublime.

Su título solamente tiene una audacia infinita ; pues en ese solo nombre se confunden tantas grandezas, que el convencimiento de sentirse con fuerzas para abordarlo, revela ya con característica elocuencia un aliento de atleta ó una energía entusiasta de apóstol.

Zola llega al fin de su obra grandiosa, y con esa perseverancia genial, con esa exactitud intelectual que lo retrata, ha comprendido que el coronamiento de su edificio está, y únicamente podía estar allí.

Roma será siempre el punto obligado de mira de los cerebros pensadores, porque dentro de sus murallas legendarias, vive un recuerdo imperecedero, palpita una tradición grandiosa y se funden en un origen común los pueblos que más eficazmente han luchado por el progreso humano.

Roma representa un doble é indiscutible poder : es por un lado la soberana de la historia, la eterna dominadora que fulgura con luz propia y deslumbrante en las nebulosidades del pasado : fué grande por su origen extraordinario, fué grande por su virtud republi-

cana, grande y poderosa por sus armas imperiales vencedoras, grande por su elocuencia, por su literatura y por ser la cuna fecunda del derecho, de donde ha nacido la vena inagotable que ha alimentado durante siglos el mundo civilizado. Por otro lado, Roma agobiada por el peso de sus tradiciones gloriosas, abatido su espíritu guerrero y batallador, adormecidas en su seno la ciencia y la literatura, llegó á uno de sus grandes períodos de transformación histórica, y, abandonando el viejo manto imperial de su grandeza pagana, tomó la humilde capa pluvial de los primeros obispos cristianos, que hicieron de aquel centro de formidables leyendas, la sede indiscutida por muchos siglos de la cristiandad naciente, pero poderosa, cuyo impulso y desarrollo sucesivo en el tiempo, dieron origen á una soberanía tanto más indiscutible, cuanto ella se ejercía en esa región sin fronteras del espíritu y del corazón.

Roma es la doble grandeza de la historia y de la religión ; y desde ella, como la verdadera tribuna de los siglos, se han dictado á los pueblos las bases de la sociedad civil, los principios de la ciencia y del arte que han sido el carril por donde se han precipitado las generaciones sucesivas, y por último, desde ella, han partido los mandatos que dominando la conciencia humana, fijaban á los pueblos sus irrevocables rumbos.

El polvo de esa ciudad-coloso, es el polvo animado por la tradición y formado por el amontonamiento de las sociedades que han reinado ó sucumbido en su seno ; cada dominador ha querido grabar su huella más profundamente que su antecesor, así es que en cada repliegue del terreno, en cada colina, en cada grieta perdida, el viajero encuentra el rastro de una ruína que revela la existencia de un pueblo de gigantes.

Y como si estos rastros colosales que azotan el rostro con ráfagas errantes de otras épocas, no bastaran para hacer de Roma la ciudad única y formidable, ha venido en la moderna edad un nuevo elemento á asegurar ese brillante reinado.

La Italia unida ha querido buscar como prenda durable de esa

unión, un centro único, irremplazable, que ampare su nueva vida con una tradición legendaria de glorias pasadas y de esperanzas futuras.

Y sobre ese suelo en el cual cada grano de polvo encierra un recuerdo, y cada piedra errante es un fragmento histórico representante de una civilización en ruínas; allí donde el viajero se descubre con respeto porque pasan en tropel por su memoria nombres que evocan períodos inconcebibles de grandeza: allí ha sentado su trono la histórica y poética Italia; unida por aspiraciones comunes, engrandecida por el esfuerzo armónico de sus hijos, evocada, regenerada por sus grandes pensadores, redimida y salvada por sus nobles mártires y patriotas.

¡ El Vaticano, el Quirinal y las ruínas de la vieja Roma !

Tres fuerzas que actúan en su seno como corrientes divergentes que nacen de un punto común: la tradición heroica que alienta y que subyuga, con el atractivo de un poder irresistible.

Roma, la suprema aspiración de los conquistadores, la eterna soberana de los siglos, el sueño entusiasta de los poetas y los artistas, el delirio fervoroso del creyente, la codiciada cumbre de los reformadores: será siempre el asilo de los que anhelan descifrar los secretos del pasado, de los que estudian en los anales del cristianismo la evolución sucesiva de las religiones, de los que aspiran á descubrir las etapas históricas de la libertad !

IV

Á esta Roma triforme acude el abate Pedro cediendo á un movimiento irresistible de apóstol.

Viene ante el Vaticano á defender su obra, el fruto de sus entusiasmos y de sus vigiliás, que la curia romana ha colocado en el Index, es decir, que ha condenado.

La causa ocasional de esa obra se encuentra en Lourdes, y sobre

todo en la vuelta de la peregrinación, que tan profundas huellas dejó en el alma del sacerdote.

Pedro, perdida la fe en el sacerdocio prosáico, quebrado por la voz del deber aquel idilio que pudo ser recommenzado, reunió en un haz las ternuras dispersas de su alma, para dedicar toda su energía al servicio de los desgraciados; y en esa lucha ignorada, pero sublime, engrandeció su espíritu selecto con el tesoro inestimable de una gran misión.

Sus sentimientos íntimos se sutilizaron, su ternura divina adquirió vibraciones de piedad infinita, y ante ese cuadro de miseria humana siempre renovado y siempre permanente, llegó á las más altas cumbres de la caridad, en cuanto ésta importa la noble abnegación de sí mismo, y la santa consagración de nuestros energías al alivio del mal ajeno.

Aquella vuelta de Lourdes, en medio de una desesperación muda, aquel ávido anhelo de esperanzas más allá de los sufrimientos y de la tumba, aquellos ojos incansablemente vueltos hacia el Dios invisible de las esperanzas supremas y de las reparaciones infinitas: habían hecho del sacerdote incrédulo un apóstol entusiasta de la nueva religión, un misionero abnegado de un nuevo culto, en que para nada entraban las presunciones de un reformador, ni los impulsos de sus ambiciones de hombre.

Pedro sentía sin saberlo, sin darse cuenta exacta de ello, los males de su época. Él sentía las influencias aún informes del medio en que vivía.

Veía con la conciencia vaga de un peligro incierto el epílogo de una época colosal. Sentía los sinsabores de este derrumbamiento que constituye, sin duda, una etapa de la humanidad, y aterrado se abrazaba á una nueva fe, con el entusiasmo de un apóstol y las energías de un misionero.

Asistimos á un momento solemne en la historia de la humanidad, presenciemos las postrimerías de un siglo gigante, en que el espíritu humano ha condensado un esfuerzo tan estupendo que parece rendido.

Las ciencias, trabajando al unísono, han descornado un velo que muestra un horizonte distante, pero mágico, grandioso, que deslumbra, con delirios de titánico poder, y que parece descubrir por un desgarrón de las nubes que lo forman, una parte del eterno secreto de la divinidad.

El hombre en este período maravilloso de su vida colectiva, ha entrevisto la solución del problema; y cuando se ha lanzado para desgarrar en su totalidad el velo, ha sentido más que nunca la realidad de su impotencia; ha resuelto solamente una parte del problema y ha comprendido, en su desesperación de titán engañado, que hay una esperanza que no se alcanza, que hay una deslumbradora realidad que no puede conquistar con su aliento.

Y ese problema siempre en pie, ha despertado una desesperación terrible que engendra en su alma un desaliento sin nombre.

Orgullosa con sus conquistas, deslumbrado con su poder, altanero con sus triunfos, siente, más que comprende, que no lo sabe todo, y activa su desesperación el convencimiento de su impotencia, la sombra gigante de los que sufren sin que puedan curar su mal, de los que sienten hambre sin que puedan calmarla, de los que piden un puesto en el concierto del universo, sin que puedan alcanzarlo.

Cuando estos problemas se plantean, la humanidad no puede resolverlos; no cabe en los límites de lo humano crear fronteras al mar que se desborda; y entonces la humanidad, sin fuerzas para resistir ese poder incontrastable, sin medios para combatir el mal, sin energías que le den la solución del problema, busca el amparo de la divinidad desconocida y sobrehumana, ó se entrega á la indiferencia brutal del musulmán, ante los fenómenos irremediables de la naturaleza.

Herido por estas múltiples causas, conmovido su corazón por el alarido inmenso que lanza la humanidad que sufre, el abate Pedro adivina con grandiosa intuición que el remedio de esa incurable dolencia del siglo, sólo puede encontrarse más allá de nuestros sufrimientos; que la curación sólo radica en un Dios benéfico, cuyo

reinado se acentúa más allá de la tumba, que el único lenitivo para sus males, el único capaz de salvarlo del desaliento, de la desesperación y aún de la muerte moral, reposa en el culto grandioso de la esperanza, pero de esa esperanza suprema que surge del culto de un Dios ante quien se estrellan todos los cálculos del orgullo humano.

Pero esta concepción es la inspiración exaltada de un sacerdote, cuya alma ha incorporado á sus energías nativas, las que le sugieren los miles de desgraciados á los cuales ha llevado su palabra de aliento; con los cuales ha compartido sus dolores sin remedio, y en los cuales ha robustecido el aliento benéfico de sus esperanzas; pero al hacerlo así, el abate Pedro sólo ha consultado sus propios entusiasmos, sus propias energías que lo preparan para la lucha y el apostolado hasta el martirio, y no ha contado con la humanidad que vive y domina las sociedades modernas.

Su concepción es la obra generosa de un espíritu esencialmente grande, casi fabuloso; pero ella representa una virtud y una abnegación que no caben dentro del círculo del egoísmo y del mercantilismo actual.

Pedro ha condensado en un libro admirable, cuya síntesis se encierra en el capítulo I de *Roma*, todo el credo de su nueva religión; pero ese libro ha sido considerado como revolucionario, como el posible germen de un cisma, y en tal concepto condenado.

Su defensa lo trae á Roma, y no viene impulsado, no, por un mezquino sentimiento de amor propio humano; viene á defender su obra con la energía entusiasta de la convicción sincera que apasiona el ánimo, robusteciendo energías que impulsan al combate y al triunfo.

Pedro ha concebido una religión de poeta, pero de poeta santo, herido en su alma generosa por todos los males que hieren á la humanidad; es la religión del amor sobrehumano, de la virtud sublime, de la esperanza redentora, que ampare con su manto protector todas las aflicciones, todas las amarguras que hieren á la humanidad en su carrera de dolores y de luchas.

Pero para hacer triunfar este credo que impone la transforma-

ción de los organismos morales actuales, para triunfar en esa batalla que va á herir tantos orgullos y derrumbar tantas aristocracias generadas en medio de nuestras sociedades modernas, necesita un poder, un punto de apoyo que ampare la revolución social que importa su doctrina, y ese poder, esa fuerza sólo puede ser Roma.

La concepción del sacerdote es grandiosa, antes y sobre todo por su virtud, porque su caridad divina es la abnegación viva, la personificación del sacrificio por el amor del hombre colectivo. Hay en esas páginas de una sublimidad solemne, el inmenso alarido de desaliento que lanza la humanidad entera desamparada; es la queja grandiosa que arrulla el derrumbamiento de un siglo, exangüe por los más estupendos esfuerzos, lacerado por todos los escepticismos, que lleva su cerebro herido por la congestión que en él provoca un mundo de colosales descubrimientos y de verdades científicas; pero cuyo corazón es una urna vacía.

La obra del abate es más que la concepción de un espíritu: es la solución anónima del destino que se ofrece á la humanidad; como todo lo grande y bello, conmueve y dignifica, aunque esa concepción grandiosa sea considerada como una utopía.

Pero la idea magnánime del sacerdote ha encontrado su primer obstáculo en donde pensó encontrar su más poderoso aliado.

El apóstol de la nueva religión estaba dispuesto al sacrificio y hubiera llegado hasta el martirio; pero la época actual no pide mártires, sino espíritus preparados para la intriga, y Pedro sólo sabe amar á los desgraciados, defenderlos y sacrificarse con ellos y por ellos.

En esa odisea grandiosa que tiene fatídicas repercusiones en su corazón de misionero, Pedro llama á todas las puertas demandando justicia; pero sin que pueda llegar jamás ante su juez supremo, al que sólo ve cuando su libro está inapelablemente condenado, más que por la Congregación del Index, por el propio convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que falta humildad y virtud para comprender su obra.

En ese combate diario desfila toda la sociedad romana en sus

múltiples aspectos, con un colorido tal, con una facultad de investigación tan profunda, que sus cuadros tienen asegurada la perpetuidad de las obras maestras.

Hay en esa sociedad romana la ignorancia presuntuosa de su origen, la fe en un destino de mayor gloria que inapelablemente llegará; pero no una fe activa que se mueve y crea, sino una fe helada de sepulcro que hiela los entusiasmos, que abate las energías, y que tiene algo de la suprema indiferencia musulmana.

Paralelamente á ésta, pero sin confundirse, hay toda una vida que se mueve, toda una sociedad que se expande en el culto entusiasta de las ideas que pasan como ráfagas irresistibles sobre las naciones modernas; pero aún á esta misma, lleva su influencia avasalladora aquel nativo orgullo de una tradición gigante, que tiene poderosas expansiones hasta en el alma adormida del proletario, que le da la altivez heredada, pero sin las energías del trabajo que debe regenerarlo, y el cual es el único capaz de engrandecerlo.

¿Qué es ante esas grandezas un pobre y humilde sacerdote, que resulta casi un iluminado? ¿Cómo conciliar la humildad que predica, con la altanera inmovilidad aristocrática que le rodea? ¿Qué son sus ideas de caridad universal por los dolientes, ante ese desdén legendario por los desgraciados? ¿Qué pueden al fin y al cabo esas ideas?

¡Ah! las ideas son las eternas dominadoras del mundo, cuando son hijas de la verdad y de la virtud! Ante su influencia soberana, se han derrumbado los tronos más poderosos de la tierra, porque ellas son las verdaderas voces proféticas de la divinidad que vela por los destinos sagrados del hombre, y representan la divisa verdadera y eterna del progreso humano en sus múltiples y trascendentales aspectos.

Sea ó no utópico su libro, encierra él una idea generosa y sublime; derrotado el sacerdote en su misión de profeta de un nuevo evangelio, queda en su historia una página elocuente del poder de la inteligencia humana en lucha con gigantes y legendarias preo-

cupaciones; y, las preocupaciones de esa lucha que son objeto de *Roma*, pueden apreciarse en una frase breve y verdadera :

Zola ha concebido en una forma concreta y luminosa, un culto grande y bello, en el cual puede encerrarse dignamente la fórmula moral y religiosa de su siglo!

ABEL S. PÉREZ.

Montevideo, agosto de 1896.

ANTECEDENTES INSTITUCIONALES

Á PROPÓSITO DEL LIBRO *INTRODUCCIÓN AL DERECHO*
ARGENTINO, POR EL D^F J. A. GARCÍA, HIJO

Acaba de aparecer un libro digno por todos conceptos de noticia. Titúlase *Introducción al Estudio del Derecho Argentino* y comprende las conferencias dictadas en el curso del corriente año por el doctor Juan A. García (hijo), profesor de Enciclopedia jurídica en nuestra Facultad. El autor, ya ventajosamente conocido por otras producciones, es un espíritu culto y reflexivo, preparado para la labor intelectual, en cuyo régimen se ha formado y desenvuelto. Con aficiones literarias muy marcadas y dueño de un estilo peculiar en su facilidad un tanto descosida, puede decirse que también en esta ocasión, el doctor García ha llenado honorablemente su tarea, haciéndose acreedor á algo más que el simple elogio igualitario que nivela las obras buenas y las malas en la vulgaridad del encomio común.

La Enciclopedia Jurídica ó *Introducción al Estudio del Derecho*, ha sido entendida de muy distintas maneras por los diversos tratadistas, que la han encarado ya como un curso de derecho natural en que prevalece el concepto metafísico de la ley, ó ya como una

simple cartilla ó silabario, sin más alcance que el de iniciar á los alumnos en las nociones rudimentarias de la jurisprudencia práctica y la terminología profesional.

Ahrens comienza su grande obra con una investigación trascendental sobre la Idea del Derecho, en que estudia las más abstrusas doctrinas de la filosofía alemana para fundar un sistema propio, en tanto que Bishop y Warren dan principio á la suya sobre el mismo tema, insistiendo en la necesidad de los ejercicios físicos para conservar la salud del cuerpo, sin la cual no puede concebirse el éxito en la carrera del foro.

Entre estos dos extremos los matices son innumerables, y no es una de las menores dificultades del profesorado, la de decidirse á adoptar un camino con preferencia á los demás, entre los muchos que presentan especiales ventajas ó atractivos.

El doctor García ha cortado más bien que resuelto la dificultad, afrontando las responsabilidades de una innovación fundamental en el concepto y tendencia de su enseñanza.

La cátedra de Introducción al Derecho es para él, ante todo, una escuela de historia jurídica, en que debe estudiarse el desenvolvimiento de nuestras instituciones desde sus orígenes en la legislación medieval de España.

No ha llegado el momento de juzgar los resultados favorables ó adversos de la reforma, considerada del punto de vista pedagógico, ni podemos decir si con ella se prepara mejor la inteligencia de alumno para la adquisición de una ciencia que deja de ser tal, apenas pierde de vista sus grandes principios fundamentales y se engolfa, sin ideales y sin guía, en el detalle monótono de la reglamentación y la rutina.

Quizás esta filosofía histórica de las instituciones debiera repartirse en los diversos cursos ó ser el coronamiento y resumen de la enseñanza, en que se diera al discípulo, familiarizado ya con las funciones del vasto mecanismo, la explicación del larguísimo y accidentado proceso de su creación y perfeccionamiento, que es más de

una vez el secreto de sus modalidades y de sus resortes íntimos.

Si se prescinde, empero, de la colocación que haya de dársele dentro del plan de estudios, preciso será reconocer que el libro del doctor García tiene que ser por muchos conceptos provechoso.

Inicia, ante todo, una reacción, y una reacción cuya necesidad se hacía sentir de mucho tiempo atrás.

Nos enseña á buscar en nuestra propia historia y en la de nuestros antepasados, los orígenes de nuestras libertades y de nuestra organización democrática.

Nos hace amar las antiguas leyes de la madre patria y sus instituciones primitivas, como la fuente inagotable de donde derivan, sin excepción, todos los derechos elementales que nuestra carta política no hubiera podido consagrar con eficacia, á no existir los antecedentes de raza, la aptitud hereditaria y la tradición legal, inconsciente si se quiere, pero no menos fecunda, de las viejas organizaciones góticas.

Es muy general entre nosotros la creencia de que la libertad es una planta exótica, de origen exclusivamente sajón, que sólo á fuerza de grandes cuidados ha podido aclimatarse en el suelo latino.

En el aula de Derecho constitucional de nuestra facultad, se ostenta en un gran cuadro de honor la Magna Carta del rey Juan de Inglaterra, que la docta corporación considera, sin duda, como el punto de arranque y el primer paso inicial en el reconocimiento de los derechos individuales y la soberanía popular.

Hijos pródigos, inexplicables y sin excusa, arrojamos así á los vientos el tesoro que nuestros antepasados acumularon en siglos, y olvidando nuestra genealogía y nuestra alcurnia, nos presentamos como meros espigadores en el campo ajeno, á quienes la indigencia obligara á vivir de prestado.

No han sido, sin embargo, las concesiones arrancadas á Juan Sin Tierra ni á los que le sucedieron por los barones ingleses coaligados en un propósito egoísta, el primero ni el único antecedente de la emancipación individual.

Casi contemporáneamente con aquel monarca, el rey Alfonso III, acordó idénticos privilegios á las provincias aragonesas, autorizándolas además, expresamente, á sostenerlos con las armas en la mano, lo que es un reconocimiento mucho más eficaz y extenso, que, por lo mismo, no entró jamás en la intención siempre páfida de los primeros soberanos ingleses (1).

Las necesidades de la defensa contra la conquista extranjera, explican, por lo demás, que en España fuera limitado desde los primeros tiempos el poder de la corona.

La escasez de los recursos y el espíritu de independencia de las poblaciones diseminadas, celosas de las facultades de gobierno propio adquiridas en el largo aislamiento, llevaron necesariamente al establecimiento de las cartas forales que permitieron la incorporación de los diversos distritos al movimiento general de la nación, sin que la unidad militar del mando reconocida en el monarca, menoscabara, en lo mínimo, las libertades comunales de los distintos grupos (2).

La carta, fuero ó cuaderno comunal, vino á ser así una especie de convención en que el soberano reconoció á los distintos municipios el derecho de conservar sus leyes locales y de elegir los jueces y demás autoridades inmediatas, á cambio del servicio militar impuesto á todos los habitantes sin excepción y del pago de determinadas contribuciones de guerra.

Es sabido hasta donde llevaron las poblaciones su celo en la conservación de tales franquicias.

El rey nombraba el funcionario encargado de recaudar los tributos y vigilar las fortalezas y muros situados dentro de cada sección

(1) La ley 2, título 4º, libro 1º del *Fuero Viejo* autoriza también expresamente á los vasallos «á pugar quanto pudieren» con la sola limitación de que «deven guardar la persona del Rey, que non resciva ningun mal de ellos, conociendolo».

(2) El rey estaba al frente de los pequeños estados como jefe común ó vínculo federal de quien todos dependían, con las exenciones reconocidas por las respectivas leyes, pero su autoridad era en extremo precaria, debido á los privilegios de la nobleza, al poder de las órdenes militares, y, más que todo, á la organización de los municipios. (Cf. PIDAL, *Historia del Gobierno y legislación de España*, Madrid, 1880, página 307).

territorial, con encargo de atender al propio tiempo la observancia de las leyes, pero la acción de aquel oficial y la de sus ayudantes, merinos ó sayones, como se les llamaba en el lenguaje de la época, era tan limitada respecto de la persona y haciendas de los vasallos, que nada podía hacer sino por medio de los alcaldes y jurados de cada localidad, llegando el fuero de Logroño á autorizar á los vecinos á que lo expulsaran y aún le dieran muerte sin responsabilidad alguna, en los casos en que pretendiera penetrar al domicilio privado, con violación de las formas y solemnidades de la ley. *Et si super hanc causam, sive merino, sive sayone voluerint intrare in illa casa de alicujus populator, occidantur, et proinde non pectet homicidium* (1).

Al constituirse el organismo nacional después de la larga lucha, los distintos grupos ó núcleos elementales conservaron por mucho tiempo su fisonomía propia y su tendencia nativa.

Marina nos ha descrito en páginas admirables por la minuciosidad y el cuidadoso detalle, las limitaciones que las juntas nacionales y las cortes pusieron en todo tiempo á los avances de la corona.

Las restricciones pecuniarias han sido siempre el freno más eficaz en las monarquías constitucionales, y los jefes de las diversas secciones del territorio español, estuvieron, en ese sentido, sujetos, como pocos, al control de los parlamentos.

En los tiempos de Alfonso X de Castilla la asamblea tomó una intervención tan inmediata y prolija en el manejo de los dineros públicos, que llegó á determinar que « el monarca y su esposa comieran á razón de cincuenta maravedís por día y no más », en tanto que Carlos I hubo de implorar á la ciudad de Toledo que diera instrucciones á sus diputados para que le votaran más amplios recursos y el mismo Felipe II, en todo el esplendor de su poder y de su gloria tuvo que soportar la exortación de las cortes que « con todo respeto y humildad » lo invitaron á moderar los gastos de su real estado y de su mesa « así para algún remedio de sus necesi-

(1) MARTÍNEZ MARINA, *Ensayo histórico crítico*, página 149 et passim.

dades, como para que de V. M. tomen ejemplo todos los grandes y caballeros y otros súbditos de V. M., en la gran desorden y excesos que hacen en las cosas sobredichas » (1).

Pero donde mejor puede apreciarse la libertad civil de que gozaron nuestros padres, es en sus instituciones judiciales, tan adelantadas que la civilización moderna, con todos sus códigos y reglamentos, no ha logrado en muchos casos sobrepasarlas.

No repetiremos aquí lo que ya se conoce respecto del gran justicia de Aragón, ese funcionario inexplicable para muchos en el mecanismo constitucional, que parece haber llenado una función muy semejante y en algunos aspectos más extensa que la de nuestros modernos tribunales supremos (2).

Queremos sólo referirnos á los dos grandes procedimientos protectores de la libertad y de la fortuna privadas que se ejercitaban ante su altísima jurisdicción : la *manifestación* y la *jurisfirma*.

Buscamos siempre en la Magna Carta el antecedente obligado del recurso de *habeas corpus*, reproducido en el derecho argentino, con su disfraz extranjero y su nuevo nombre británico.

Entretanto, más de un siglo antes de que el rey Juan celebrara transacción alguna con sus barones y les confirmara este privilegio discutido hasta entonces, él era ya conocidísimo y se ejercitaba ante el justicia en su forma más amplia y más perfecta.

(1) MARINA, *Teoría de las cortes*, tomo 3º, página 437.

(2) « No creemos, dice el eminente autor de la *Historia constitucional de Inglaterra*, que sus funciones fueran esencialmente diversas de las del *chief justice* inglés, repartidas desde los tiempos de Eduardo I entre los jueces del Banco del Rey. Amenguariamos el valor de nuestra propia constitución, suponiendo que en ese tribunal no ha existido una autoridad tan perfecta como la del magistrado aragonés para reparar las injusticias hechas á los súbditos. Verdad es que en el ejercicio práctico de ese poder había abundantes diferencias. Nuestros jueces ingleses más tímidos y plegadizos, dejaron á las exhortaciones del parlamento la reparación de males que con frecuencia se hallaban al alcance de su jurisdicción. Creo que no hay recuerdo de *habeas corpus* concedido en caso alguno de prisión ilegal perpetrada por la corona ó por sus oficiales, mientras imperó la dinastía de los Plantagenet. Muy diferente fué la conducta observada en Aragón. (HALLAM, op. cit., página 339).

« Manifestar á alguno » dice un antiguo autor, « es arrancarlo de manos de los oficiales reales para que no sufra violencia ilegal; no que sea puesto en libertad por este procedimiento, pues que es necesario averiguar los méritos de la causa, sino porque se le detiene públicamente en vez de tenerlo oculto y porque se averiguan los cargos formulados contra él, no repentinamente ni con pasión, sino con calma y de acuerdo con las leyes, por lo cual se llama manifestación. « *Est apud nos manifestare, reum subitum sumere, atque e regis manibus extorquere, ne qua ipsi contra jus vis inferatur. Non quod tunc reus iudicio liberetur; nihilominus tamen, ut loquimur, de meritis causæ ad plenum cognoscitur* » (1).

No puede darse nada más completo ni más compendioso como definición y como doctrina, y los mejores fallos de los tribunales americanos é ingleses no han interpretado mejor el alcance y significado del recurso, que de esa manera aplicaba el magistrado aragonés desde el año 1118.

Para que la similitud sea mayor hay que recordar con Zurita que « es obligado el justicia de Aragón y sus lugartenientes de proveer la manifestación en el mismo instante que les es pedida, sin preceder información, y basta que se pida por cualquier persona que se diga procurador del que pida que lo tengan por manifesto » (2).

Pero así como las personas pueden ser objeto de ataques ilegales por parte de los funcionarios, la violencia se ejerce en muchos casos, y con demasiada frecuencia, contra el peculio privado.

No basta decretar en términos generales que la confiscación queda abolida, pues por poco que una exacción ofrezca las apariencias externas del título legítimo, nuestra propiedad será embargada y vendida sin que estemos habilitados para reclamar ante los jueces superiores, cuando el importe de lo que se cobra arbitrariamente

(1) *Biancæ Commentaria*, 975, ap. HALLAM, *Europe during the Middle Ages*, I, 341 et passim.

(2) *Anales de Aragón*, II, 386, ap. HALLAM, loc. cit.

no alcanza á la tasa legal determinada para las distintas jurisdicciones.

Vemos así que muchas contribuciones y multas arbitrarias se dividen antojadizamente en fracciones de pequeña cuantía, para cobrarlas por la vía de apremio ante los alcaldes de barrio, sin que al agraviado le quede otro recurso que el de la apelación ante los jueces de paz, casi siempre irreflexivos, cuando no apasionados é ignorantes.

Más de un ciudadano á quien las autoridades han querido hostilizar, se ha visto, de ese modo, despojado, por cuotas, de una buena parte de sus bienes, sin que le quedara siquiera el derecho de protestar contra la irrevocable presunción de verdad de la *cosa juzgada* por cualquier Pilatos campesino.

Los ingleses han previsto el inconveniente y lo han salvado. Lo que el *habeas corpus* es para la libertad individual, son los recursos de *pone* y *accedas ad curiam* para las propiedades. Por ellos la Corte del Banco de la Reina tiene la facultad de avocarse, á solicitud de parte interesada, el conocimiento de cualquier causa seguida ante los tribunales de condado, aun aquellas cuyo valor no pasa de cuarenta chelines, que es, según los tratadistas, la misma suma de tres marcos que limitaba la jurisdicción de los tribunales góticos en su instancia inferior. Aún después de dictada la sentencia, hay derecho para exigir su revisión ante las cortes de Westminster (1).

Á estos remedios legales corresponden los *writ of certiorari* y *writ of error* de la jurisprudencia americana, merced á los cuales los asuntos iniciados ó seguidos ante los magistrados de las diversas jurisdicciones pueden ser llevados á conocimiento de los tribunales superiores en cualquier estado de los procedimientos, y tanto antes como después de la sentencia final (2).

Se comprende que con una reglamentación adecuada y la correspondiente represión de los recurrentes de mala fe, ese procedimiento

(1) STEPHENS, *Commentaries on the laws of England*, III, 275.

(2) WALKER, *American law*, 616.

excepcional de amparo tiene que ser por todos conceptos provechoso, como que por una parte repara las injusticias posibles y por otra pone freno á la arbitrariedad ó al celo excesivo de los funcionarios subalternos.

Pues bien, lo que actualmente se practica en los países de habla inglesa, lo que nosotros hemos dejado caer en un inexplicable olvido, era de ocurrencia frecuente en la España del siglo duodécimo.

« Con firmar de derecho, escribe Zurita, que es dar caución de estar á derecho, se concede litteras inhibitorias para que no puedan ser presos, ni privados ni despojados de su posesion, hasta que judicialmente se conozca y aclare sobre la pretensión y justicia de las partes, y parezca por proceso legítimo que se debe revocar la inhibitoria » (1).

Si á estos datos agregamos que, por disposición expresa de las leyes, nadie podía ser condenado sin que « antes se le llamara y oyera y fuera vencido por derecho y por fuero », hallándose los reyes mismos sujetos, sin previa adquiescencia ni venia, á la jurisdicción ordinaria de los magistrados, en las controversias que respecto de sus bienes privados les promovieran los súbditos, si recordamos además que fué en la vieja España donde los burgueses pudieron, en el acto mismo de la coronación, decir á su monarca aristocrático que cada uno de ellos valía tanto como él, y todos juntos más que él, inventando la fórmula de « obedecer sin cumplir » en que se condensa en feliz y armoniosa conciliación el acatamiento y respeto debido á las autoridades con la resistencia varonil de los abusos, nos convencemos de que nuestro abolengo constitucional es grande y noble, y de que para practicar la libertad no necesitamos buscar las inspiraciones y el ejemplo de países extraños y de razas diferentes.

Son conocidas las causas que originaron la decadencia de una nación que tan brillantemente se inició en la práctica de las instituciones, y como la superstición y la intolerancia religiosas se sobre-

(1) HALLAM, loc. cit.

pusieron á la caballeresca lealtad, á la indomable energía, á la altivez y celoso espíritu de independencia que caracterizaron la España medieval.

Ha sido acaso, como muchos lo piensan, la exageración de tan nobles calidades llevadas á su grado máximo, el sentimiento excesivo de la propia valía, el fanatismo pasional que inevitablemente se apodera de los caracteres acentuados, una vez comprometidos en un orden determinado de creencias ó de ideas, los que han traído los obscurecimientos y desgracias de una nación que, como la Niobe tebana, ha llegado á convertirse en símbolo de las grandezas pasadas y los esplendores desaparecidos.

Volviendo á la obra que motiva estas líneas, no necesitamos entrar en mayores detalles, para decir que el doctor García que, por el momento, se ha limitado á exponer en sus grandes lineamientos la doctrina de las vastas colecciones de jurisprudencia civil, no sólo ha contribuido á rectificar el criterio convencional con que estudiamos las leyes, sino que ha hecho, además, un acto de reparación y desagravio, que completará, sin duda, más tarde, cuando estudie los aspectos constitucionales y políticos de nuestra organización nacional.

Creemos que ha sido Lord Bacon quien ha dicho que el escritor no debe parecerse á la hormiga que se reduce á amontonar en una superposición informe los materiales que arranca de las plantas, sino al gusano de seda que, para segregar su capullo, ingiere las hojas y las elabora con los jugos de su propio organismo.

El doctor García ha manejado muchos autores y ha tenido en las manos muchos textos para confeccionar su obra, pero ella es un producto nuevo, un capullo, que si no ha llegado á alcanzar toda la excelencia de que sería susceptible, es por lo menos una hermosa promesa, una anticipación halagüeña de lo mucho que el autor es capaz de hacer y que indudablemente hará.

L. M. DRAGO.

LA PARADOJA DE LAS « CIENCIAS SOCIALES »

I

La comparación de una sociedad humana con un organismo es más antigua que Spencer, Bacon y el mismo Aristóteles : es anterior á toda enseñanza didáctica; ya se encuentra en Homero, casi al principio de la *Iliada*, la analogía verbal de *démas* (cuerpo) con *démos* (pueblo), que parece revelar el parentesco y origen común. De ahí, en política, el cúmulo de imágenes y locuciones tomadas de las ciencias médicas. Puede que los sociólogos modernos se excedan en su cotejo de la circulación comercial con la vascular, ó de la administración nacional con el sistema nervioso : en sus términos latos, el procedimiento es legítimo y guarda más ventajas que inconvenientes. Encuentro utilidad en estudiar, por ejemplo, el estado reciente de que convalece la República Argentina, como una enfermedad generalizada, una distrofia constitucional cuyo pronóstico depende de sus causas primitivas, y cuyo tratamiento, parecido al de la anemia globular, habría de ser muy prolongado para alcanzar plena eficacia. Pero, no debe echarse en olvido que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales; sobre todo, conviene no abusar del paralelo: *ne quid nimis*. Si tiene alcance profundo, v. gr., la observación

de que así en el organismo individual como en el colectivo, el estado anémico — insidioso y rebelde cuando secundario — se cura casi espontáneamente si proviene de hemorragia accidental; sería pueril insistir demasiado en la analogía funcional de la circulación metálica, cuya merma caracteriza la crisis monetaria, con los glóbulos rojos cuya penuria constituye la lesión anémica.

En estas páginas arriesgadas bajo mi sola responsabilidad, lo que crítico, pues, no es tanto la clásica asimilación que he mencionado, cuanto su abuso peligroso en cuanto afecta á los métodos y conclusiones. Por lo demás, muy lejos de desechar el cómodo cotejo, me atrevería á sentar, apurando la hipótesis contra el parecer general de los economistas: que si una sociedad, en cualquier momento de su evolución, es un organismo, — una sociedad civilizada es una persona. Es decir, que también consta de un *cuerpo* y un *alma* (no retrocedo ante la terminología): un cuerpo con sus funciones y necesidades determinadas; un alma con sus facultades ó aptitudes determinantes, de las cuales es mero instrumento el « aparato director » de los sociólogos. Y este viejo concepto dualista que, al parecer, todo lo complica, es el que en realidad todo lo explica.

En mi sentir, la flagrante esterilidad de las « ciencias políticas y sociales » — sobre todo de la economía — proviene de un fundamental error de método: se ha generalizado antes de tiempo, se ha pretendido inducir prematura y temerariamente, en lugar de comprobar hechos sencillos y múltiples, de observar durante años, para deducir después, con precaución paciente y sabia, verdades circunscritas y provisionales. El gran achaque de la ciencia humana es la fatuidad, ó el incurable anhelo de lo inaccesible. Lo que urge al niño eterno, no es indagar cómo se fabrica el cristal de la ventana, sino saber al pronto qué son esas estrellas que divisa al través. Antes de conocer y observar los « elementos », los filósofos griegos se valían de ellos para disputar del origen del mundo. Las hipótesis sobre la esencia de la vida, — la generación y corrupción, como decían los escolásticos, — precedieron por mucho la verdadera fisiología. Así,

deslumbrados por la marcha triunfante de las ciencias experimentales, los economistas no quieren extraer de su historia la, para ellos, única enseñanza real : el convencimiento de que los descubrimientos físicos anteriores á Galileo ocurrieron fortuitamente y á despecho del método reinante, en tanto que las increíbles divagaciones de la escuela eran producto lógico de dicho método. No paran atención sino en las vastas teorías que, después de siglos, coronan hoy la física moderna ; y para imitarla, comienzan su casa por la cornisa.

Hace cien años que ese laboratorio internacional arroja al viento sus hipótesis vacías ; proliferación enfermiza que, como dije, equivale á la esterilidad. Más pululantes y diversas que las herejías de los primeros siglos cristianos, brotan las sectas del *humus* económico, efímeras y enemigas, exterminándose al nacer en su desapiadada concurrencia vital. En sus contadas horas, cada capilla se apresura á promulgar su ley « universal » que excomulga invariablemente á las demás. Y entonces es el florecer de definiciones dogmáticas y teoremas cuyo rigor se condensa en el enunciado, sin trascender á la demostración ! Allí también han hecho estragos las fórmulas matemáticas y diagramas : á tal punto que, por momentos, se llega á echar de menos la filosofía de tendero retirado y las gracias burguesas de « nuestro inmortal Bastiat » — ese Labiche de la economía ! En homenaje á la estupenda ley de Malthus « que sería cierta si no encontrara siempre obstáculos », ya no se imprime opúsculo departamental sin su flamante ley matemática : razón directa ó inversa, progresión por diferencia ó cociente. Es admirable, sobre todo, la variedad de progresiones geométricas — que para ellos equivalen siempre á duplicación — así deslizadas en nuestra vida alimenticia. Con todo, y á pesar de tanta progresión, es doloroso confesar que la economía no progresa, y que esa ciencia de la producción no ha producido sino economistas !

No debemos exagerar. Es indudable que entre esos metros cúbicos de « literatura tediosa » — como la llamó Thiers en un discurso que contiene más substancia económica que todas las arengas de

Cobden y su liga—no faltan páginas elocuentes é ideas felices. Desde la teoría venerable del trabajo que inicia la obra de Smith, hasta las paradojas *omni-cambistas* de Macleod, son muchos los capítulos macizos de cuya compacidad se extraería «por razón directa ó inversa» alguna enseñanza—como se extrae alcohol de la patata. Por eso me pareció excesiva la resolución de la *Asociación británica para el adelanto de las ciencias*, cuando quiso proscribir á los economistas por carecer sus interminables discusiones de carácter científico. Felizmente triunfó la sana doctrina: se admitió que más de un sabio ilustre encontraba en estas distracciones *económicas* descanso para sus fatigas, y que era lícito ocuparse de economía, puesto que el químico Crookes se ocupó de espiritismo.—La «ciencia» de Malthus y Ricardo, pues, con su admirable conjunto de contradicciones coordinadas é irreducibles, ha salvado su existencia oficial. Vivirá como disciplina universitaria, al lado de la terapéutica, y por las mismas razones. Y—seamos justos—en el plan facultativo, no es dudoso que llena con ventaja el puesto vacante de otra enseñanza jurídica cuyos gloriosos servicios no pretendo negar, pero cuyos métodos no corresponden decididamente á las exigencias modernas: adivina el lector que me refiero á la astrología judiciaria.

II

Si el empleo ilegítimo de la inducción es el origen de los errores económicos, aquél arranca á su vez de un concepto deficiente del hombre, considerado como unidad social. No es exacto que sea el hombre un mero agregado de células, ni tampoco el organismo social civilizado, como antes dije, un sindicato de intereses positivos. Al asentar los economistas, y especialmente Stuart Mill—el noble espíritu tan digno de respeto y admiración en su *Lógica*—que la economía considera al hombre como un sér únicamente pre-

ocupado de la riqueza material, confiesan desde luego que dicho estudio carece de base científica y dan la mejor explicación de su impotencia. Ningún filósofo concederá que se formulen leyes respecto de un conjunto individual por el estudio aislado de un factor; ningún fisiólogo admitirá que existan aparatos cuyo funcionamiento sea independiente de las funciones orgánicas generales; ningún químico aceptará el consejo de buscar las propiedades del ácido sulfúrico entre las del oxígeno y del azufre, como se encontrarían las del aire entre las de sus componentes. El primero diría que el individuo—*indivisus*—no es una suma sino un producto de factores; el segundo contestaría que un organismo no es una juxtaposición, sino un sistema unitario de aparatos dependientes; el tercero—si estuviera desocupado—nos enseñaría la diferencia existente entre una mezcla y una combinación.

Con mayor razón, tratándose del más complejo y espontáneo de los organismos, es temerario dictar leyes generales por la sola observación fragmentaria, mejor dicho artificial y esquemática, de una función que no es posible aislar. El hombre económico no existe, como tampoco la sociedad económica. El ser humano dotado de existencia real es el que, perteneciendo á cierta raza establecida en cierta región, produce y consume materialmente, sin duda alguna, pero que siente, además, medita y cree, subordinando en horas decisivas su producción y su consumo á sus creencias y pasiones. Seguro es que el desarrollo mecánico significa un paso dado hacia el despotismo económico: hasta tanto, empero, que esa enorme labor universal, no la ejecuten máquinas construídas y manejadas por otras máquinas, intervendrá como elemento director entre los émbolos y volantes del monstruo insensible, una frágil palanca de músculos y nervios, de inteligencia y voluntad, cuya libre energía dará la ley á la energía del metal. Si; hasta en esos subterráneos imperios minerales «donde el sol calla», según la expresión dantesca, el ritmo formidable de las moles de acero se ajustará siempre al débil latido de una gota de sangre en una arteria—acelerado ó detenido por un

impulso ó una emoción, por un arranque de entusiasmo ó de fe, por un trapo de seda que flamea, por una risa de niño ó una lágrima de mujer !

Tal es el hombre completo, falible é invencible, que es forzoso considerar : *él se agita y Dios le lleva*, dijo magníficamente Fenelón. Dios : es decir, sea cual fuere el culto externo, la suma de ideal atesorada por la raza y legada al individuo como parte de herencia ; para que éste á su vez, según las circunstancias, la educación que recibe y se da, el precario dominio de su albedrío disputado al resto de fatalidad que pesa sobre el destino humano — lo acreciente ó disipe en su breve estación. Este hombre, entonces, cumpliendo la bíblica condena, se agita y afana « económicamente » durante seis días pesados, para alcanzar al séptimo de consuelo y rescate, en que levante á lo ideal los ojos y el alma, sienta lo bello y goce lo bueno de la vida, refresque su labio con una gota de ese absoluto, cuyo raudal envuelve el mundo sin que su fuente se encuentre en él, — junte fuerzas, por fin, que le hagan explicable y soportable su fatigar eterno.

Ahora bien, esta psicología elemental que regla la conducta humana, es la que determina también el proceso social. Ideas y sentimientos son los grandes propulsores de la humanidad en sus etapas « semanales » que se cuentan por generaciones. Las piedras miliarias de su camino conmemoran una cruzada religiosa, un estremecimiento patriótico, una reivindicación inmateral. La guerra — esa eterna ordalía de las naciones, — es un hecho inmanente y sagrado que representa la infracción más solemne al orden económico : enseña á los hombres la faz augusta del sacrificio, recordándoles que los pueblos no viven sólo de pan ; y es por ella que hay una civilización y una historia.

Los hechos económicos son subalternos y vienen después. El más culminante de este fin de siglo, el imperio creciente del proteccionismo, es la resultante de guerras colosales que no fueron á su vez, en Estados-Unidos y en Alemania, sino el estallido de un sentimiento latente y de una aspiración histórica : la nacionalidad.

Al aislamiento quimérico de un sólo factor social, la economía ha agregado otro error que es corolario del primero: la pretensión de dictar leyes universales, independientes de regiones y estructuras políticas. Felizmente este dogmatismo escolar, inaugurado por Ricardo, va perdiendo mucho terreno en Europa. Es legítimo esperar el ascenso de una nueva generación que se inspire en los métodos de Roscher y Leslie, y los asiente en una información histórica y estadística cada día más severa.—No me detendría en la crítica de una teoría declinante, á no haberse reproducido alguna vez en Buenos Aires, en un prólogo escrito para una obra estimable y útil, y bajo una forma que poco favorece nuestra enseñanza universitaria.

Bastará á mi propósito el examen de una sola frase del « escrito » á que aludo. Para demostrar la « ignorancia » de los profesores que, en Alemania, Inglaterra é Italia, sostienen la relatividad de los hechos económicos, el prologuista comete el siguiente raciocino: « No hay ciencia de particulares: las leyes económicas son científicas porque siendo universales permiten predecir lo venidero (sic) en análogas circunstancias á lo pasado ». — Á renglón seguido, se reconoce que cada nación tiene organización económica distinta; de suerte que las « leyes » de esta singular ciencia tendrían el privilegio de quedar invariables aun cuando variaran las condiciones del antecedente. Pero fijémonos tan sólo en los renglones transcriptos. Sin reparar en el estilo, encontramos allí una muestra perfecta de lo que se llama en la escuela un argumento circular. La petición de principio es tan acabada, que parece hecha á propósito, con intención explicativa: las leyes son científicas porque son universales, y son universales porque son científicas. *Magister dixit.* ¡ Curiosa desviación la que produce en ciertos espíritus la repetición maquinal de los aforismos! — Sabe todo el mundo que el axioma de Aristóteles sobre el particular y el general, ha sido una de las *fintas* más gastadas en el asalto escolástico: se la encuentra en la primera cuestión de la *Suma teológica* de san Agustín, precisamente en una proposición idéntica á la actual. Esa increíble deformación del instru-

mento científico, por la epidemia dialéctica de diez generaciones, es la que vino á producir en Bacon y Gassendi una reacción violenta que podría llamarse la náusea del aristotelismo. Ha quedado en nuestra abogacía un resabio muy perceptible de las disputaciones salmantinas. Se arrojan como pedradas los aforismos seculares, sin averiguar el sentido preciso que les diera su inventor.

No atribuiré á un universitario la enormidad de no haber entendido á Aristóteles, pero ¿está bien seguro de haberle leído?—Si hay una distinción repetida en el *Organon*, es la de la ciencia primera y las ciencias subordinadas ó especiales; si hay una definición exacta y precisa en la *Metafísica* (v.gr.: VII, 13), es la del universal. Para el «Filósofo» y los nominalistas, sus verdaderos discípulos, el particular es lo esencial, lo característico, como hoy diríamos, de un objeto; el universal es lo genérico, ó para emplear las expresiones originales cuya claridad es insuperable, *lo que es común á varios seres*. El citado axioma significa en suma que las ciencias sólo se ocupan de los fenómenos que se repiten. La explicación *probable* de los aerolitos ha sido tardía,—Laplace nunca la admitió plenamente,—porque su manifestación es en cierto modo accidental. Pero suponer que *universal* signifique en filosofía lo que existe en todo el universo, es edificar una tesis sobre un *quid pro quo* infantil. Es exactamente el caso de un diputado por Santa-Fe que, por deber su elección al sufragio *universal*, se considerase diputado del universo, del género humano, como Anacársis Cloots. — Nada más peligroso que esgrimir términos cuyo alcance no se ha medido: desgraciadamente este achaque tan poco científico es casi «universal», al revés del axioma.

III

Todas las ciencias especiales formulan leyes de relatividad más ó menos extensa: la zoología y la botánica, por ejemplo, tienen le-

yes de clase, de orden, de especie. Pero no olvidemos que, al apoyarse en otra ciencia más perfecta y general, aquéllas incorporan á sus conclusiones propias, leyes más vastas que en realidad no les pertenecen. Tal es el criterio científico que permite discernir en toda enseñanza la parte generalmente cierta, de la relativa, probable ó simplemente conjetural. Tal sucede con la agronomía y sus leyes fundadas en la química, muy distintas de las observaciones empíricas de la agricultura; tal, con la meteorología, cuya parte teórica es la explicación inatacable de los fenómenos físicos; pero cuya parte práctica, — la previsión de los cambios atmosféricos, — contrasta por su fluctuación con la precisión irónica de los instrumentos registradores.

Las llamadas ciencias sociales no podían sustraerse, ni mucho menos, á estas condiciones de relatividad. El estudio racional de la historia tenía que conducir á dicha conclusión. La misma moral, que deriva de la psicología sus conceptos fundamentales, no se manifiesta exteriormente sino por actos individuales ó colectivos que han sufrido la refracción de la raza, del medio ambiente y de las circunstancias: de ahí, á pesar de lo general de sus principios, lo relativo de sus direcciones y sanciones prácticas. Como decía Pascal, la verdad se modifica al pasar los Pirineos; y esta máxima corriente cobra autoridad imprevista, cuando se descubre que *étnico* y *ético* son palabras de origen común.

En cuanto á la economía política, que puede considerarse como la corteza de la moral, es relativa por esencia y definición. En su acepción más ambiciosa, no pasaría de ser, como su nombre lo dice, el arreglo doméstico de cada pueblo; y la escuela de List, al instituir su « economía política nacional », ha vuelto á fijar exactamente sus límites primitivos, por medio de un pleonismo. Es muy extraño, de paso sea dicho, que se repitan, á propósito de economía, aforismos aristotélicos que aún en su recto sentido no rezan con ella, olvidando el que en su *Política* formula netamente el mismo Stagirita; á saber, « que en lo referente al comercio, cada na-

ción (*pólis*) debe pensar en sí propia y no en las demás ». — Aunque no lo dijera el maestro, los que tienen autonomía intelectual pensarían que la economía no puede fundar sino en el carácter relativo y exacto de las observaciones, sus derechos futuros á ser escuchada. La mayor parte de sus contradicciones provienen, en efecto, de sus inducciones temerarias. La célebre teoría de Ricardo sobre la renta, asentada en el cultivo de los terrenos más productores, ha sido refutada por el americano Carey con razones parecidas á las del adversario. La tesis de Ricardo era históricamente cierta para la Gran Bretaña, la de Carey también para los Estados-Unidos, y la inexactitud de ambas principia con su generalización. Cuando el compacto Jourdan encuentra mal planteada la célebre proposición de Alberdi, tiene por delante el mal inherente al exceso de población, y no recuerda que el autor de las *Bases* no se refiera sino á la Argentina, enferma del mal contrario. Para Inglaterra, no hay verdad económica mejor demostrada que el libre cambio; su aceptación por el continente casi equivalía á la famosa acta de navegación de Cromwell. Suponed á dos estancieros vecinos, el uno con una propiedad de una legua para 10.000 vacas, el otro con 10 leguas para 1.000 cabezas; si el primero logra persuadir al segundo que es doctrina económica excelente el convenio de suprimir los cercados divisorios, habrá establecido el libre cambio inglés: es la guillotina por persuasión.

Es evidente que todas las apreciaciones económicas tienen que sufrir las mismas restricciones para ser aceptables — dado que se funden en hechos exactos. Sucede casualmente que las deudas externas de Estados-Unidos después de la guerra, del Egipto al iniciarse la intervención europea y de la Argentina en la actualidad, son sensiblemente iguales como densidad proporcional; cerca de 100 pesos por habitante. Aunque fueran idénticas las condiciones del servicio, ¿habríamos de concluir que las tres naciones han tenido deuda igual; es decir, que ese gravamen signifique una pérdida de substancia y un obstáculo equivalentes para el próximo desenvolvimiento de los tres pueblos? Para Estados-Unidos y el Egipto, desde luego, está hecha

la demostración; en tanto que el segundo país está jadeando bajo la bota de su « protector », el primero ha soportado su carga colosal sin esfuerzo aparente, y recobrado en proporciones décuplas su vigor perdido ¿Cómo saldremos nosotros de la prueba, y á cuál de los dos compañeros de deuda nos parecemos más? La respuesta categórica es imposible, porque en el problema entran elementos aleatorios al lado de los conocibles. Pero en todo caso, de tal estudio puede salir una solución menos aventurada que la de ese economista doctrinario que nos prodiga sus recetas, revelando que todo lo ignora de este país, desde su estructura política y social hasta el dato escolar de que su capital se llama Buenos-Aires.

Es indudable, pues, que la base de toda tentativa seria en economía tiene que ser la precisión y la realidad de la información: equivale á decir que la estadística le suministra su materia primera. Ahora bien, cuando la estadística — esa Marta laboriosa y modesta de la familia — tenga establecidas en cada nación y en cada dirección de la actividad material, series prolongadas de cuya exactitud general no se pueda dudar ¿quedará constituída la experiencia económica y existirá algo más que la traducción en lenguaje corriente de los resultados y cocientes estadísticos? Sin duda alguna. Así como la medicina constituye hoy una semi-ciencia auxiliada por un arte empírico, la economía sacará gran provecho de tantas observaciones reales y, al interpretarlas juiciosamente, los espíritus sagaces y prudentes podrán suministrarnos consejos fecundos en materia de finanzas y producción.

Entre las afirmaciones fantásticas de Malthus y la simpleza de « la oferta y la demanda »—que constituía la economía del Génesis y se aplica hasta en los hormigueros,—hay lugar para deducciones parciales y probables, como las de las oficinas meteorológicas, cuya utilidad no admite discusión. Pero, una ciencia, en el sentido moderno de la palabra, la economía política no lo es ni lo será.

Se admite hoy sin discrepancia que una rama del saber humano no llega á merecer el nombre de ciencia, sino en la proporción en que

los fenómenos que estudia puedan ser sometidos al cálculo. Es así como Victor Meyer, hace algunos años, denegaba á la misma química la plenitud del carácter científico. Esta exclusión, sin embargo, es provisoria : Berthelot ha demostrado que toda combinación se reduce á una producción de calor que, á su vez, tiene su equivalencia mecánica. Para las ciencias biológicas, el problema es mucho más complejo : es cierto que de todo el cuadro químico no necesita la naturaleza sino cuatro cuerpos simples, siempre los mismos, para elaborar el reino animado ; pero la estructura tiene importancia soberana y ella escapa á nuestro cálculo. Con todo, se concibe la posibilidad de apreciaciones biológicas aproximadas y constantes, debido á la preponderancia de los caracteres genéricos sobre los individuales que no percibimos. Pero, en los estudios políticos y morales, no es vedada hasta la esperanza de una previsión matemática. —Respecto de la biología, la « ciencia social » representa un organismo cuyos tejidos fueran formados de células diferentes y espontáneas. Respecto de las matemáticas, sus problemas darían lugar á ecuaciones « indeterminadas » y de un grado superior á nuestros medios directos de resolución. Los que, seducidos por las « cifras » de la estadística, acometen la solución de las cuestiones económicas en forma de problemas de aritmética ó geometría elemental, no sospechan la dificultad. Aunque las supieramos resolver, esas ecuaciones trascendentes nos darían, como es sabido, cinco, seis, diez, soluciones, según el grado de la incógnita ; y, entre tantas raíces « imaginarias », no podríamos discernir la única real que conviene al problema positivo. Así, en ciertos valles profundos de múltiple resonancia, se confunde el sonido real con los ecos que llegan de varias direcciones, siendo imposible descubrir de qué punto del espacio ha partido la voz. *Ignorabimus*. En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino á una probabilidad cada vez mayor en la conjetura.

P. G.